



Phil Camino
La memoria de los vivos



LA MEMORIA DE LOS VIVOS

PHIL CAMINO

Galaxia Gutenberg



© Patricia Romero

PHIL CAMINO

(Madrid, 1972) es escritora y directora editorial de La Huerta Grande. Vive en Madrid, donde fundó la librería Los Editores, especializada en editoriales independientes. Es autora de las novelas *Belmanso* (Plataforma, 2012) y *Rehenes* (2014), y del *(Elba, 2017)*, una profunda reflexión sobre la maternidad.

Doctora en Ciencias de la Información, ha colaborado en distintos medios escritos o la revista *Sibila*.

Ha traducido del francés *Retorno a Sefarad*, de Pierre Assouline (Navona, 2019) y *El hombre simiente*, de Violette Ailhaud (La Huerta Grande, 2019). Actualmente está trabajando en la revisión de las traducciones del *Imperio* y *Por capricho de Dios*.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2019

© Phil Camino, 2019
c/o DOS PASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Conversión a formato digital: Gama sl
ISBN: 978-84-17747-77-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A mi tío Fernando González-Camino Meade, que custodia con tesón la memoria de la familia.
Gracias por su generosidad y por su perseverancia. Y por permitirme que lo haya puesto todo
patas arriba, porque de su historia, o de la Historia, ha quedado mi historia, tan falsa pero tan
cierta como son estas páginas.*

La vida de los muertos está depositada en la memoria de los vivos.

Filípicas, IX, Cicerón

Breve es la vida que nos es concedida por la naturaleza, pero es eterno el recuerdo de la vida que de forma ilustre se devuelve a aquélla. ¿Si este recuerdo no fuese más largo que nuestra vida, quién sería tan loco como para exponerse a las mayores fatigas y a los mayores peligros por conseguir la alabanza y la gloria más excelsas?

Filípicas, XIV, Cicerón

Y escribir, por el simple placer de imaginar historias y de contarlas. Bendito placer.

12 de julio de 2016

He subido a un avión de Iberia con destino a México. Abro la revista *Ronda* y leo que, en Coahuila, al norte de México, acaban de descubrir unos peces incoloros sin ojos que habían sido vistos antes en Texas. Esos pececillos son como larvas o monstruos abisales que se desplazan por las aguas profundas, por las fallas del planeta, recorriendo el territorio que va de Guanajuato a Texas. El mismo que recorrió mi tatarabuelo, bajo el sol aniquilador, sorteando bandidos, caminos polvorientos y epidemias de cólera, anotando sus días en un cuaderno negro, quizás con la conciencia de estar viviendo una aventura digna de ser narrada, seguramente sin saber que otros llevan haciendo ese recorrido desde hace miles de años bajo la tierra, surcando las heladas rutas de las profundidades, a ciegas, sin conciencia y sin memoria.

1

—Demonios, *Sangre*, vuelve *pa' cá*.

El perro pareció dudar un segundo, miró a su dueño y dejó escapar la presa que ya corría hacia algún refugio seguro.

El niño levantó la vara de avellano y de un salto pasó al otro lado de la tapia. El animal hizo lo mismo, propulsado por sus fuertes patas traseras.

Luego giraron a la derecha y se adentraron por los prados. La hierba estaba alta en esa época del año, a su paso las ortigas y las barbas de viejo cedían, tumbándose, dejando un rastro que al poco tiempo desaparecía, como si por allí no hubiera pasado alma alguna.

Hacia la izquierda, donde había saltado la liebre, la tierra estaba apelmazada por las pisadas de los aldeanos que recorren ese trayecto casi a diario, por allí donde la pendiente es más suave y el camino serpentea hasta el pueblo. Ángel no iba jamás por ahí. Él siempre atajaba por la parte más escarpada, la que desciende en picado desde el alto del monte y termina en un pequeño desfiladero cincelado por el agua y siglos de erosión que cae abruptamente sobre la aldea. Llegaba siempre antes que cualquiera.

—Si *habría* un camino más largo y más fácil, seguro que todos lo cogerían. Y así no se medra, *Sangre*, así no se llega a ninguna parte —farfulló.

El niño lanzó bien lejos una piedra que cayó sin ruido. El perro lo seguía, siempre unos pasos por detrás.

Ángel nació pobre, lo hizo en el año treinta y tres del siglo xix. Vino al mundo sin mayor júbilo que el que trae una buena cosecha y tuvo derecho a algo más de cuidados que el que los suyos dedicaban a la becerra más sana de la cabaña. Lo hizo en el barrio de Lavín de la aldea de la Gándara que pertenece al valle de Soba. De su infancia poco se sabe y todo se puede imaginar. Que a los doce años manejaba el dalle como sus mayores y que sus días consistían en madrugar, ordeñar con la madre, *ir a verde*, limpiar la cuadra, a misa los domingos y a la romería cuando las fiestas de San Isidro Labrador y de la Patrona, la Virgen de Irías. Hablaba poco, pues no tenía con quien hacerlo, tan sólo una hermana pequeña de salud achacosa, y su madre a la que respetaba con la adoración y la distancia con que le habían enseñado a venerar el sagrario. Sus dos hermanos habían marchado a probar fortuna cuando él era aún muy niño. Había crecido al amparo de la conmisericordia de los que murmuraban como beatas deslenguadas: «El pobre, es así de callado porque no conoció al padre», y bajo el imperio de la mezquindad de otros que no mostraban reparos en ventilar su piedad como quien airea una casa cerrada mucho tiempo: «Ese niño trajo el infortunio, y fue la causa de que el bueno de Gregorio muriera». Vivía con su

soledad a cuestras, con un turbio malestar que le rondaba el alma como un tábano y con la fiel compañía de *Sangre*, aquel mastín de fuertes patas traseras, fino cazador y que tenía el pelaje del color de los almiaros.

De todas las tareas que llevaba a cabo, sólo una no le gustaba: la siega, y si hubiera conocido el sentido de la palabra *aborrecer*, la hubiera usado para referirse a ella. «Fue tu culpa, zass, fue tu culpa, zass, zass...», parecía cantarle el dalle, segándole el seso al ritmo que tronchaba la hierba. «Dios trae una vida, pero se lleva otras, es así, el chico no tiene culpa de nada», les decía don Demeterio a los pobres de alma que no escondían su mezquindad y la descargaban en el niño. Porque, así como en el pueblo se asociaba la muerte de un jato al mal pasto, o la pérdida de una cosecha a las inclementes nieblas, algunos vecinos habían asociado la llegada del chico, aquel fatídico 29 de septiembre de 1833, con la muerte de Gregorio Trápaga, su padre, y el de todo un pueblo, el rey Fernando VII. Y así fue como el niño llegó a esta vida, tan huérfano de padre como necesitado de una figura a quien emular y a quien encomendar sus ambiciones, y la eligió en el regio finado. Por eso, cada año, durante la misa por el alma de su difunto padre, se sorprendía rezando con más arrobos por el Padre de la Patria, ¡un rey! que había tenido el destino de un país a su cargo (¿acaso sabía un niño de qué modo y a qué precio?), que por el padre ausente. Y de aquella devoción incubada en la desgracia, adquirió un peculiar sentido de la medida por el que todo cuanto de bueno ocurre en la vida tiene que ver con ilustres nombres o con gestas grandiosas.

Así creció Ángel, fabricando su propia historia, con su particular sentido de la santidad o de la heroicidad, entre calumnias y conmiseraciones, comparando su historia con las de los santos, cuyas vidas le contaba don Demeterio.

Guiando a las vacas hacia los pastos altos con su vara de avellano y con la ayuda de *Sangre*, subía todos los días al alto de la Gándara, desde donde se extendía la línea del horizonte. Por debajo de esa línea, o como una misma parte de ella, se estiraba una franja de un azul más oscuro. Se contaba que otro pico, el de San Vicente, había servido desde tiempos antiguos como faro para los navegantes. Y detrás de esa línea curva de un azul que no era el del cielo, donde el mar daba la vuelta, había otra tierra. Aquella a la que habían marchado sus hermanos Manuel y Gregorio en 1835, dos años después del nacimiento del benjamín. La repentina muerte de Gregorio había dejado a la familia Trápaga en la más absoluta miseria alentada por cierto ostracismo de clan, el pueblo poco tenía que ofrecer a dos chicos de quince y dieciséis años huérfanos de un padre que se había bebido los pocos cuartos que daban las cuatro vacas. En cuanto a los duros que la madre había ido atesorando *en la viga* durante años, el difunto dipsómano también se los llevó a la tumba porque la mujer prefería no comer que enterrar sin dignidad a sus muertos.

Con su partida, Manuel y Gregorio se libraban de luchar en una guerra civil que enfrentaba a carlistas y cristinos o isabelinos, y de paso huían de una vida que poco tenía que ofrecer salvo la miseria con un algo de dignidad con que la madre regentaba esa familia de linaje de hidalgos, nobleza vieja y caduca que anidaba en el inconsciente como un pensamiento remoto y se exhibía en aquel escudo sobre el arco de medio punto que en todo caso volvía más evidente la caída en desgracia. Hidalguía que las vicisitudes de la vida habían trocado en envidia, una cuadra, un montón de hierba seca para alimentar a los animales y unas cuantas gallinas picando, ajenas a toda gloria pasada.

Y así, con pocos duros pero decididos a mantener la honra a salvo, los dos jóvenes y lozanos

Trápaga habían partido, sin rumbo fijo pero con una firme determinación: regresar algún día al pueblo como hombres nuevos distinguidos por la hidalguía del dinero. Por qué eligieron Cuba, no se sabe; en esa época se pedía un pasaporte para las Indias, Ultramar, México, América, Cuba..., cualquiera de aquellos destinos podía haberles valido a Gregorio y a Manuel cuando fueron a ver al alcalde para que pusiera en marcha el trámite para el pasaporte: quince días para las alegaciones y si no las había, y no las hubo, esperar a la autorización del Gobierno Político. América seguía siendo el Nuevo Mundo, igual que lo es hoy para tantos nuestra vieja Europa; desesperación mediante, había un Edén que se dibujaba en la conciencia y muchos estaban dispuestos a comprobarlo costara lo que costara. La entonces tierra de las promesas se llevaba a familias enteras, también a jóvenes que trataban de escapar del servicio militar regido por el cruel sistema de quintas; todo el que no podía comprar su remplazo estaba abocado a servir a la patria, que era lo mismo que entregarse a la guerra. Y nadie podía saber por cuánto tiempo porque las guerras no airean sus planes. Así que éstos huían.

Ángel también deseaba marchar, pero no para evitar el servicio militar, o por la guerra, ni porque supiera desde los ocho años que había una vida en la que uno podía no ir descalzo o calzar otra cosa que no fueran almadreñas. Lo que él deseaba por encima de todo era huir del zumbido del dalle. Y quería marchar porque, como a tantos otros, hay a quienes la vida se la planifican la curiosidad y las intuiciones, que no son sino un anzuelo bien atiborrado de cebo para la audacia.

El horizonte parecía inmenso desde el alto de la Gándara, y sin embargo, allí, en el pueblo, la vida se limitaba a las cuatro vacas, unas cuantas gallinas y el verde de los *praos* que alguien tenía que segar para alimentar a la madre y a la hermana, a los animales y a él, en esa diminuta pero al fin y al cabo eficaz cadena de subsistencia. Su madre, Josefina Gutiérrez de la Garmaña, no había levantado cabeza desde que enviudara. Se le había quedado la voz astillada y una tristeza en el rostro más visible que las arrugas cinceladas metódicamente por años de sol y de lluvia. La mujer andaba enferma de tristeza, o eso decían los vecinos: «Que la Josefina no levanta cabeza desde que se li fue'l Manuel». Y él no había conocido a otra madre que aquella que no levantaba cabeza.

A los tres años de su partida, Manuel y Gregorio empezaron a mandar al pueblo un dinero con el que habían comprado algún jato y hasta habían podido arreglar el tejado de la casa. Pero no hacía falta más, o eso decía la madre, que mantenía con sus apetitos un combate interno y devastador, una lucha de titán contra titán: por un lado, el peso de una herencia moral que le imponía cuidar siempre las formas ante los vecinos, por otro, una naturaleza pétreamente agarrada a sus genes que hacía de ella una mujer conformista y resignada. En cuanto a lo que sucediera fuera del pueblo, esas eran «cosas de *por'ai*», decía Josefina que no se interesaba por la política tanto como lo hacía por mantener immaculadas sus dos ideas firmes y la decencia del parecer. Lo de las revueltas carlistas era algo que en el barrio se comentaba como quien vaticina «que *aliende* el ábrego y luego soplará el gallego»; bien poco podía importarle a la mayoría de los habitantes de ese valle lo que sucediera fuera de sus montes. Pero a Ángel todo le preocupaba, todo le interesaba, y cuanto más alejado de su mundo, mayor era el interés que despertaba en él.

Sus hermanos prosperaban, eso decían las cartas, y él, atrapado entre los montes y los *praos* y sus grandes sueños sólo podía barruntar qué era eso de prosperar. Y así como las cigüeñas

partían a recorrer el mundo y siempre regresaban, él se hizo la idea de que prosperar era salir de ahí para volver y poner su nido en el campanario más alto de su tierra. Miraba a su perro, y le decía: «*Par'ai* que marcharé, *Sangre*. A ese *sitiu* que está tan lejos. Y tú aquí, a cuidar a la madre». Y le contaba que regresaría un día a su tierra para demostrarles a todos que él valía más que una premonición. Rompería aquel mal ruido, ese ritornelo de culpa, «zass, zass», que ensombrecía sus días.

2

Richard Myagh llegó a este mundo en Dublín el 15 agosto de 1805, o de 1806; en su partida de nacimiento sólo se alcanza a leer una fecha borrosa, un garabato que atestigua que vio la luz del día en este mundo de los vivos y que como casi todo el que la ve, tuvo una vida, aunque ya nunca se sabrá con exactitud de cuántos años estuvo hecha. Gracias a su certificado de bautismo se sabe que era hijo de Thomas Myagh y de Mary Helen (nacida Roche), y que fue bautizado por el Reverendo Prendergas en la Parroquia de St. Audeen perteneciente a la Diócesis de Dublín.

Los Myagh eran grandes propietarios de tierras en Irlanda. Originarios del condado de Cork, la mitad de la rama se trasladó e instaló en Limerick durante las persecuciones de Cromwell.

Richard Myagh descendía de esa rama de perseguidos. Su árbol genealógico está salpicado de dispersiones y de ilustres nombres como el de Patrick Myagh, soberano de Kinsale (según reza una tabla de piedra en la iglesia de Kinsale), un tal David Myagh que fue alguacil de Limerick entre 1478 y 1494, John Myagh, miembro del Parlamento de la ciudad de Cork en 1559, o George Myagh, que fue Mayor de Limerick y al que destituyeron por ayudar a la causa de los católicos. La vida de los Myagh fue una vida en perpetua huida, y quizás por eso muchos de ellos fueron hombres valerosos. El valor como una marca de ADN.

Los padres de Richard, Thomas y Mary Helen Roche, contrajeron matrimonio en Dublín, en 1792. Ella provenía de una familia de antiguo linaje dublinés. Católicos, por supuesto. Siete hijos entregaron al mundo: Thomas Harold, John, Denis, el mencionado Richard, Mary Anne, Catherine y Hellen Mary.

A su muerte en 1831, el padre dejó a sus siete hijos no pocas tierras en herencia. Pero la situación se empeñaba en ser mucho menos complaciente que la cantidad de bienes recibidos, las cosas no resultaron fáciles para la familia asentada entonces en Dublín, en el número 23 del Muelle del Mercader. Una injusta —al menos injusta para los Myagh— redistribución de tierras llevada a cabo por el gobierno inglés les hizo perder gran parte de los feudos legados, por lo que las finanzas de la familia se vieron tan mermadas como frágiles quedaron los ánimos y el honor, en especial el de los dos medianos.

—Que Hellen Mary y Mary Anne se resignen al expolio, todavía se puede comprender, pero que lo haga Thomas. ¡Thomas! Es una vergüenza —se lamentaba el joven Richard, que apuntaba ya maneras de inconformista. Apretando con fuerza el vaso de whisky, recorría como un lebrele encolerizado el salón de la casa familiar en cuyas paredes colgaban, como guardianes del linaje, los retratos de los ancestros.

—Cuánta razón tienes, Richard —le decía su hermana Catherine, sirviendo con parsimonia el té en las delicadas tazas en las que brillaba la divisa familiar—. Renuncian al honor de los

Myagh y...

—¡Y lo hace el primogénito! Demostrando lo que es. Yo no puedo, ni debo, querida Catherine, por los que nos precedieron. Allá él, yo debo asegurar que mis hermanas tengan una posición decente. Una posición..., cielo santo. ¡Esposos y..., y... que se valore de dónde venimos los Myagh! —sentenció el iracundo agraviado, como si el ultraje requiriera de gestos elevados y dignos, pero a la vez de una muy medida dosis de exasperación.

El segundo de los hermanos Myagh, John, eligió la carrera militar que lo llevó a Portugal, donde alcanzó el grado de general y luchó, para lustre de los suyos, a las órdenes del duque de Wellington. Influenciada por su hermano Richard, y adelantándose a la vergüenza de que ningún hombre decente llamara a su puerta ahora que la fortuna parecía ser algo del pasado más que del presente, Catherine ingresó en un convento al poco tiempo del fallecimiento de su madre, lo que ocurrió en 1832. En cuanto a Denis, el más próximo en edad a Richard y su hermano más querido, había puesto tierra de por medio unos años antes; cumplida la mayoría de edad, había reclamado y recibido del padre la parte de su herencia. Con las rentas que por entonces aún daban las tierras de los Myagh, había comprado un barco y marchado a descubrir, como dice Melville «la parte acuática del mundo», con el encargo de Richard de buscar por ese mundo el modo y el lugar en donde hacer fortuna. Primero recaló en Canadá y tras varios destinos, de los que poco supo la familia, que ni siquiera pudo avisarlo de la muerte de la señora Myagh, madre del trotamundos, Denis pasó una larga temporada en Chile, donde tomaría parte en una rebelión contra el gobierno, y donde, tras cañonear Valparaíso, a punto estuvo de perder la vida de no ser porque intervino por él un primo, Carlos Tadeo O’Corman, que alegó la condición de súbdito británico del justiciero para sacarlo de ahí, salvándolo de paso de ser fusilado. El renacido puso tierra de por medio y fue a parar a México, primero a Veracruz y desde ahí a la ciudad de Guanajuato, donde el negocio de las minas ofrecía entonces buenas oportunidades para aventureros poco temerosos de las geografías abruptas. Pero dado como era a la buena vida y al desorden existencial, Denis había dilapidado sus bienes en diversos negocios de poca fortuna y en no menos mujeres que le consumieron la que le hubiera quedado. En 1833, escribía a su hermano Richard pidiéndole que se asociara con él para entrar en el negocio minero. Les ofrecían comprar una de las minas asentadas en torno a La Valenciana, que, según le relataba en su carta, estaba dando pingües beneficios. Se esmeró en contarle en unas líneas la historia de la ciudad, como si con el despliegue de fechas y datos le estuviera asegurando la garantía de su posible inversión. O quizás para que no pensara que lo invitaba a unirse a un proyecto en el fin del mundo y entre salvajes.

Richard supo que el siglo xvii había sido para la ciudad el del esplendor de las haciendas agrícolas. Al amparo de la lucha contra el cerrado sistema monopólico español se había gestado una burguesía que a la sombra de la minería se aristocratizó a imagen y semejanza de la nobleza peninsular. La ciudad de Guanajuato, elevada de Villa a Ciudad en 1741, vivió el auge de la producción platera por su ubicación bajo la Veta Madre, el asentamiento minero más importante del mundo según estudiosos como Humboldt, Burkart o Bustamante. *Ellos, hombres cultos y refinados, dieron fe de que era ya una ciudad rica y próspera, y te puedo asegurar, querido hermano, que lo sigue siendo. Te mando un ejemplar del Atlas géographique et physique du Royaume de la Nouvelle Espagne para que te hagas idea de las extensiones de este país* (quizás se lo enviara para darle más bien la medida de la riqueza a la que se podía aspirar en un lugar como aquél). *Las iglesias aquí son numerosísimas, proseguía la carta, algunas lucen retablos*

barrocos suntuosos y todo gracias al oro y a la plata de las minas. Fruto de ese enriquecimiento, el país vivió su revolución, el despertar criollo en todo el país había llevado a México a una guerra que terminó con su independencia, lo que no había frenado el crecimiento ni el desarrollo. La extracción de plata seguía siendo sustancial para la economía, y la llegada de americanos y europeos a la ciudad de Guanajuato era constante. Y como si la ciudad fuera ya feudo de los extranjeros, Denis explicaba que *a esta clase de comerciantes y hombres de negocio con gustos europeos nos llaman «gachupines» por aquí, Richard, agrégale la presencia de buenas familias criollas. Digamos que son la nueva aristocracia de aquí. Nosotros seríamos los nuevos llegados, pero te aseguro, Richard, que no me importaría nada ser de esta estirpe de parvenus, hay mucho que ganar, te lo puedo asegurar.* A los mestizos, zambos e indios, los nombraba de refilón, casi como si fueran parte de un decorado, como si los legítimos moradores de esa tierra sólo estuvieran ahí para aportar una nota de color y su presencia sólo fuese un detalle pintoresco, un toque exótico.

Así que Richard no se lo pensó mucho. No tanto por el relato de Denis, sino porque dinero era lo que él y los suyos necesitaban, e iría a donde fuera necesario para conseguirlo. El año 1833, el general Santa Anna, *el Héroe de Tampico* alcanzó la presidencia de México, y el 8 de abril de ese mismo año, Richard embarcó en el puerto de Liverpool con destino a esa tierra. Lo hizo en un bergantín mexicano de nombre *Tamesí*, capitaneado por Alfred Smith, que zarpó junto a otras embarcaciones a las doce del mediodía. El remolcador quedó atrás a las cinco de la tarde, cuando el sol ya se ponía y las luces de la costa punteaban el cielo raso como ojos enfebrecidos; a lo lejos, brillaba el faro de Skerries. Richard se acodó a la barandilla para observar aquel paisaje. Nunca antes había visto la costa desde el mar. Abandonaba su tierra por primera vez y lo hacía con el ánimo tan bajo como el sol que ya se hundía en la línea del horizonte. Cierta sensación de deserción pesaba mucho más en su alma que un espíritu de aventura que aún estaba por retoñar; porque en nada se parecía a su hermano Denis en ese sentido. Denis había marchado porque su estirpe era la de los insaciables, la de los que cuando llegan necesitan marchar. Denis había sido así desde niño. Lo único que los dos hermanos compartían era una conciencia inquebrantable de que lo que debía gobernar las vidas era el precepto familiar, la sagrada tradición, y en ellos esa fe prendió bajo la forma de una poderosa ambición que los unía por encima de sus diferencias. A Denis poco le importaban las incomodidades materiales, era como un animalillo salvaje o un camaleón capaz de acomodarse con el mismo aplomo a los rigores como al lujo, mientras que para Richard el orden, la limpieza y la armonía eran una parte elemental de la civilización, y por tanto de su existencia, así que ni el camarote demasiado pequeño ni saber que llegaba a una tierra completamente desconocida para él contribuían a calmar su nerviosismo. Apostado a estribor, se dejó llevar por una prematura añoranza, pensando en los suyos y en lo lejos que pronto quedarían los que amaba y su patria. A medida que avanzaba la noche e iba perdiendo de vista las embarcaciones que habían zarpado con ellos, se llevó la mano al pecho para palpar el abultado sobre que le había enviado Catherine desde el convento. Eran poemas, no sabía si buenos o malos, pero estaban escritos por su querida hermana y ése era su valor. Su ánimo se sosegó con el contacto del fajo de cartas; también al comprobar que aguantaba bien la mar espesa. El pasajero Petrie, un amable inglés de Bath que había embarcado al mismo tiempo que él y al que la víspera había tenido la ocasión de saludar durante la visita al doctor Mc Corck (una visita formal y rutinaria que exigía la compañía para embarcar y durante la cual departieron sobre los motivos de sus respectivas travesías), el

pasajero, digo, se acodaba a la borda del barco, mareado como un saco de garbanzos. Un pequeño terrier que viajaba a bordo se había tumbado cerca de un amasijo de cabos, su mirada vidriosa y los espasmos rítmicos indicaban que no andaba mucho mejor que el tal señor Petrie.

La tarde anterior, Richard había visitado a su tía Rose de Liverpool, convencido de que el delicioso té que compartieron entre cordialidades y muestras de cariño sería la última taza decente que tomaría durante mucho tiempo. Sin embargo, la cena que les sirvieron a bordo esa primera noche: fiambre, *pudding* de ciruelas y vino de Madeira, logró atenuar al menos una de sus inquietudes: supo que Snowball, el dispensero-mayordomo responsable del moderado pero sabroso ágape, había jurado que en su barco, mientras estuviera él al mando de las despensas, se podría morir por el asedio de bucaneros pero nunca por el de las tripas, por una tempestad, pero nunca por una mala digestión. Tenía fama de haber domesticado los paladares de unos cuantos marineros, y para el de Richard, que ya iba bien domesticado, fue un consuelo.

Los días posteriores a la partida, bajo un cielo del color de la ceniza, bordearon las costas de Calf of Man y de Tusken. Al atardecer del segundo día, dejaron atrás el faro de Galley Head, un gran punto brillante y sólido en la lejanía que se rompía en pequeñas chispas sobre la superficie del mar. El sol brillaba, tenue. El mar parecía darles una tregua, el barco avanzaba sin aquel pertinaz y fastidioso balanceo de las primeras horas. Bordearon la cabeza de Cork. *Me levanté para ver por última vez las playas de la vieja Irlanda*, escribió Richard en su diario. *Regresé a la cama después de haber rezado con un fervor patriota, preguntándome cuándo podré volver de nuevo a casa, y que cuando lo haga deberé contemplarla como deber ser: «grande, gloriosa y libre, primera flor de la tierra y primera joya del mar»*. Mientras la vieja y querida Irlanda se alejaba de su vista, sintió cómo su corazón y su cabeza se sentían más cerca de ella que nunca.

Con un clima apacible, navegaron hasta que dejaron de ver la costa. En torno a ellos ya sólo había agua, una masa enorme en la que las manchas de luz reverberaban durante el día y en la noche se convertían en sombras desoladoras. Richard dedicaba los días a observar la fauna, contaba las marsopas que jugaban cerca del barco, dibujaba golondrinas marinas, que eran casi tan grandes como las gaviotas salvo por el plumaje, más parecido al de la golondrina común, esos pajarillos anodinos a los que jamás había prestado atención en Liverpool, y cuya compañía ahora le parecía salvífica. A veces emergía, bajo la primera capa de agua verdosa, una pequeña tortuga. Todo lo que tuviera cuatro patas le recordaba que ese viaje pronto acabaría, que tarde o temprano pondría pie en tierra y levantaría el polvo de los caminos, que era donde él se sentía igual de dichoso que parecían serlo en el agua las tortugas juguetonas.

Habían zarpado de Irlanda con temperaturas frías, a veces gélidas, pero mientras se acercaban al trópico éstas se iban suavizando. Sesenta y siete grados Fahrenheit, registró el día 25 de abril en su cuaderno. Y a medida que pasaban los días, los grados aumentaban para satisfacción de los pasajeros que, a diferencia de la tripulación, no sabían que pronto, ante el infierno que se avecinaba, estarían echando de menos los días grises.

Las tardes las pasaba Richard haraganeando en un catre español colocado bajo el toldo, leyendo o limpiando sus armas de fuego. Denis le había contado que el camino de Tampico hasta Guanajuato estaba plagado de bandidos. ¿Cómo sería la vida allí? Según su hermano, no faltaban bailes, conciertos ni bellas mujeres. Pero él sólo pensaba en el trabajo, en la manera de ganar cuanto antes el dinero que le permitiría regresar a su tierra para comprar las tierras perdidas y darle a Mathilde la vida que se merecía. Se habían prometido antes de partir, y Richard le había

dado su palabra de que mandaría noticias al llegar a tierra. En cuanto se hiciera con un buen patrimonio, se casarían y él podría darle una vida de la que no se avergonzarían ni los suyos ni los Lewis, la familia de Mathilde, buena estirpe de comerciantes ingleses, adinerados y grandes viajeros, cualidad, esta última, que definía por antonomasia al señor Alfred Lewis, el padre de su prometida. La apenada Mathilde había aceptado, ¿qué otra cosa podía hacer la muchacha? Se quedaba en Liverpool, a esperar, más temerosa por el destino y el regreso de su prometido que de esa peste que campaba por Europa y que no había llegado a las islas, pero a la que todos temían como a un mal augurio.

Para Richard, la peste era todo cuanto sucedía en ese barco, o más bien, cuanto no sucedía allí. Esa monotonía hipnótica y miserable. Parecía que la única manera de espantarla era con el ron que Snowball les servía con cara amarga. «Todo menos esta insufrible soledad», se decían Fisherick y Richard, o Richard y Fisherick, que para el caso era lo mismo, pues parecían un solo hombre, los dos fundidos en el abrazo desesperado que precedía al momento en que ambos se desvanecían.

Para cuando cruzaron el trópico, los días se habían vuelto tan miserables como la mirada de un demente, el mar estaba bilioso, el barco se bamboleaba y no era posible encontrar un asiento estable dos minutos seguidos. *Neptuno no apareció para trincharnos, ya sea por temor a nuestro capitán, quien nunca es condescendiente con los caprichos del viejo Neptuno, o porque haya estado comprometido con alguna otra compañía, no lo puedo decir, pero más bien pienso que se trata de lo primero*, escribió. Por fin aparecieron las primeras algas marinas, muy diferentes a las de Irlanda, de color amarillo claro y tallos con pequeñas frutillas, pues éstas eran verdes como la hierba.

—Deje usted de compararlo todo con su tierra, amigo Myagh. O no tardará en tomar un barco de regreso sin haber logrado sus propósitos —le prevenía Fisherick, que parecía y ejercía de llanero de las aguas.

Durante la noche, y para celebrar que se acercaban a las islas de las Indias Occidentales, Snowball les preparó una cena suntuosa con los manjares que había reservado para las grandes ocasiones: sopa de tortuga, *pay* del mar, puerco asado y *pudding* de grosella; el señor Fisherick ofreció en el camarote del capitán un concierto con su violín «a la Paganini». Sonaba *La Dulce Consenti*, que Richard escuchaba dando sorbos a su brandy pensando en su familia y en Mathilde. Miró de reojo a Fisherick, pero éste estaba demasiado entregado a su ejercicio de virtuosismo musical como para ver que su compañero no había seguido sus consejos.

Tras aquella euforia pasajera, siguieron los días largos, monótonos. El calor se había convertido en un invitado no deseado, en un molesto intruso. La contemplación de la fauna y la flora seguía siendo el mejor pasatiempo. El mundo parecía reducido a un puñado de gaviotas, de delfines y de abundantes algas. El termómetro a la sombra llegaba a marcar ochenta grados Fahrenheit y el agua se evaporaba hacia las nubes en forma de remolinos. El 10 de mayo, tras una noche de concierto y de cartas y un altercado con la lavandera, que le destiñó su mejor camisa extrayéndole su color azul, ¿por la sal o por el sol?, resonó por fin el anuncio tan esperado desde hacía días. El gaviero, alzado al palo mayor, saludaba con el *land ahoy* a la isla de Aneyuolo, una de las islas Vírgenes, la primera que veían desde que dejaran la costa de Irlanda. Durante unas tres o cuatro millas las islas desfilaron ante ellos. Estaban densamente plantadas, con grandes extensiones de árboles de coco que verdeaban el cielo. Ese día navegaron en dirección a la isla de Tórtola, la mayor de ellas, y el siguiente se acercaron a Danesa de Santa

Cruz, sembrada con cultivos de azúcar y café. Con el catalejo podían ver a los demás barcos en el puerto, los molinos de viento y los pueblos con bellas residencias. Acababan de entrar en el mar Caribe, con aquella agua tan verde y cristalina que parecía irreal, era un color tan idéntico a los ojos de su amada Mathilde que la añoró con una fuerza que le pareció absurda. La recordó en el puerto, el día de la despedida, pálida, tragándose las lágrimas de adioses que ahora parecían haber ido a parar a ese mar que se extendía ante él.

A pesar de la aparente calma, el barco se bamboleaba a merced de las corrientes profundas. El tiempo era borrascoso y lluvioso. A la sombra, el barómetro marcaba 86 grados. Fisherick cayó enfermo debido al efecto de unas píldoras antibilis que algún charlatán le había recetado en tierra y que le causaron una inflamación en el estómago. Durante tres días calamitosos, el enfermo no probó alimento, apenas si lograba ingerir a pequeños sorbos un poco de agua de cebada.

—Querido Fisherick... —se lamentaba Richard al pie del catre del amigo empapado en su fiebre y en el delirio— le ordeno que se recupere, o no tendré con quién ahogar mis penas.

—Nos ha cortado la barba y el pelo, ha tocado música para nosotros...

—... y hasta le hizo una sangría al capitán —intercedió Richard mientras Petrie limpiaba el sudor al enfermo—. ¿Hay algo que no sepa hacer, querido Fisherick?

—Y ahora... —balbuceó Petrie apesadumbrado.

—Y ahora ninguno de nosotros es capaz de ayudarlo en este penoso trance.

La escasez de agua potable obligó al capitán a ordenar los primeros racionamientos. Navegaban muy cerca de Jamaica y el tedio seguía marcando el compás. De vez en cuando un ave marina, grande como una grulla, de cuerpo blanco y alas negras, se posaba en la barandilla. La gata negra, a la que habían bautizado *Puss*, dio a luz a cuatro criaturas negras y hubo que encerrar al terrier para que no devorara a las crías.

—Y ésas son todas las novedades que puedo relatarle, amigo. —Richard pasaba la mayor parte del tiempo junto a Fisherick, lo miraba como si en sus ojos hubiera una larga conversación que él tuviera la obligación de custodiar. Le contaba lo poco que había que contar como si mantenerlo con vida dependiera de esas menudencias de que se componían los días.

«Es importante que oiga una voz amiga» le decía Richard al capitán. Pasaba la mayor parte del tiempo en el camarote de Fisherick, leyendo, escribiendo, y vigilando la respiración del que la tripulación ya había bautizado como «el moribundo». Salía a estirar las piernas por la cubierta dos veces al día. En la costa, las montañas eran de una gran altura, la tierra baja se veía densamente cultivada a lo largo de kilómetros de plantaciones que parecían ser de azúcar y de café. También se adivinaban pueblos, cascadas y ríos que sólo avivaban la sed y el mal carácter del pasaje; en el barco, el racionamiento de agua había llegado a una situación extrema. Y Fisherick empeoraba. El moribundo ahora lo parecía sin exageraciones. El domingo, mientras los marinos y la tripulación, con sus mejores galas y el peor de los ánimos asistían al oficio de la liturgia, se cruzaron con un buque de transporte inglés, el *Numa*, procedente de Jamaica con destino a Nueva Providencia. Petrie fue quien lo avistó y pidió permiso al capitán para acercarse con la esperanza de que hubiera en él un médico. Sus esperanzas fueron vanas. Sólo subió a bordo el capitán, deseoso de oír noticias de Inglaterra. Tras un intercambio cordial de informaciones, el capitán del *Tamesí* decidió seguir la ruta hacia Cuba, desatendiendo a una parte de la tripulación que sugería volver a Jamaica y desembarcar para pedir la ayuda de un médico.

La entrada en el Golfo de México fue inolvidable por sofocante. Era la primera tierra mexicana que veían. Apenas durmieron por el furibundo balanceo del viento del noroeste que sólo el pensamiento de saber que estaban llegando a destino volvía soportable. Poco a poco los hombres del barco fueron recuperando una actividad más digna de hombres que de la pandilla de indolentes e improductivos finados en la que parecía haberse convertido el pasaje del *Tamesí*; los preparativos para el desembarco ocupaban la mayor parte de los días, el revuelo de tareas sólo era interrumpido por la pesca de algún delfín para proveer las alacenas. Y como si Fisherick también hubiera olido que la tierra de destino estaba muy cerca, el 28 de mayo, hacia el final del día, y en contra de todo pronóstico, comenzó a mejorar.

—Querido amigo, se despierta ahora que ya no puede entretenernos con su violín. La próxima vez no hará falta que se envenene, díganos con franqueza que no desea nuestra compañía.

Él y Richard se abrazaron. Seguramente no volverían a verse, uno seguía ruta por el interior del país hacia el Pacífico, desde donde viajaría en otro barco a Canadá con la firme determinación de hacer allí fortuna junto a un pariente francés al que las cosas no le iban mal en el negocio de las pieles; y en cuanto al otro, Richard, ya sabemos que iba a Guanajuato para cubrir con plata y oro la honra de los suyos.

Los marineros avistaron tierra hacia la medianoche y pudieron sentir el fondo del mar, a veintisiete brazas de profundidad, rozando el casco del barco en el que aún sonaban temblonas las notas resucitadas del violín de Fisherick mezcladas a las risas y a los cánticos del pasaje.

El 29 de mayo el *Tamesí* llegaba al puerto de Tampico y anclaba en la barra, a una distancia de casi diez millas de la playa. Dos goletas americanas entraron con ellos. Uno de los oficiales de la fragata británica *North Star* abordó el *Tamesí*, ávido de noticias. Richard le dio el periódico inglés que traía consigo y que el otro aceptó como si dos meses en nada afectaran a su contenido. Les comunicó que se ocuparía de reportar en Liverpool la llegada del *Tamesí*.

Mientras el capitán Smith se dirigía en bote a tierra y la tripulación esperaba para desembarcar, Richard recorrió con la vista el litoral, esa tierra verde y espesa que contrastaba con el agua esmeralda y de la que esperaba extraer bienes y riqueza para enmendar el destino de los suyos. Instalado ya en su hotel, Richard escribiría: *Aquí estamos, al menos sanos y a salvo, después de un viaje favorable de 51 días y habiendo cubierto casi ocho mil millas. La latitud de Tampico es de 22,16. La Longitud de 98, la diferencia de horario entre Dublín y Tampico es de casi siete horas.*

Hago de conocimiento de todas las Mujeres y Hombres, que declaro esto como verdadero y copia correcta del Diario que he conservado de los varios incidentes, ocurrencias y circunstancias que merecieron ser anotados, que sucedieron en el viaje antes mencionado y expresado. Con fecha a bordo del bergantín mexicano Tamesí, ahora anclado en la barra de Tampico este veintinueve de mayo, año de nuestro Señor de mil ochocientos treinta y tres.

Y añadió en español «¡Viva la República de México!».

3

Ángel también viajaría a México. Lo hizo en 1846, trece años más tarde que Richard Myagh, su futuro suegro irlandés a cuya familia la providencia y la misma ambición pondrían en su camino. A Richard, cosas de la vida, no llegaría a conocerlo pues la muerte llegó antes que las presentaciones. Pero no nos adelantemos.

En 1838, su hermano Gregorio le contaba por carta a su madre que se había hecho con un pequeño capital de siete mil duros en Cuba, tras lo cual puso rumbo a México para establecerse en el puerto de Tampico, a donde lo alcanzaría unos años más tarde el otro hermano, Manuel. Desde su fundación en 1823, Tampico, o «la pequeña Venecia» como era conocida, crecía y pasó a ser un concurrido puerto de acogida de extranjeros que llegaban de los más variados lugares del mundo. No había quien aterrizara en esa ciudad sin el afán de hacer fortuna. Sin quitarle aún la supremacía a su vecina Veracruz (sólo la fiebre del petróleo lo lograría años más tarde), el comercio iba ganando importancia de forma notable; aunque en tímidas cantidades todavía, se exportaban a Estados Unidos y a Europa productos como fruta, plata acuñada, raíz de jalapa y plantas medicinales. Por las rutas interiores del estado de Tamaulipas y por el río Pánuco y su afluente el Tamesí, Tampico se abría también al comercio interior, las recuas de mulas y las diligencias recorrían, cada vez más numerosas, los caminos hasta ciudades como San Luis Potosí y hasta la capital del país.

Cansado de trabajar y de vivir tan lejos de su tierra natal, ocho años después de aquella carta, Gregorio anunciaba su vuelta a España. Era el año 1846. No me cuesta imaginar a Josefina escuchando con una mezcla de alegría y de pena las palabras que le escribía su hijo mayor, y que les leía don Higinio, el maestro. Aquello no era para él, echaba de menos su tierra y quería formar una familia, pero lo haría en su casa, en el pueblo y junto a los suyos, a los que ahora podría dirigirse con la cabeza tan alta como abultado era el patrimonio que traía consigo, demostrando con ello que el hijo de Manuel Trápaga bien merecía un regreso con honores. El hermano mediano, Manuel, se había casado con una mujer de allí, una buena mexicana, decía Gregorio sin dar más detalles; quedaba a cargo del negocio de abarrotes pero iba a necesitar ayuda. Reclamaban al benjamín, que ya debía estar en edad de trabajar. Con su vuelta, la madre ya no necesitaría a Ángel para las faenas, y además ya no era dinero lo que escaseaba. Gregorio traía con él una pequeña fortuna, *para que ya no tenga que ocuparse usted de las vacas, madre*, escribía el mayor de la prole con letra redonda y temblona pero clara. Y ¿qué iba a hacer ella sin sus vacas?, pensaba Josefina, volviendo a su casa con su Ángel, su pequeño. Si al menos el niño no hubiera estado durante la lectura de la carta, quizás podría haberle mentado, no haberle

contado cuáles eran las intenciones de Gregorio y de Manuel. Pero ¿cómo evitar lo inevitable? La sonrisa de Ángel, que caminaba junto a ella moviendo la cabeza como si dijera al cielo «sí, sí, sí», era la demostración misma de que esa batalla estaba perdida. ¿Y para qué querían ellos más? Todos esos años llegaban las remesas que había ido guardando apenas sin gastar, alguna vaca más, algo de paño para la ropa de los chicos, que no fueran a pensar que en esa casa no había para ir vestidos como gente decente. Y ahora volvía el Gregorio con esa pila de dinero, le decía, con unos siete mil duros, para arreglar la casa, para comprar muebles bonitos y para que ella ya no tuviera que subir a los *praos a hierba*. Ni mudar a la cabaña, que ya no haría falta el ganado. ¿Y en qué ocupar los días?, pensaba, o pensaría Josefina, retorciendo las faldas negras y el delantal entre los dedos callosos. Ella no quería cambiar nada de su vida. O sí, una cosa, una sola cosa sí hubiera cambiado: que Gregorio, su marido, estuviera ahí con ella. Pero eso era imposible. Resurrecciones, la del buen Cristo, le había dicho Rosario, su vecina (porque en esos tiempos y en esos entornos decir amiga era mucho decir, había familia y vecinos y trabajo). Y para colmo le decían que ahora tenía que irse su niño, el que había venido a rellenar el vacío que su Gregorio dejara. Se había ido uno a cambio de otro. Pero ahora la vida se llevaba a los dos.

Para Ángel, en cambio, aquellas noticias eran lo más parecido a una aparición celestial, a una bendición del Altísimo, a un milagro. Su risa era tan inevitable como verdadera. Alguien de ahí arriba había oído por fin sus rezos. Marcharía. Iría a hacer fortuna. Como los hermanos. Y sería mucho más rico que ellos. Nada de volver con unos duros. Él soñaba con algo grande. Algo de lo que no tenía una imagen precisa pero sí una vaga idea cuando comparaba los dos horizontes tan distintos en los que iban cuajando sus ideas: el de su pueblo con los vecinos y las vacas, y el otro. O lo otro. Lo otro era un uniforme de soberano, el penacho de la grandeza, y el brillo de la estrella del norte, que, como le contaban cada Navidad, marcaba un camino; y sin saber a qué o a dónde llevaban ese brillo y el camino, lo añoraba.

Y así fue como marchó, un día del año 1846. En su pueblo reinaba la paz, pero el país padecía los tumultos de la guerra civil. En México, el lugar al que se dirigía y en el que pretendía comenzar una vida, se gestaba una guerra contra Estados Unidos que fue oficial unos meses más tarde, cuando Estados Unidos invadió cerca de dos millones de kilómetros cuadrados de lo que hoy es Texas, Nevada, Utah, Colorado Nuevo México, Arizona y Baja California. Pero ¿qué podía saber él de todo eso? A la hora en que cualquier otro día hubiera subido a sus vacas *a verde* se despidió de la madre, que le hizo prometer que le mandaría noticias y que volvería, por Dios, que no se olvidara de ella. Ésa y no otra era la guerra de Josefina. Y como todas las guerras, se gestaba en una división, la de su corazón de madre que le pedía retener con ella al hijo, y la de la razón que le decía que no podía cortar las alas a las aspiraciones de su retoño. Josefina perdió la batalla del corazón, igual que México perdería la guerra de sus fronteras.

«Marcha, *Sangre, marcha'ai* con la madre y la hermana, *pa'cuidarlas*», y como el perro no obedecía, Ángel le propinó un puntapié. Nunca antes le había pegado. No se dio la vuelta para no ver sus ojos, y más adelante no se daría la vuelta en las despedidas para no recordar esas dos manchas amarillas siguiendo los pasos de su amo que se perdían en la distancia.

Caminó dos jornadas, orgulloso de esas buenas botas que su madre le había comprado, y con las que se sentía como un hombre de verdad. Tenían un brillo acharolado y cada noche las frotaba con su pañuelo y un buen escupitajo. Llegó al puerto de Bilbao, desde donde habían zarpado sus hermanos. Preguntó en los muelles. No estaba prevista la salida de ningún barco con destino a México hasta el mes siguiente. ¿Un mes? Sí, lo sentían, lo sentimos muchacho. Pero un

mes... Le pareció una eternidad, lo es siempre para alguien que desea algo con tanto fervor como el que se había apoderado de sus órganos, de su raciocinio y de sus ansias desmedidas. No, Ángel no estaba dispuesto a perder todo ese tiempo.

Deambuló por la ciudad dos días, como si fuera una brizna de paja arrastrada por el aire tibio y húmedo de la costa. Aconsejado por unos borrachos del puerto que lo debieron de confundir con uno de ellos porque no se fijaron en sus zapatos, logró colarse de polizone en un paquebote que iba a Santander. Su madre le había dado trescientos duros, trescientos duros que viajaban en una faltriquera pegada al ombligo y que hubiera defendido como una madre al fruto de su vientre; era todo su capital y no estaba dispuesto a perderlo o a dilapidarlo a la primera de cambio.

Le decepcionó la vista del mar desde la bahía de Santander. Esperaba ver una extensión de agua mucho mayor, y ahí tan sólo había un pequeño mar. Creyó, inocente, que la costa de Pedreña que enmarcaba la bahía, como la peña de Rocías y el barranco de la Cubilla delimitaban su valle, era la costa de ese lugar tan lejano al que iba. Al verlo ahí parado, con el atadillo y el gesto confuso, una pescadora que pasaba por el lugar debió de apiadarse de él. El azar también nos pone delante a almas nobles. Supongo que tras preguntarle qué hacía ahí, como un pasmarote, le indicó con una sonrisa tierna, o puede que fuera una sonrisa de conmiseración, debió de indicarle, digo, que por el este estaba la salida al mar, el mar grande que llevaba hacia las Indias. «Porque si eso de ‘ai frente serían las Indias... Pues *dellas* que iba a ir y volver yo *todus lus días pa’traer* los rapes. ¡Ay *hijiñu*, las Indias...! Eso queda allí, muy *lejus*».

La buena mujer lo condujo hasta una pensión cercana al muelle donde arregló la estancia del muchacho con la dueña, una mujer de pelo tan enmarañado como lo eran sus intenciones. Tras haber evitado que le sisaran los duros, su bienhechora le indicó cómo llegar a la oficina de billetes, donde compró un pasaje en la goleta de nombre *La Bella Durmiente*.

Dos días más tarde, *La Bella Durmiente* soltó amarras desde el puerto de Santander con destino a Cuba haciendo escala en Santo Domingo. Desde ahí podría llegar fácilmente al puerto de Tampico, le dijeron. Cuando embarcó tenía catorce años, apenas si sabía leer dos líneas, escribir las letras y resolver cuatro cálculos rudimentarios. Lo de escribir y leer lo haría más tarde en dos idiomas y con la sintaxis de un genuino hombre de letras. En cuanto a las cuentas, su conocimiento de ellas iba a ser proporcional al de sus inmensos negocios.

Así fue cómo Ángel se hizo a la mar. La primera de tantas veces, aunque entonces no lo supiera. Tampoco sabía que era la última vez que lo haría en tercera clase. Pero cuando sesenta años más tarde le preguntaron si esa primera vez hubiera imaginado que no volvería a pisar un camarote de tercera, aún sin saber qué había por encima de esa tercera, habría contestado que sí, rotundamente sí. En su cabeza bullía un pensamiento: medrar, no volver a segar un prado, ni él ni los suyos. Viajar en la parte alta del barco, donde lo hacían los hombres con chistera y mozo a los que veía subir y llegar al puerto en coches tirados por caballos que sólo se parecían a las fuertes bestias de tiro que había visto en el pueblo por el nombre. Pensaba en los siete mil duros ahorrados que les había contado Gregorio que traía al pueblo. Siete mil duros para la madre y para la hermana con los que arreglarían por fin la casa. Volvería a lucir sobre el portal el escudo enmohecido del que apenas se veía una torre y unas extrañas flores que le había dicho el párroco que se llamaban flores de lis, como las de los reyes, y que había copiado en su libreta, la que llevaba consigo y que don Higinio le había dado el día anterior a su partida con una ristra de

cálculos para que no olvidara los rudimentos básicos de la suma y la resta. Don Higinio le había copiado también el alfabeto y unos textos que don Demeterio, el párroco, había querido supervisar pues, como le decía con aire grave y severo a Josefina, «don Higinio, ya sabe, tiene fama de apoyar ciertas ideas adelantadas de esos liberales». Y con el beneplácito de la madre, que en cualquier caso don Demeterio no hubiera necesitado, el clérigo había añadido en el cuaderno unas oraciones: el avemaría, el credo y La Salve, ésas en español; también el *Pater Noster*, el *Te Deum* y el *Regina Caeli* en latín, que en tiempo pascual convenía que el niño rezara como un auténtico hombre de iglesia. Cuando le entregó el cuaderno, dándole una palmadita en la espalda, lo alentó a que las aprendiera cuanto antes, y que lo hiciera en el barco, que a esa tierra a donde iba nadie les aseguraba que se fueran a preocupar de la educación de su alma y ahí, hijo, al menos llevas donde encontrar algo de sustento.

En la primera página de ese cuaderno, Ángel había dibujado el escudo de la casa, o lo que se veía de él, y todos los días, antes de ponerse a la tarea, lo contemplaba ensimismado. Las alas del águila le gustaban sobre todo. En la majestuosidad de ese vuelo que había visto más de una vez desde la Gándara, sentía él la medida de la pequeñez de todo lo que no le gustaba. Lo que no acababa de comprender era por qué el águila tenía dos cabezas. No lo entendía, pero algo le decía que aquella duplicidad revelaba algo importante. Después de repasar el dibujo que conocía de memoria, se ponía a la tarea, y así había sido cada día, desde que se pusiera en camino, en la posada o en el barco. Hacer la tarea era su particular misa de guardar. Las letras no sabía unirlas todavía, pero sí reconocerlas y se aplicaba a la tarea con el mismo tesón de los terneros recién paridos que al poco de caer al suelo, todavía rezumando aquellos líquidos y con el calor uterino pegado al pelo, intentaban ponerse sobre sus cuatro patas.

A los dos días, y después de haber inspeccionado las zonas del barco por las que le estaba permitido moverse, viendo que era poco lo que ahí podría hacer, buscó dónde acomodarse y a la vez no ser visto. Lo hizo en el puente de cubierta, junto a un amasijo de cabos. Pasaba ahí las horas, respirando el aire que llegaba del mar y que salpicaba de vez en cuando su cara con gotas diminutas de agua que se pegaban a su piel, refrescándola. Le gustaba esa sensación. En cambio, no le gustaba que la humedad retorciera las esquinas de las hojas del cuaderno que tenía que estirar y proteger de la pertinaz llovizna. Así se lo encontró don Ignacio Silvestre, entregado concienzudamente a la tarea, defendiendo con su brazo el cuaderno de las salpicaduras.

—¿No te mareas, chico?

—No, señor.

Ignacio Silvestre, un paisano de la aldea de Toteró, del valle de Cayón, volvía a Cuba, le dijo mientras lo invitaba a pasear con él por el puente. Al parecer, allí había hecho fortuna con ferreterías y en el negocio de abarrotes, le contó más tarde un marinero que servía las mesas del pasaje de primera y que, a pesar del código de confidencialidad, no se resistió a contestar a las incesantes preguntas de aquel chico tan curioso.

—Cuba. Igual que mis hermanos —dijo él.

—Ah. ¿Y les ha ido bien?

—Sí. —Ángel miró el traje de aquel desconocido, detuvo la vista en el reloj de oro que le colgaba del bolsillo. No se imaginó a sus hermanos vestidos así—. Pero a mí *m'irá* como a *usté*'.

Don Ignacio sonrió. Luego le contó que había vuelto por última vez a su tierra para despedirse de la poca familia que aún quedaba allí, y para vender la casa de sus padres.

—Tengo ya una edad... —le dijo meneando la cabeza con pequeños movimientos y

apretando los labios—, ya estoy mayor, muchacho.

Ángel se quedó callado. No entendía por qué ese señor al que no conocía de nada le hablaba así, con esa importancia.

—¿Cuántos años vive un hombre? ¿Cuántos...? No, no volveré a Santander. —Lo dijo como si lo acabara de decidir en ese instante.

Luego le contó que su vida estaba en México. Sus hijos habían nacido allí, medrado allí y allí lo enterrarían. Y aunque Ángel entonces sólo tuviera en mente marchar, le pareció una traición eso de no volver a morir al lugar que lo vio a uno nacer. Cuando tuviera tanto dinero como tenía ese señor, él sí regresaría a España, allí estaba su madre, allí estuvo su rey y estaba ahora su reina. Además, ¿de qué podía servirle irse para trabajar tanto como iba a trabajar si no podía regresar algún día y cambiar el orden de las cosas en su pueblo, incluso en su país?

Siguió escuchando embelesado a ese caballero tan distinguido, tan diferente a todo lo que él conocía. A veces miraba a un lado y a otro para ver si había más gente junto a ellos. Pero estaban solos. Don Ignacio vio en ese niño aquella insaciable sed, parecida a la que él había sentido cuarenta años antes. Aunque ese chiquillo, y pese a su evidente astucia, ¡era tan joven! Mucho más que cuando él emprendió la misma aventura sin más equipaje que el miedo y las esperanzas. Don Ignacio pensó que sería bueno que el muchacho le hiciera compañía. Conocía los rigores de un viaje así para un chico como ése, y además, no era amigo de la soledad y no tenía intención de entablar conversación con sus congéneres, cuyas chácharas lo aburrían soberanamente. Desde hacía unos días no se encontraba bien, le costaba vestirse por las mañanas, y ni siquiera lograba caminar por la cubierta sin perder el equilibrio, claro que la majestuosa barriga que le precedía no contribuía a mejorar ni su equilibrio, ni su agilidad. No había querido contratar a un mozo y el suyo se había quedado en Cuba.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Ángel. Ángel Trápaga, señor. Para servirle.

Y le sirvió.

La travesía duró cerca de cincuenta días y cada uno de ellos Ángel subía a la cubierta de primera clase para atender a don Ignacio Silvestre. A cambio le pidió que le enseñara a escribir y a leer. Don Ignacio lo hizo, y con la misma corrección con que le aleccionaba en lo primero le enseñó a coger los cubiertos durante el almuerzo, a servir un café en taza de porcelana y a untar el queso en el pan sin que pareciera que usaba una navaja en lugar de un cuchillo de plata.

—Nunca sabes dónde estará el detalle que te diferencie de la mayoría, hijo. Y ahí está todo. En la diferencia. En distinguirte de los demás. No es lo que esperan de ti, sino lo que eres capaz de dar. Y eso comienza por saber de todo. Hasta a coger unos cubiertos como todo un caballero —le decía, divertido siempre por la atención con que el chico lo escuchaba.

Ángel copiaba sus gestos, sus movimientos. Todo.

—Nunca te cansas de aprender, ¿no es cierto, muchacho?

—Los que se cansan no llegan a ninguna parte.

—Tienes ambición, hijo. Está bien, está bien... —Lo decía, arrastrando las letras, como si esas palabras lo llevaran muy lejos—. Pero no olvides que el dinero no crece en los árboles. Te lo harán creer todos a tu alrededor. Y llegará el momento en que no sepas ya si trabajas para ganar dinero o porque los otros piensan que ya no sabes ni debes hacer otra cosa.

Durante la escala en Santo Domingo, que duró dos días, Ángel no se despegó de la sombra de don Ignacio. Se fijaba sin disimulo alguno en cómo negociaba y compraba los productos que luego cargaría en el barco para venderlos en Cuba. No perdió detalle del modo en que gobernaba sus transacciones; comprobó que con el mismo esmero y escrúpulo con que trataba el precio de cierre de una compra, dosificaba la indiferencia, la rudeza o la benevolencia hacia el vendedor. «Nunca te creas más listo que los demás, aunque lo seas —le decía—. Deja que los otros siempre ganen contigo», «No quieras ganar el último duro, eso sólo lo hace un eterno principiante», «No te forjes más enemigos de los inevitables», «Nunca una palabra que no sea necesaria o de la que no puedas sacar algo. Las palabras mal empleadas son el epitafio de los necios». Ángel, que ya escribía con cierta corrección, anotaba en su cuaderno aquellas frases como si fuera Moisés recibiendo los mandamientos divinos. Las leía cada día, y se lo repetiría y aplicaría los primeros años de su estancia en ese Nuevo Mundo con la misma fe y firmeza de quien recita sus novenas.

Unos días más tarde atracaban en La Habana. Pasó tres semanas ahí. Y se hubiera quedado más de no ser porque su hermano lo esperaba en México. Don Ignacio lo alojó en su establecimiento, un edificio de dos pisos de aire colonial situado en el centro de La Habana de nombre La Americana. En el interior del local olía a pieles, a semillas, a cuero y a serrín. Y a los aromas de la abundante mercancía se juntaban el olor de las maderas de jacarandá y de fresno con las que estaban fabricados los estantes y el gran mostrador. Se dijo que algún día él tendría algo así. Y que ese día no podía estar muy lejos.

La trastienda estaba abarrotada por cientos de cajones y de productos perfectamente clasificados y ordenados, en una esquina había dos camas ocupadas por la pareja de empleados que descargaban la mercancía que llegaba del puerto y que hacían las veces de correo llevando a la puerta de los domicilios las compras de los clientes. A él le tocó dormir bajo las tablas del mostrador en un colchón relleno de ceiba que colocó en el suelo.

—Te daría mejor cama, muchacho, pero el agravio comparativo no me beneficiaría. Así son las cosas. Tú acabas de llegar y es importante no saltarse ningún paso de la cadena. Ninguno —le dijo don Ignacio, que acompañó sus palabras de una cariñosa palmada en la espalda.

Entonces Ángel pensó en las noches pasadas en la cabaña, cuando la tormenta no le dejaba regresar al pueblo. La paja había sido demasiadas veces su mejor cama. Ahora el jergón que colocó bajo las tablas, pues los dos chicos le habían dejado claro que la trastienda era de ellos, no iba a rebajar ni un poco la idea que tenía de la generosidad de su mentor y protector. Además, esos dos tenían mejor cama, pero él podía leer una carta y hasta un libro que le había dado don Ignacio. Y también sabía leer el libro de cuentas, y eso era lo que lo sacaría tarde o temprano de debajo del mostrador.

4

Volvamos ahora al año 1833. Aquel año Richard desembarcó en Tampico. Escribió a su familia y a Mathilde y preparó el viaje para emprender la ruta hasta Guanajuato, donde lo esperaba su hermano Denis. La travesía en el *Tamesí* le había confirmado que su poco gusto por el mar se había tornado aversión, así que salió de Tampico con el ánimo radiante por los días de ruta que se avecinaban, y con una profunda ignorancia sobre la dureza y los rigores que el camino le iba a deparar. Lo acompañaba un mozo que se las arreglaba en un inglés decente. Llevaba un buen caballo con anqueras y dos mulos cargados con lo necesario para el viaje.

El primer día cruzaron bosques estrechos en silencio. Richard sólo había asistido al fallecimiento de sus padres y su idea de la muerte consistía en un trance doloroso, pero pacífico y pulcro, que nada tenía que ver con el cadáver pestilente y cubierto de larvas con el que se dieron de bruces a las pocas horas de su partida, nada más llegar al primer lago en el que pararon a beber. Se llevó un pañuelo con brandy a la boca para evitar las arcadas mientras el mozo llenaba con calma la cantimplora, ajeno al espectáculo. Richard se preguntó en ese momento si por el hecho de haber dos modos de estar muerto habría también dos modos de ascender a los cielos. Un leve sentimiento de injusticia, o quizás sólo fueran puro asco y miedo, le revolvió el estómago y bebió un trago de agua que salió despedida, como si el cuerpo se negara a digerir la repugnancia.

Con esa estampa atroz y pestilente rondándole la mollera, llegaron a Altamira, un pueblito sucio en el que le reconfortó que al menos hubiera una buena iglesia. El padre de Tampico, que andaba en visita de sus parroquias, ofició una misa que le ayudó a serenarse y a reconciliarse con la gracia de la vida. Los hospedaron en una casa situada a la entrada del pueblo, pero no pudieron comprar provisiones y se tuvieron que contentar con café, pan y el brandy que traían en el equipaje. Los jamones que le habían vendido en Tampico estaban tan salados que apenas pudieron comerlos; eran buenos para dar de comer a las alimañas. Maldijo contra esa pandilla de timadores y de tercos que estaban resultando ser los mexicanos, también contra los mosquitos que los devoraban y las moscas de arena y garrapatas que desde su salida lo habían tomado como presa de agarre y cuya comezón sólo era posible aliviar rociando el cuerpo con alcohol.

Al alba, su mozo y otros que andaban por ahí, como si hubieran oído a su alma clamando blasfemias, compartieron con él las provisiones del desayuno: tortillas de maíz que le recordaron a los pasteles de avena de su casa, carne de cabra y una sopa hecha con esa mezcla. Tras el opíparo desayuno siguieron ruta, adentrándose de nuevo por bosques en los que no encontraron ni una casa en donde aprovisionarse de alimentos, apenas un alma cristiana o no cristiana, como

apuntó en su diario, vagaba por aquellos parajes. La tierra parecía el feudo de la soledad. Entonces, su mozo le anunció que tenía que regresar a Altamira para reponer provisiones y para buscar algunas cosas que había olvidado. Sin tiempo para contestarle, ni siquiera para otorgarle dicho permiso, el muchacho dio la vuelta y partió al galope. Richard se encontró solo en medio de ese laberinto de árboles. Continuó la ruta durante un tramo largo, con la congoja de sentirse abandonado. Volvían a él los días del barco, el recuerdo de la dentellada de esa soledad que ahora, sin embargo, no le asustó, sino que, sorprendentemente, a él que era poco amigo de la soledad, lo estaba reconfortando. Ahí solo, en medio de esa tierra verde que tenía el color del paisaje de su vieja Irlanda, se sentía extrañamente escoltado como por una vieja compañera capaz de paliar con sus olores y sus formas la añoranza que sentía por su país y por los suyos. Mantuvo la marcha en un trote cómodo que le permitía fijarse en el paisaje, a veces arrancaba una rama de un arbusto despeinado y la olía mientras cerraba los ojos. Por la tarde llegó a un gran lago a cuya orilla se tumbó con la frágil ilusión de que regresara su mozo. El lago rebosaba de aves y algunas de ellas le sorprendieron por su belleza, pero no supo ponerles nombre y Richard no tenía afán ni mente de creador, para eso ya estaba el Altísimo, el de más arriba, al que había encomendado su viaje y al que agradeció aquel sublime espectáculo. Durmió hasta que oyó al anochecer el trote rebotado de unos mulos. Era su guía. Recobró una pizca de fe en aquella raza de mexicanos a los que quizás se había apresurado a tildar de vagos y caraduras. Acamparon ahí mismo, y pudieron cenar. Pero fue una noche sin sueño, con los mosquitos devorándolo como si no hubieran comido en años y los reptiles que parecían buscar refugio en su cuerpo como si en vez de ser hombre fuera roca y cubil.

El día siguiente la masa boscosa se fue diluyendo y aparecieron, salpicando el paisaje, las primeras extensiones de praderas. Hacia el mediodía, el calor de la planicie los obligó a detenerse en un riachuelo para refrescarse. Allí los alcanzó un mensajero que enviaban las autoridades de Tampico y al que Richard escuchó mientras rellenaba su cantimplora. Había salido de Tampico tan armado, le decía el hombre, que pensaron que debía de tratarse de alguien importante, o de algún servicio secreto, y mandaron avisar a las autoridades de San Luis.

Su mozo le tradujo el mensaje y Richard se rio. Luego cerró la cantimplora, se subió al caballo y volvió a reírse.

Al caer la tarde llegaron a una planicie yerma de sombras, la única techumbre que había en kilómetros a la redonda era una cabaña sucia de adobe, con un techo pestilente que crujía bajo el sol calcinador. Richard prefirió dormir al aire libre. Fue una noche más miserable que las anteriores.

Las cosas no mejoraron los días siguientes. Escaseaba el agua y se perdieron. Se cruzaban con cadáveres ante los que ya ni siquiera se detenían. El camino avanzaba por planicies eternas donde unas pobres mulas que guiaba un arriero fueron tristemente torturadas por una pequeña mosca color café que literalmente cubría sus cuerpos, era como si hubieran untado a las criaturas con una espesa mermelada negra que el dueño trataba de retirar con su vara. Tras el paso por un fresco tramo de bosques, llegaron a El Carrizo, un rancho de cinco cabañas de las que sólo una parecía habitada. Su dueño había fallecido recientemente por el cólera y la familia se negaba a pernoctar en la casa. Tampoco su mozo estaba dispuesto a tentar a la suerte o a la parca.

—Pues yo sí dormiré en la casa. Y pagaré lo que me pide la señora —dijo Richard.

La dueña se negaba a sacar las sábanas limpias de su baúl de otate. Tras una ardua negociación, la mujer, apretando la mandíbula como si por ahí se le fuera a escapar la

determinación, claudicó:

—Pero dígame al señor que son del ajuar y que están limpias. Que le costará mucho. Y no le diga que dormiré con mis muertos.

Además de las sábanas limpias, Richard tuvo derecho a huevos, queso y frijoles cocidos.

Tras el paso por El Carrizo, el camino continuaba por una zona de montaña escabrosa, al pie de una ladera que llevaba al cerro de Horcasitas, donde había un pueblo de unas veinte casas con una vieja capilla que se caía en ruinas, una posada, un edificio de gobierno y una buena tienda, todos cerrados debido a la epidemia de cólera. El lugar andaba poblado por más almas que cuerpos, éstas se podían sentir, como si se desplazaran entre el polvo y el cielo. Del lado de Horcasitas el paisaje era escarpado y agreste, y en el lado del río de la Mandre, llamado río Mante, se volvía más boscoso. El agua se veía tan limpia y transparente que Richard se zambulló en una de las pozas como quien ha sido invitado a acceder al paraíso; sentía la necesidad de quitarse de encima un extraño malestar que lo incomodaba, era algo físico, como si tanto olor a muerto se hubiera convertido en un sayo que se le había pegado a la piel. Nadando en las aguas cristalinas, en medio de aquel salvaje y grandioso espectáculo que derrochaba allí la naturaleza, se sintió diminuto. Unos cuervos cruzaron el cielo y graznaron. Se quedó flotando un rato, mirando el azul del cielo, buscando en él la paz que el camino no le daba desde hacía unos días, o solo en escasos momentos como ése. En medio de ese desolador silencio llegaba hasta él algo extraño, un latido que parecía ocultarse, y estuvo un rato quieto, ensimismado, atento a ese misterio cuyo latir podía sentir como si fueran las ondas del agua rebotando sobre su cuerpo desnudo. Entonces dos canoas pasaron muy cerca. Y Richard salió de esa especie de trance. Eran hombres de la zona que se ganaban unos pesos como pasantes de orillas. Los cruzaron a él y a su mozo cargados con el equipaje, mientras las mulas, atadas a las embarcaciones, los seguían a nado. Al otro lado del río estaba el famoso rancho de Río de la Mandre, un acogedor lugar regentado por dos bellas mujeres que les dieron habitación y una carne con huevos y chile que le supieron a gloria. La más joven de las anfitrionas era una mestiza con la piel del color de la tierra rojiza, el pelo negro como el carbón y de rasgos muy finos. Cuando aquella noche sintió la pierna fría meterse entre las suyas que ardían por el calor del colchón (un colchón ¡por fin! de lana), y por los días de soledad y las noches al ras sin más consuelo que el de sus propias fantasías y su mano consoladora, hizo todo lo posible para olvidarse de Mathilde. Y lo logró. Durante esa noche larga, durante el tiempo que duró el éxtasis con la mujer de la pierna fría y el corazón de brasas, su Mathilde quedó reducida a la sombra sin rostro de un camafeo y sus promesas a la palabra de un espíritu. Pero ¿qué promesas valían cuando lo que había entre ellas era la distancia de un planeta? ¿Y acaso Mathilde, acaso una mujer, podía comprender que un hombre que llevaba meses solo no buscara el cariño, los muslos, la cintura y los pechos duros de una hermosa mujer que también quería y pedía, en ese pedazo de tierra remota, un poco de calor humano?

Aquel día no se pusieron en camino al alba como solía ser costumbre. Esperó que el cuerpo y las ganas se le enfriaran entre los brazos de la bella mujer que se vino sobre él tantas veces que pensó que lo dejaría ahí tieso, seco como un higo. A media mañana, la hermana apareció en la habitación sin asomo de pudor, maldiciendo mientras recogía la ropa tirada por los suelos, «que sólo me traes desgracia, que te vas a perder y contigo a todos, *m'ija*. Disculpe usted, señor, que no es culpa suya, nomás que se le metió el diablo en el cuerpo a ésta y ahora no hay quien se lo saque. La desvergonzada». Y aunque Richard apenas entendía sus palabras, lo comprendió todo.

Se marchó divertido por la escena, recordando las zalamerías que todavía le lanzaba la bella mestiza sorteando los gritos y los pescozones de la hermana, agotado y lleno de vigor, pero apesadumbrada el alma, consciente de que en el apareamiento con esa muchacha se había dejado arrastrar por la pura y mera tentación de la carne. Había cedido a su lado animal, y de qué manera. Ni siquiera sabía cómo se llamaba la mujer, ¡é!l, que se vanagloriaba del buen gobierno de los asuntos, de todos, de los del alma, la tierra y la carne. Mientras se alejaban de esa casa del pecado fue buscando el modo de paliar su falta y no tardó en encontrar los motivos: lo que pasaba es que había algo en esa tierra que obligaba a tirarse a los brazos de todo aquello en donde latiera el pulso de la vida; esa mestiza de ojos como ascuas era un pozo luminoso de vida en un lugar anegado por la horrenda muerte. Si todas las hembras de allí eran como ésa, entonces sí se podía comprender esa pereza y esa lentitud en los hombres del país. Sus hembras les chupaban los jugos y el alma.

Se impuso varias plegarias esa noche y decidió pensar en otra cosa. Lo suyo había sido una caída, sólo eso. ¿Quién estaba libre del pecado? Y así, a las pocas leguas se había olvidado ya de la mujer y la imagen de Mathilde volvió a él, pura y nítida para llenar el contorno del que la había desdibujado.

Llegaron a Tula, donde el viento barría las llanuras. Algunas tropas de soldados de la república pululaban por ahí, seguramente al acecho de la llegada de tropas del Estado de Coahuila y Texas que luchaba por su independencia. El pueblo tenía una buena iglesia, y también buena posada, barracas y algunas tiendas de abasto, pero como en un cuento que se repetía ya con demasiada frecuencia por esas comarcas, estaba casi deshabitado. Cuatrocientos habitantes habían muerto por el cólera las dos semanas anteriores a su llegada. El aire apestaba a cadáver. Se alojó en la casa de un rancharo que era amigo de su mozo. Era un hombre cultivado, que podía mezclar su lengua con un correcto inglés y que los acompañó en la cena durante aquella noche fría. Richard y él conversaron junto a la lumbre sobre las formas de labranza de allí y de Irlanda. Denis le había hablado de las minas y sus planes por el momento se ceñían a ese negocio, pero había visto las extensiones de pasto inabarcables y creía que, si se cultivaban con más esmero y una técnica más avanzada de la que estaban empleando los colonos, podrían rendir mucho más. Escuchaba con atención las palabras de su anfitrión y mientras lo hacía comprendió que ahí había tierra para muchos. Y que no estaban todos.

Aquella noche tuvo pesadillas. ¡Cólera, cólera...!, le gritaban unas voces lejanas. Y como si hubiera tentado demasiado al destino y éste no le diera más carta blanca, al amanecer sintió los primeros síntomas de la enfermedad. ¡Al diablo con esa tierra! Salió galopando del pueblo infestado, y a unos metros sacó de las alforjas el bote de láudano que al marchar de Irlanda le habían aconsejado que llevara siempre encima. Quemó una buena dosis de coñac, añadió treinta gotas de láudano, y él y su mozo, que no se había librado de los síntomas, o que de tanto temerlos creía padecerlos, bebieron la mezcla. Después se tendieron bajo un árbol a esperar. Richard oía rezar a su mozo e hizo lo mismo pero en silencio, andaba más atento a cualquier síntoma que le enviara el cuerpo que a las preces. Ni por un minuto pensó que el destino de esos infelices que se había cruzado en el camino sería el suyo. Acababa de llegar a la tierra de las promesas, su hermano lo esperaba, y la palabra dada a los suyos y a Mathilde podía mucho más que cualquier maldición. Les había prometido volver y era hombre de palabra. Sin desearlo, veía ante sí los cuerpos abandonados por el camino, comidos por las larvas y por las moscas, se frotaba los ojos para apartar las imágenes y rezaba con más fuerza para que el miedo no lo

torturara. Pasaron varias horas y fueron muy largas. Horas eternas tras las cuales supo, con alivio, que habían escapado del peligro.

—Fue la virgencita, señor. Yo le pedí, y mientras pedía me dije: si se cubre el cielo de nubes es que me está oyendo. Y mire nomás, el cielo todito cubierto, señor. Alabada sea —dijo su mozo con aire de resucitado mientras se santiguaba una y otra vez.

Richard lo miró con condescendencia, apenado por ver el trabajo que quedaba por hacer con esa gente. Todas esas cruces y aún tanta superstición. Y para colmo, la lluvia que llegaba. Y como predijo el mozo, sería torrencial.

Pero después de todo, estaban vivos. Le dio una palmada en la espalda. Y no dijo nada más.

Se pusieron en marcha para llegar cuanto antes al rancho indígena de Vigo en donde se toparon con dos tropas de la caballería mexicana. El oficial que las comandaba los puso en guardia contra los asaltantes y bandoleros que acechaban en las colinas.

—Hemos visto a cuatro de ellos no muy lejos de aquí, andan por los riscos. Vayan con cuidado, señor.

—Lo agradezco, teniente. Y descuide —le dijo mostrándole sus armas y apuntando al mozo —, si aparecen, mi mozo y yo estamos listos para actuar.

Pero ¡ay el bribón! Si hasta la hora no había hecho otra cosa que alardear de su valentía, comenzó a quejarse, le dolía el brazo y no podría seguir la ruta, se lamentaba.

A Richard no le faltaron ganas para dejarlo ahí mismo, pero tieso de un tiro.

Muy a su pesar, el mozo no tuvo más remedio que seguir a quien ya le había comprometido el jornal. Avanzaron por los cortaderos con la pistola en la mano, sin encontrar más signos de vida que el del vuelo de los zopilotes. Planeaban como vigías en el cielo que de nuevo se cubría de grandes nubarrones.

Por fin llegaron a San Luis Potosí, siguiendo la ruta sembrada de nopales por entre los cuales culebreaban los caminos marcados por el hombre. Se cruzaron con varias carretas y recuas de mulas, eran las primeras que veían desde que salieran quince días atrás. El tráfico se volvió más intenso a medida que se acercaban a la ciudad. La entrada le pareció bonita, cada casa tenía un pozo con agua y un cabrestante confeccionado con ramas de árboles. San Luis, la capital del estado, tenía una población considerable, unos veinte mil habitantes. Producía cerámica y algodón. El cólera estaba esos días en su punto más alto, se hablaba ya de tres mil muertos. Tomaron de nuevo el bebedizo de láudano y coñac y entraron en la ciudad, donde los recibió el señor Wylie de la firma Eges Wylie y Cook de Liverpool, a quien Richard mostró sus cartas de presentación. Como queriendo conjurar aquella devastación ante los nuevos llegados, el señor Wylie lo atendió como si de un soberano se tratara y le dijo que San Luis iba a crecer, sin duda lo haría, en cuanto remitiera esa asquerosa enfermedad que se había llevado a tantas almas cuando lo que hacía falta ahí eran precisamente almas y mano de obra. Mano de obra para las minas, para el campo y para la artesanía.

—Guanajuato no queda lejos, señor Myagh. Lo invito a que pase por San Luis de vez en cuando a visitarnos.

Richard agradeció con su habitual caballerosidad la invitación, pero nunca volvió a San Luis. Sí lo haría Denis, años más tarde y para establecer en esa ciudad la nueva dinastía de los Myagh que Richard tanto hubiera deseado ver erigirse con el esplendor con que lo hizo.

Su estancia en San Luis fue breve. Dos días para descansar y cambiar la montura que quedó

al cargo del mozo que con un suspiro y un «vaya usted con Dios» daba por finiquitado su cometido. Richard alquiló dos caballos de repuesto y los servicios de un nuevo mozo que decía conocer la ruta hasta Guanajuato como la palma de su mano. Pero, ¡ay!, el caballo comenzó a mostrar signos de debilidad desde el primer día y para colmo, el nuevo mozo resultaba ser un farsante que no conocía el camino y a la primera reprimenda, y temiendo seguramente muchas más, huyó. Esta vez de verdad. Richard avanzó solo, a golpe de espuela, de látigo y de indignación. Fueron doce horas de cabalgata con un animal tan exhausto que al final tuvo que desmontarlo, la estampa podría haber sido hasta cómica si no fuera tan grande la desesperanza del jinete; cualquiera que los hubiera visto hubiera pensado que era éste el que cargaba con el caballo y no la criatura con el jinete. Estaba muerto de hambre y no encontraba alojamiento. Se paró bajo un gran roble y rezó. Era casi noche cerrada y estaba temblando, pidió clemencia, y juró que si llegaba a Guanajuato incluiría varios rezos por las almas de los difuntos y de los vivos en sus ya abultadas plegarias. Miró al cielo y retomó la ruta, tirando de la bestia a la que a cada poco arreaba un golpe de fusta. Tras avanzar sólo unos metros, y como si el Altísimo lo hubiera oído, vio una construcción brillando en el horizonte, la única techumbre en aquel paraje desolado. Pidió cena y cama. Para lo primero le dieron pollo y chocolate; en cuanto a la cama, le costó una buena riña con las damas porque la quería libre de compañía y era obvio que había caído en una casa deshonesto. El Maligno se había adelantado al Altísimo al oír sus preces, pero no le daría satisfacción. Si renunciar a los encantos y a los avances de alguna indigenita durante el camino había provocado algún titubeo a su firme juicio, esto atentaba contra todos sus principios. ¿Él con meretrices? ¿Por quién lo habían tomado?

—¡Híjole, por un hombre que no es hombre! —le gritó una de ellas viendo que no se ganaría esa noche el jornal y lanzándole un zapato que se estrelló contra la barandilla de la escalera.

Fue una noche perra. Llovía a cántaros y las mujeres, ofendidas porque el caballero les negara sus servicios, le sirvieron una venganza en forma de gritos y jadeos que en su sueño espeso no logró distinguir si pertenecían al mundo real o al de sus pesadillas. Ahora avanzaba bajo la lluvia al ritmo de un trote flemático, empapado y muerto de cansancio, flojo el espíritu y con los apetitos de la carne zumbándole en círculos, como las moscas. Para colmo, en un cruce de caminos se dio de bruces con el obsequio de unos asaltantes: cuatro hombres colgaban de la rama de un mezquite. Sus cuerpos, rodeados de insectos que revoloteaban y picaban la carne, se balanceaban como vainas y entre sus melenas tías el aire se colaba con un silbido lúgubre. Un perro de montaña, parecido a un lobo, andaba al acecho, esperando que la carne se descolgara de la rama. Los conejos y las liebres surcaban el camino, a toda velocidad, como si sintieran la inminente y constante presencia del peligro. Richard hincó los talones en el lomo de su caballo. Asqueado. Quería llegar. Llegar y nada más. Sólo logró olvidar aquella visión con la vista de una extensión de enormes campos de pastura que le parecieron tan buenos como los de Gran Bretaña, pero que de inmediato le recordaron cuánto echaba de menos su país y la civilización.

Cruzó un último rancho y vio las primeras tres minas pertenecientes a La Valenciana. No había visto nunca una mina y ahora venía para hacerse propietario de una de ellas. En la Aduana de Estado, Richard se vio obligado a dejar su caballo y sus pertenencias, obedeciendo órdenes del gobernador de Guanajuato, que había prohibido el ingreso de cargas provenientes de San Luis por miedo a que estuvieran infectadas por el cólera. Caminó hasta la residencia de Denis, su hermano, su sangre. Uno de los suyos. Recorrió con un brío olvidado el último tramo de callejuelas, espoleado por el deseo de abrazarlo.

Pero Denis no estaba. Había marchado al norte de la república, a visitar a unos compatriotas. Eso le dijeron los amigos a los que su hermano había encomendado su recepción. Se tuvo que conformar con ellos.

Esa noche encontró consuelo en una cama con sábanas almidonadas y con olor a jabón. Había recorrido ciento ochenta y seis leguas y media durante veinte días y durmió como nunca.

Denis regresó a Guanajuato tres días más tarde.

¿Qué se dirían Richard y Denis, al verse después de tanto tiempo?

—Todos estos años y sigues igual, querido Richard.

O algo así. O quizás Denis se disculpara con su hermano por no haberlo recibido, aunque Denis no manejaba tan bien la disculpa como la evasiva, era un rey en el arte de salirse con la suya. Fuera como fuera, los dos hermanos estaban por fin juntos. Y a los años de separación les siguieron las palabras que se encargaron de enhebrar el tiempo de la ausencia.

La casa de Denis estaba en el centro de la ciudad, era sencilla, con suelos de barro y paredes blancas, pocas habitaciones a las que daban cierta prestancia los muebles que Denis se había llevado de Irlanda y que había sabido mezclar con gracia con objetos y enseres de artesanía local. Era muy luminosa y con una buena sala para recibir, cosa que hacían casi todos los jueves. En su salón se hablaba de todo y de la guerra. O de las guerras. Guerras por todas partes: en el norte con los indios, los comanches y los apaches, en el sur en el Yucatán y pronto la que se avecinaba entre los colonos texanos y Estados Unidos. ¿Cuántas guerras asolaron la tierra de México, y el continente, y Europa, durante los años en los que acontece esta historia? ¿Y cuántas padecieron o sufrieron sus protagonistas? En la guerra, en cualquier guerra, los hay que huelen la trinchera y comen la pólvora mientras otros curan heridas; unos pisan el barro y otros —que rara vez son los del barro—, las alfombras de la gloria. Algunos logran vivir bastante ajenos a ellas, atentos al discurso que les llega desde la tribuna o el salón, o tropezándose con él. Y muchos, muchos más de la cuenta, consideran que tienen su propia guerra, y por eso la guerra táctica, la de las armas, es para ellos sólo parte de la vida, una situación inevitable más o menos injusta que tratan de evitar, cuando no intentan —y no siempre por medio de cálculos o de maquinaciones— aprovecharla.

Digamos que la guerra no afectó mucho a los hermanos Myagh. En ese ambiente cosmopolita de extranjeros, y en su condición de emigrados, no tenían que emplearse con argumentos para demostrar su falta de fervor por la causa de unos y de otros. Ellos eran de la raza de los que habían ido allí a trabajar, a dejarse la piel, cosa que hacían y demostraban; y además hacían que la máquina de acuñar dinero funcionara. El trabajo era su salvoconducto. No se les pedía más. En La Valenciana y sus minas: San Juan de Raya, San Cayetano, Guadalupe, La Cata y así hasta veintitrés, se trabajaba sin tregua. Se contaba que por cada mina que habían encontrado los españoles se había construido un templo, algunos con retablos de oro de veinticuatro quilates como el de San Cayetano Confesor, o el de Nuestra Señora de Guanajuato y tantos otros monumentos a la grandeza del Imperio español y a la Gloria del Todopoderoso al que los indios chichimeca, los pobladores de la zona —tratados con tanta inclemencia como inhumanidad en las minas, obligados a cumplir turnos de sol a sol, de modo que cuando salían de la mina ya era noche y no veían la luz del día—, monumentos, digo, que los chichimeca habían acabado venerando por la fuerza de la conveniencia, y de los que eran más fervientemente

devotos que muchos de los españoles.

Y mientras los hermanos se volcaban en el trabajo, desde Irlanda llegaban las cartas que los reclamaban sin atreverse a reflejar la urgencia de sus ruegos, sin darse cuenta de que sus palabras no sabían contenerlos. Sólo Mathilde se quejaba de la larga espera. Pasaba el tiempo, y no se podían demorar las promesas hechas, ¿o acaso la estaba Richard condenando a perder su juventud? A finales del año 1837, los hermanos ya habían acumulado algo más de lo que recibieron en herencia. Había que pensar en volver. Cumplir con lo dicho. Volver para recuperar la tierra de los Myagh. Pero era impensable dejar los negocios en manos de algún capataz que aprovecharía la ausencia de los hermanos para complotar y, por qué no, para robarles. Uno de los dos tenía que quedarse.

Denis también echaba de menos su tierra. Eso le confesó un día a su hermano. Además, Richard tenía a Mathilde, tenía una prometida, pero él ¿a quién tenía? Llegaba la hora de formar una familia y tendría que ser con alguien de su tierra. Las mujeres de Guanajuato eran cristianas de pose, de mantilla y de salón, y él quería una buena mujer inglesa, de corazón puro y tradiciones pétreas.

—Una cristiana de ideas claras y avanzadas, de la raza de los buenos cristianos ingleses.

—De eso no llega a Guanajuato, hermano.

—Pues iré a buscarlo.

Y sin que la cosa diera lugar a más vacilaciones, marchó Denis con la promesa de regresar con Mathilde y con el deseo de hacerlo con una esposa propia. Se quedó seis meses en Irlanda. Compró una parte de las tierras que había perdido la familia y colocó a Thomas al cargo. *Querido Richard, ya sabes del carácter pusilánime de nuestro hermano Thomas, así que esmérate en sacar mucha plata porque no tardará en perder lo que por segunda vez se le ha dado. Pero al menos ya puede salir de casa con la cabeza alta.*

Casó a su hermana Mary Anne y visitó a Catherine en el convento.

Querido Richard. Me temo que no son éstas buenas noticias. O sí, según como se miren. Que ya no te acucien las prisas por buscarle un marido a nuestra pobre hermana Hellen. Ahí donde se ha ido no necesitará sino la compañía del Altísimo. La pobre Hellen falleció por culpa de la peste. Sufrió tanto que es mejor que así sea.

Richard lloró sin lágrimas la muerte de su hermana. Organizó una misa por su alma a la que asistió el *Gotha* de Guanajuato, que no había visto jamás a la difunta, y la incorporó a sus oraciones con la solemnidad que merecía alguien de su sangre.

En cuanto al asunto de Mathilde, Denis fue varias veces a casa de los Lewis para llevar las noticias del ansioso novio. Durante esas visitas conoció a las hermanas de Mathilde: Emily era la mediana y Frances, a la que todos llamaban Fanny, era la benjamina. El destino pareció allanarle el camino, y Denis se enamoró, o creyó hacerlo, de la hermana mediana. Y como la vida y el juego ya le habían enseñado que con ciertas cosas uno se lo juega todo a una sola carta, no le dio opción a la mujer: o se casaba con él o marcharía sin ella para siempre. Y a Emily, que era larga y triste, esa vida exótica que el encantador Denis llevaba el encargo de narrarle a Mathilde, y que ella y su hermana escuchaban como embobadas, le pareció que le iría muy bien a sus anhelos y a su aburrimiento, y más por esa razón que por amor, aceptó de buen grado su petición de matrimonio. Mathilde asistió a la boda de su cuñado y de su hermana en Liverpool, con una mezcla de alegría y de aflicción, pues si alguien llevaba años esperando esa ceremonia que ya no

tendría lugar, al menos en su ciudad, era ella. A ella le tocó casarse por poderes con Richard; sólo de ese modo, como señora de Myagh, podría viajar con su cuñado y con su hermana sin renunciar a la decencia. Se despidió de su hermana pequeña y de sus padres, dejándoles como consuelo la promesa hecha por Richard de que volverían.

Las promesas no siempre se pueden cumplir, y menos cuando el destino es quien toma el mando y no tiene en cuenta la voluntad de quien las hizo.

Mathilde falleció durante la travesía.

Quizás ya estuviera enferma antes de subir al barco. Quizás enfermara en esos cenotafios flotantes que eran entonces los barcos para quienes no estaban hechos a la mar y a sus rigores.

El barco atracó en el puerto de Tampico y de él bajaron pesarosos Denis y Emily, seguidos de un féretro de madera mohosa en el que había viajado Mathilde durante la última semana y que apestaba a carne en descomposición. «Sólo una semana y la hubiéramos salvado», fue lo único que le dijo Emily a Richard, que, de pie, en el puerto, y con un ramo de nardos en la mano, los miraba sin comprender. No hay nada peor que ver morir la idea de un sueño; de haberlo vivido, la realidad suele ocuparse de hacer que el sueño se desvanezca, pero cuando lo sajan de golpe es como si nos cubriera una mortaja. Todos los planes de Richard murieron en su cabeza de golpe. Y a partir de ese día vivió para su propia pena. Para alimentarla y sentirla. Y odió aún más el mar.

En cuanto a Emily, la joven trocó la inocencia de sus veinte años y sus anhelos por un despecho que caló hondo. Antes siquiera de conocerlo, empezó a odiar ese país nuevo al que acusaba de la muerte de su hermana. No comprendía el idioma, y tampoco a su marido, que estaba siempre ocupado en la mina, trabajando más duro desde que Richard se encerrara en la casa para ensimismarse en su particular duelo. Se sentía culpable por estar ahí, ¿por qué ella y no la hermana a la que adoraba y que tantas noches le había hablado de su amor por Richard, enterrado ya para siempre en el fondo del océano? Mathilde le había hecho creer que el amor era algo real, y ahora su marido, ante cuya presencia apretaba las mandíbulas, se lo desmentía.

Escribió a su hermana Fanny, la joven Fanny de catorce años.

Ven, hermana querida, o moriré yo también.

En 1839, la pena de Emily pareció aliviarse con la llegada de su primera hija, a la que bautizaron Mary Louise. Y digo que lo pareció porque eso quisieron creer todos. En realidad, y sólo ella lo sabía, la mejora se debía a la noticia de que Fanny viajaría a Guanajuato y no a su recién estrenada maternidad que en todo caso sólo le trajo más zozobra. A más hijos, más tormentos, así quiso la providencia —o quizás fuera la química del cuerpo—, que Emily padeciera lo que para tantos es una dádiva: la maternidad. Para ella fue un infierno. Fanny, la pequeña de las hermanas Lewis, llegó a la ciudad acompañada por su padre, ambos unidos por un nuevo dolor que le habían ocultado a Emily para no agravar su situación. La esposa de Alfred Lewis, y madre de las dos jóvenes, también había fallecido tras una caída del caballo. El viudo, viendo que se quedaba solo en Irlanda, y animado por su querencia viajera —como hombre de negocios había recorrido medio mundo, incluso lo había hecho acompañado de su mujer, que había dado a luz a su hija Emily en Kingston, Jamaica—, decidió marchar de su tierra con la joven Fanny para estar junto a sus hijas. Que fuera México le hubiera importado tanto como que se hubiera tratado de una isla en el confín más remoto del Pacífico.

El infortunio llevó a Fanny a México. Y ese mismo infortunio era el responsable de que la

mujer que llegó ya no fuera ni remotamente parecida a la niña que dejó Denis en Liverpool unos años atrás. La pequeña de los Lewis sólo lo era porque lo rubricaba una fecha en su partida de bautismo que la realidad se empeñaba en impugnar. Era una mujer hecha y derecha, esculpida por cierto sentido de la desgracia. Y se adivinaba que sería más que hermosa. Se tragó su dolor para ser el consuelo de los suyos y asumió con tanta serenidad como entereza y madurez el cometido de mantenerlos a ellos en el mundo de los vivos. Richard sucumbió de inmediato a su belleza y a su bondad, o quizás al recuerdo que es hermano de la esperanza. Esa hermana llegaba con la edad que tenía su Mathilde cuando la dejó en Irlanda, y a Mathilde no la había vuelto a ver hasta hacerlo envuelta entre cirios y los nardos con que la cubrió para atajar la peste a podredumbre. Por eso no es de extrañar que al ver a Fanny rebrotara su amor por la antigua prometida, que ansiara recuperar un sentimiento que creía haber sepultado durante un duelo que lo recluyó en una habitación atestada de libros y de mapas que actuaron de pararrayos de su infortunio. Se enamoró de ella perdidamente, como si fuera una segunda oportunidad que ya no pudiera dejar pasar. Y tuvo la suerte de que ella también lo quisiera. Porque Fanny empezó a quererlo desde el día que decidió que se casaría con él y casi como un tributo y una reparación hacia la hermana muerta. Además, era guapo, con el largo labio irlandés, aunque ella no lo hubiera descrito así jamás, y le gustaron sus ojos claros casi transparentes con un velo lechoso como de mar agitado.

Tras un breve noviazgo, Richard y Fanny se casaron el 16 de enero de 1841 en la catedral de Guanajuato. Ofició la boda el padre Pascual Montero de Espinosa, como quedó registrado en el libro de partidas de matrimonio, número 54, hoja 171. Enseguida corrió la voz de su belleza y no tardó en ser conocida como la bella Fanny. Su rostro era el vivo reflejo de su alma buena. Se cuenta que el artista encargado de realizar la talla del retrato de la Virgen de la Dolorosa de Guanajuato quiso usarla como modelo. He visto ese retrato, o el que imagino que sería ese retrato, y aunque tiene el rostro de todas las vírgenes del planeta, hay una dulzura en la mirada que quizás sea donde el tallista imprimió el alma de la modelo.

La casa se quedó pequeña para las dos familias y las hermanas ya no estaban dispuestas a no vivir bajo el mismo techo. Todos sabían que Fanny era el motivo de que Emily siguiera atada a una vida que se le desprendía del cuerpo, como si se la arrancaran en tiras de desgana. Tras la niña, habían llegado los gemelos Richard y Denis, para el entusiasmo de todos salvo de su madre, que ya no disimulaba que dos nuevos hijos sólo le infligirían una doble ración de padecimiento. Y una familia que no hacía más que crecer era la excusa perfecta para dejar la ciudad y comprar una hacienda en las afueras. Richard llevaba tiempo pensando en agrandar los dominios. Quería terreno. Mucho. En su caso era una obsesión. Las tierras elegidas fueron las de la hacienda de San Javier, situadas a treinta y cinco kilómetros de Guanajuato. Un cambio que parecía irle bien a Emily, a la que todo lo que fuera estar lejos de su esposo parecía irle bien. Y es que Denis, que seguía a cargo de las minas, pasaba la mayor parte del tiempo en Guanajuato, lejos de la hacienda. Pero a quien el cambio venía bien de verdad era a Richard, que por fin iba a poder experimentar con las formas de cultivo según las técnicas que llevaba barruntando desde su conversación con aquel ranchero de Tula, y sobre las que tanto había leído cuando se encerró en su biblioteca de Guanajuato durante su primera y desafortunada viudedad.

Las tierras no tardaron en dar buenas cosechas de maíz, frijol, chile verde, alfalfa y frutas como el durazno, la guayaba y las fresas, Richard se sentía el hombre más dichoso de la tierra,

había incorporado a su suegro a los trabajos de la hacienda, su mujer lo adoraba y él también la adoraba a ella. Hubiera deseado que ese tiempo de paz se alargara como el ganador de una partida alarga el minuto que precede a la victoria, y hacía cuanto estaba en su mano para que así fuera. Pero la realidad, a la que Richard se resistía con una inocente terquedad, era otra. El país andaba revuelto, ¿cuándo no lo había estado? Por Guanajuato pasaban los prisioneros hechos en la guerra de Texas. Entre ellos había compatriotas irlandeses, bravos soldados irlandeses que encontraron siempre ayuda y posada donde los Myagh. Si algo seguía siendo Richard, era un buen patriota, o al menos seguía cultivando la ilusión de serlo. Pero por encima de todos los patriotismos, y estando Fanny en la hacienda, otra posibilidad no hubiera sido posible, la caridad estaba en los genes de su mujer como el alma está en los cuerpos, Fanny acogía a sus compatriotas, y en realidad a cualquiera, como se acoge el aire que se respira, como un acto mecánico e inevitable. Esas noticias no tardaron en llegar a Texas y pronto Denis y Richard supieron que el nuevo gobierno de colonos les ofrecía comprar tierras allí por los servicios prestados a la causa. Se hablaba de mucha tierra. Hectáreas aún por explotar. ¿Qué más podía un hombre querer que territorio?, pensaba Richard en las noches frías que nunca enmudecían porque siempre llegaba desde lejos el gañido agudo de algún coyote solitario. Eran noches largas de desvelos que se empalmaban con el alba que traía el susurro creciente del viento matutino. Noches durante las cuales Richard ordenaba y levantaba el edificio con sus sueños y con sus deseos. La mina empezaba a dar signos de agotamiento, y era el momento de cambiar, de buscar algo nuevo. ¿Y acaso no les ofrecía algo nuevo y emocionante toda aquella tierra virgen por conquistar?

Pero Denis se empeñaba en seguir en Guanajuato:

—Estamos aquí por mí, Richard —le recordaba su hermano cada vez que él le hablaba de sus planes de expansión y de esos cambios.

—Sí, estamos aquí por ti, Denis. ¡Dios!, ¿cuántas veces...? Disculpa, Denis... Pero dime, nunca me has oído decir lo contrario, ¿no es cierto?

—Lo es.

—Tan cierto como que no puedes convertirlo en una deuda eterna.

El negocio rey seguía siendo el de la tierra, insistía Richard, pero ¿para qué comprarlas en la vieja Irlanda?

—Dime qué nos queda allí, Denis.

—Nuestra familia, Richard. Qué sé yo. Un pasado.

—Un pasado... —Richard arrastraba las letras—. Sí, quizás tengas razón. Pero está a demasiados kilómetros.

Irlanda se desdibujaba ya como la tierra de regreso, y para Richard las praderas de la patria estaban ahora a un palmo de su mano. Además, sus hermanos ya tenían sus vidas arregladas allí.

—Y todo gracias a nuestro trabajo. No les debemos nada, Denis.

Thomas mantenía lo que se le había dado y su hermana parecía satisfecha con su esposo, un hombre decente y de fortuna modesta que ella elevaba a dignísima con el dinero que Richard y Denis le habían dejado como dote. Lo cierto es que las cartas que Richard recibía de Irlanda le quitaban las ganas de volver a su país, hacía tiempo que los de su misma sangre se le presentaban miserables en sus anhelos. Él ya no podía conformarse como habían hecho ellos y aún menos en esa tierra de oportunidades. La única que aún merecía su admiración era Catherine. Le había pedido que viajara allí, con Denis y con él. Los indígenas no eran sino remedos de creyentes aún

enfangados en sus ritos, eran incapaces de leer el Nuevo Testamento sin aderezarlo con sus dioses y leyendas, le decía a su hermana mientras le explicaba lo necesaria que sería su contribución a la evangelización de esas tierras. En Guanajuato, Catherine podría entrar en una de las órdenes, incluso podría crear su propia orden. Tenían dinero. Y amistades. Aquella era la tierra para los valerosos, para los que creían, como Catherine, que en la vida siempre había algo más que hacer para avanzar, y ella quería avanzar en su fe, tal y como testimoniaban sus cartas. Además, llegaban los ecos de que en Irlanda se presentaban tiempos duros. La ineptitud de las políticas del gobierno inglés había sido desastrosa para las cosechas, se hablaba de que el mildiú estaba atacando a la patata. No eran falsas las predicciones, sabemos que la gran hambruna llegó a Irlanda. Arrasadora. Richard se había dado cuenta de que, con sus conocimientos sobre el campo inglés y con la mano de obra de allí, podría sacar partido a extensiones de terreno que en Irlanda equivalían a condados enteros. ¿Por qué invertir en una tierra que sería pasto de la enfermedad y era feudo de las viejas ideas? El futuro estaba en ese continente, sólo le hacían falta más tierras y mano de obra, pero ésa no faltaba. También herramientas, y unos años más tarde se las vendería un joven de Tampico, un español emigrado de Santander que iba a revolucionar el comercio de la ciudad porteña.

Enredado en planes de futuro, durante las noches frías de la sierra, Richard decidió aceptar la oferta de los colonos. Lo que aún no sabía era que también estaba sentenciando su despedida de Irlanda, y de lo que en sus disquisiciones y ensoñaciones ya llamaba «el otro continente».

5

A punto de cumplir los quince años que nadie le celebraría, Ángel tampoco andaba corto de ilusiones. Dejemos a los Myagh decidir hacia dónde guiarán su futuro, ¿Guanajuato?, ¿Texas?, ¿Irlanda?, y avancemos al 21 de marzo de 1847, fecha en la que el joven Ángel llegó a Tampico.

Desde la borda vio a lo lejos la ciudad que aún nadie había bautizado «el Nueva York de la Huasteca», pero cuyas construcciones daban fe de que, pronto, el apodo haría honor a su silueta. Entonces no sabía que acabaría siendo uno de los vecinos más respetados y ricos de esa ciudad que en el momento de desembarcar le pareció sucia y grande. Pero lo pensó.

Los habitantes de Tampico, los porteños, eran hombres de carácter solitario, su parsimonia contrastaba con el frenesí de los extranjeros venidos de todas partes que acudían a Tampico en busca de una vida mejor.

Si a los Myagh la guerra de americanos y mexicanos contra el Ejército Nacional y la Guardia Nacional por el dominio de las tierras de Texas les había rozado muy de refilón y sólo en sus inicios, para los porteños de Tampico era como si la contienda se librara en unos límites de la tierra que escapaban a sus mapas. Y ni que decir tiene que, para un joven recién llegado a esa ciudad con el único afán de ponerse a ganar dinero a espuestas, era algo que sencillamente bien podía no estar sucediendo.

Ángel tenía la dirección del comercio de su hermano, La Favorita, comercio de abarrotes y ferretería situado en la calle Comercio. Allí se dirigió con el paso decidido. Lo recibieron con sencilla y aséptica cortesía y entró de inmediato al servicio de su hermano Manuel, que resultó ser un perfecto desconocido, y no sólo lo fue esos primeros años, también los sucesivos, y toda la vida. Se habían separado cuando Ángel apenas tenía unos años de vida. La escritura cordial y escasamente entusiasta de sus cartas velaba lo que en realidad le pareció, un hombre de buen carácter, sin duda, pero de una languidez y de una simpleza de espíritu que le impedían aspirar a mucho más de lo que ya tenía. Manuel se había acomodado tras el mostrador vendiendo grano, tintes naturales, cuerdas, sacos, sillas de montar, productos que venían cargados en los barcos o que se producían allí. Ventas fáciles, género que no requería mucho ingenio ni esfuerzo para ser vendido. En cuanto a ideas, pocas. Y en las ideas, había aprendido de don Ignacio, estaba toda la diferencia.

¡Cuántas veces había oído a don Ignacio repetir que no hay mayor parálisis en los negocios que la creencia de que a los clientes se los debe esperar! «Qué ingenuidad y qué ineptitud la de algunos que piensan que si el producto es bueno, el cliente irá por él», farfullaba poniéndose colorado, como si aún pudiera él caer en semejante pecado. No, a los clientes había que ir a buscarlos a donde fuera, donde estuvieran, allí donde no llegaba el mostrador. Y abrir su apetito

por lo nuevo, «dar de comer al estómago por la insaciable boca de la vanidad». Y cuando aún ni siquiera se había atrevido a plantearle esas ideas a su hermano, pasado un tiempo, un tiempo muy breve para el orden natural de las cosas, Ángel ya se veía ampliando el área de ventas a donde no llegaban los barcos, es decir, fuera de la ciudad, en los pueblos y haciendas que le habían contado que se extendían por los caminos que unían las ciudades de Tampico y de San Luis.

Comprendió pronto que era una pérdida de tiempo quedarse en la tienda pues su hermano la regentaba como un reyezuelo aferrado a su trono, sin saber qué significaba ser rey y tener un trono. Él se había ido del pueblo para no estar atrapado en una cuadra, y al poco tiempo ya sentía aquel mostrador como una nueva cerca que no le permitía saber qué ocurría fuera de la tienda. Le gustaba la calle. El bullicio. El ruido de los aguadores, de los cedaceros y de los jauleros que se echaban tal cantidad de jaulas a la espalda que desaparecían bajo el inmenso volumen de la carga. Casi todos caminaban cargados como mulas porque lo que les faltaba tantas veces eran las mulas. Pero algún día él tendría las suyas. Porque él no se rompería las espaldas como hacía ese ejército de deslomados, ni como había visto que hacían allí en su pueblo los hombres después de la siega, cuando regresaban cargados con los cuévanos hasta arriba de hierba y los aperos al hombro. Se hacían viejos por encorvados cuando todavía les quedaba mucha vida por delante, viejos mucho antes de la edad a la que don Ignacio había pasado de ser un hombre con dinero a ser un hombre con una descomunal fortuna.

Ángel aprovechaba sus salidas de la tienda para participar de lo que ocurría en el puerto y en las plazas, pero se quedaba siempre un paso por detrás, observando y anotando en su cuaderno el nombre de los productos, los precios, atento a cada gesto de los compradores y de los vendedores.

Al cabo de un año le pidió permiso a Manuel para ampliar el negocio y salir a vender de puerta en puerta. A cambio éste tendría que darle una ganancia sobre la venta, tan sólo exigía una justa retribución proporcional a la parte que vendiera. Manuel aceptó, pero, le avisó, tenía un plazo de un año para demostrar que el negocio rendía más según sus teorías. Si no, volvería tras el mostrador.

Ángel comenzó su labor de zapa por las calles de la ciudad y por el puerto. Los recorría del alba a la noche. Aprendió a escuchar y a callar. A decir que sí a todo. Si el cliente quería algo que no tenían, buscaba el modo de encontrar quién podría conseguirlo para entregarlo. Nunca fallaba. Lo importante era no perder jamás la confianza de los parroquianos. Se ocupaba de estar el primero en el puerto cuando atracaban los barcos que traían el producto foráneo. Se juntaba a los que, como él, no perdían el tiempo esperando a la venta en las lonjas o en el muelle, y si podía, cerraba en la misma cubierta de las naves las transacciones, como había visto hacer a don Ignacio. Andaba al acecho de las artimañas de unos y de otros, tomaba lista de las necesidades y exigencias de todos. Y escuchaba. Comenzó a leer la prensa que llegaba desde España y pedía que le leyeran los periódicos de Inglaterra pues sabía que de ahí y de Francia venían las modas, las tendencias y las novedades, y como le había enseñado don Ignacio, el que se adelantaba a los gustos del cliente se llevaba la partida. Trabajaba sin cesar porque no había hecho otra cosa desde que naciera. Pero por primera vez había gente en su entorno que hablaba de cosas que no tuvieran que ver con la siembra, con los rebaños o con la procesión de la Semana Santa. Tendía el oído, abría la vista como los zopilotes que surcaban el cielo. Descansaba lo justo, es decir, poco. No tardó en cobrar sus primeros pesos y, como si no hubiera otro modo de hacer las cosas, separó un cuarto de la ganancia y el resto lo invirtió en pagar a muchachos del puerto a los que

usaba como porteadores por cuatro perras gordas. Siempre a espaldas de su hermano, al que ni siquiera preguntó si le parecía bien o mal, porque nunca le preguntaba nada. Eran sus negocios, y ése, su modo de hacerlos. A Manuel sólo tenía que reportarle los beneficios. Pagaba a los chicos a portes debidos, y a los que mejor aspecto tenían los seleccionaba para mandarlos a las casas donde sabía que, como le había dicho don Ignacio, la diferencia podía estar en los detalles. Y en cuanto se supo que ese español avezado pagaba lo cumplido, no faltaron los voluntarios. Apenas si le quedaba tiempo para dormir, cosa que hacía en la tienda, y para alimentarse, cosa que hacía en casa de su hermano para no gastar más de lo debido. Lo debido significaba emplear lo necesario para proyectar sobre los demás la imagen o la idea de persona que esperaban ver, y estaba perfectamente dispuesto a aceptar ese reflejo y mejorarlo cuanto fuera necesario para avanzar en sus ambiciones. Tener buen aspecto era tan necesario como invertir casi todo lo que ganaba en ampliar su negocio. A veces invertía en la vestimenta de sus muchachos, a los que compraba ora unos zapatos, ora un pantalón, no fueran a presentarse con sus harapos en las casas de los clientes. No le importaba vivir en la trastienda de La Favorita y su hermano no había insistido mucho para que subiera a la parte alta de la casa, amueblada con un limitado refinamiento por su mujer, doña Dolores, que al principio, y más por cordialidad que por ganas, había hecho amago de cierta insistencia para que su joven cuñado ocupara la pequeña habitación vacía del fondo del pasillo.

—Podrás usarla hasta que llegue el hijo que habrá de ocuparla —le decía doña Dolores con una ilusión quebrada en la voz, de la que no lograba apearse.

Cenaba con ellos todas las noches, y todas las noches le suponía un suplicio que no estaba dispuesto a alargar ni un instante más de lo que la cordialidad imponía. Nada más terminar, se excusaba y bajaba a la trastienda, donde tenía un espacio propio, un lugar silencioso y suyo, en el que poder pensar y leer.

Doña Dolores era una buena mujer, pero, como todo lo que rodeaba a su hermano, ahí quedaba la cosa. Le recordaba a su hermana, y no porque estuviera enferma, en el caso de su cuñada el origen social era su propia enfermedad. Y era también la puerta que cerraba a su hermano toda posible ascensión al mundo de petimetres que aún no sabía distinguir de un «roto» o «lagartijo», caballeros y damas que veía a la salida del teatro y que para él se resumía en manos enguantadas en piel muy fina, camisas blancas y unos sombreros de copa que parecían desafiar la gravedad.

Ahí donde paraban las aspiraciones de Manuel, echaban raíces las de Ángel. Y doña Dolores eran el epítome del conformismo de su hermano. La mujer ni siquiera tenía que esforzarse por asumir su condición de mestiza de primera generación porque de haber asumido algo hubiera elegido la sangre chichimeca que corría por sus venas y teñía su piel del color del cuero rubio. Era evidente que ella no quería nada de lo que parecía deslumbrar a su joven cuñado. Ni siquiera leía los ecos de sociedad, como sí hacían las señoras que iban a La Favorita. De sus raíces, doña Dolores llevaba a mucha gala la condición indígena que resaltaba con toques en la vestimenta y en el peinado (vestía a menudo rebozos mayas), y adhiriendo a las costumbres una religión cuajada de supersticiones que Ángel no podía soportar; le resultaba tan imposible de entender, como ofensivo para su hermano, que sus antepasados chichimecas tuvieran más fuerza sobre doña Dolores que un presente del que no sabía aprovechar las oportunidades. Su hermano Manuel no necesitaba ni más, ni menos, doña Dolores era la medida exacta, incluso aumentada, de su falta de ambición. Un buen hombre, tal era la fama que se había ganado Manuel Trápaga

en la ciudad, y él asentía cuando le preguntaban si era el hermano de don Manuel como si debiera estar orgulloso de serlo; pero no lo soportaba, y aún menos soportaba que lo trataran como al hermano pequeño de un hombre mediocre. Y si en el pueblo había tenido que protegerse de los comentarios maledicentes o de la ponzoñosa conmiseración, ahí tenía que hacerlo para dejar de ser la sombra de alguien a quien ni remotamente deseaba parecerse. La vida le iba enseñando que debía demostrar a los otros que él no era como lo veían, y para evitarlo creyó necesario endurecer su carácter. Se prohibía el lamento y más aún mostrarlo, y así es como la dureza se fue instalando paulatinamente en sus gestos y en sus ojos de un azul marino muy oscuro, que sólo se abrían bien grandes, llenos de avidez, ante la vista de un buen cargamento de mercancía, y en cambio se cerraban ante la fragilidad o la debilidad de sus congéneres, como si protegerse de ellas fuera otra de sus obligaciones. ¿Es que acaso no tenía Ángel afectos? Si los tuvo, su esfuerzo consistió en medirlos para sepultarlos cuando los consideraba una pérdida de energía o de tiempo. Los afectos los llevaba a efecto en las acciones. A lo largo de su vida jamás actuaría pensando que debía cometerse injusticia, pero, salvo en momentos muy determinados, nunca lo mostraría con un gesto, sólo con la acción que creía que le correspondía a cada hecho concreto. Y como le pasa a cualquiera, no siempre acertó. Se prohibió la compasión sin saber bien en qué consistía ésta, y se forjó un carácter tan duro como colmado de gallardía, de firmeza y de rectitud hacia sus principios y sus ideales.

Su definición de la igualdad era tan impecable que le servía para tratar a todos exactamente por igual, siempre con severidad y una pulcra delicadeza cuando lo consideraba absolutamente necesario y no podía ser tomado como una dejación de su autoridad o de su deber.

Fortalecido por esa robustez de sus convicciones, que le hacían parecer mucho mayor de la edad que tenía, comenzó a frecuentar los ambientes de Tampico en los que se movía la población foránea. En la ciudad vivían por entonces cerca de ciento cincuenta extranjeros de los cuales sesenta y pico eran españoles, unos cuarenta, franceses, y una decena, estadounidenses. Había, además, algún que otro inglés como Eddie White, un chico de Manchester, algo menor que él y con tanta ambición como la suya, que trabajaba descargando en el puerto. Todos registrados como comerciantes, aunque muchos eran mozos o dependientes como él, cosa que estaba determinado a no seguir siendo por mucho tiempo.

Eddie y él se entendieron de inmediato. Eddie lo quería todo, como él. No hablaba español, y Ángel no hablaba inglés. Era un justo pacto que ambos se ayudaran sin nada a cambio. Él le enseñó a Eddie el español de España, al que con el tiempo iría incorporando algún deje del mexicano y del que nunca logró pulir un acento cantarín que se hacía más evidente cuando perdía los nervios (lo que no ocurría mucho) y que le hacía terminar ciertas palabras en «u» o en «i» en lugar de hacerlo con la «o»; era como un eco de su infancia montañesa que volvía a él en los momentos más inesperados y que imprimía a su habla un sello muy especial del que jamás se pudo desprender. A cambio, Eddie le enseñó a hablar un inglés de las Midlands que con los años, la lectura, y el tacto de la cadena del primer reloj que un buen día acabó colgando a su chaleco, Ángel iría refinando hasta pasar por un inglés de Sloane Street. Siempre tuvo buen oído. Eso le decía su madre cuando lo oía cantar en la cuadra aquellas jotas montañesas cuyas letras repetía sin saber muy bien qué significaban. Las tarareaba, en su trastienda, los días en los que el negocio había ido bien y estaba contento.

Trabajaba tanto que comenzó a dejar de frecuentar la iglesia los domingos; sólo lo hacía en las fiestas importantes y solemnes pues si de algo nunca abjuró Ángel fue de la pompa y del

boato. El día a día para el trabajo, pero a las grandes festividades había que honrarlas.

—El domingo es día del Señor. No es día de trabajo. Deberías venir a la iglesia con nosotros —lo amonestaba Manuel.

Pero él tenía siempre libros de cuentas que cerrar y libros que leer. También puertas a las que llamar de hogares en los que, aunque fuera domingo, siempre estaban dispuestos a compartir una taza de café con ese joven educado y de buen ver, de pocas palabras pero que siempre sabía cerrar una venta sin que pareciera tal la cosa. Se había dejado crecer un bigote según la moda de la época que le hacía parecer mayor y que de paso le otorgaba cierto aire seductor del que extraía beneficio únicamente para sus fines pecuniarios.

Y así, al cabo de un año no sólo había cumplido con las expectativas de Manuel, tan ridículas que no eran difíciles de satisfacer, sino que sabía tanto del negocio de abastos que era él quien aconsejaba a su hermano qué comprar y cómo organizar la mercancía.

Pero ya no podía crecer en la ciudad. A los clientes que frecuentaban la tienda había sumado aquellos que lo recibían en sus casas ya de manera fija, y así es como había tomado contacto con ese mundo que se le presentaba tan intocable como imprescindible. El de las casas de la calle de la Rivera, las muselinas y las puertas que abrían sirvientes que empezaban a llamar don Ángel a aquel español jovencísimo que hablaba un inglés más que correcto, pues era el idioma en el que había acabado por hablar con Eddie, y que tenía unos modales impecables que nadie podía sospechar que hubiera aprendido en un barco. Un joven con porte de hidalgo, una hidalguía de la estirpe de los recios montañeses, enfangada en vacas y en estiércol, y eso nadie lo sabía, pero lo cierto es que ese pasado velado imprimía carácter a su rostro y fuerza a sus ademanes.

Aquellas primeras clases de don Higinio, y luego las de don Ignacio, no habían caído en saco roto. Ángel había seguido con la lectura, consciente de que, en ese mundo que anhelaba, quienes más sabían eran quienes más leían y asistían a las tertulias, los que mejor informados estaban, y la información lo era todo. Y tan cierto debía de ser eso, como lo era que cuantos más libros tenía entre las manos y mientras más escuchaba a unos y a otros, más prendían en él las ganas de llegar siempre un poco más allá de lo que rápidamente se le presentaba como otra molesta frontera que había que superar. Eddie y él estaban fascinados por ese conde de Montecristo cuyas historias les contaba con arrobos de iluminado un francés aspirante a poeta con cuyo padre trataban en los negocios. El joven predicaba a los cuatro vientos que él sería el nuevo Dumas de esa margen del Atlántico, y los tres brindaban por un futuro luminoso que sería de los que no se rendían jamás. Había que abrir rutas alternativas al comercio, bramaban ellos. ¡Se acabó el tiempo de la originalidad y de la escritura iluminada!, les arengaba el otro. Buscar lejos de las fronteras, como ya hacían unos pocos aguerridos. ¡El artista al servicio del hombre y de la sociedad! ¡Buscar los productos directamente allí donde se fabricaban! ¡*La force de l'Humanité!* No pagar a otros lo que él podía ganar. ¡Abajo las emociones y los sentimientos pueriles! ¡Abajo los intermediarios! ¡Arriba los guardianes de la palabra!

Y con ese batiburrillo de ideas agarradas a su mente como lapas a la roca, Ángel siguió trabajando como si el presente sólo necesitara de ese afán, y guardando cada peso que cobraba como si el futuro estuviera subordinado a su capacidad para hacer acopio de él. Durante las noches dormía en calma, con el convencimiento de que si algo se cernía sobre su destino traería el sonido y el color de las monedas que atesoraba junto a su jergón.

Tres años después de llegar a Tampico, Ángel tenía todo el coraje de los diecisiete años y

ahorros suficientes para comprar una buena recua de mulas.

—Estás loco —le dijo Manuel al oír sus planes—. Estamos en guerra, por si no te has enterado.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? Espera a que haya paz. Cuando las cosas estén tranquilas, veremos.

—La paz nunca llega. Al menos no para la gente como yo. El que espera la paz poco logrará. La paz es para los perdedores. Además, no hay paz dentro de un solo hombre. Es la prueba más clara de que no existe. Hay guerra hoy, y la habrá mañana. Me voy.

—Lees demasiadas tonterías. Las caravanas y los conductos vienen protegidos por el ejército. Y las han limitado a cuatro al año, ya lo sabes. No hay protección para todos. Es de locos lo que propones.

—Llevaré mi propia recua. Y voluntarios no me faltan para acompañarme.

—No vas a ir *por' ai* solo. ¿Qué le diría a la madre si te pasara algo?

¿A qué venía mentar a la madre? La madre estaba bien. Gregorio andaba a cargo de las cosas, y la hermana estaba vigilada por un buen médico, ahora que lo podían pagar. Había pasado un invierno entero en cama, al parecer padecía de una dolencia en los pulmones muy severa. Algo heredado, según les habían dicho. Pero estaba bien. Y aunque él no hablaba todavía de volver y su madre no se lo preguntaba, sabía que ella esperaba verlo algún día. Quizás pronto. Y él no olvidaba que le había dado su palabra y la cumpliría. Pero aún tendría que esperar. No había empezado a ganar dinero, lo que tenía no eran más que migajas aún, nada que justificara un regreso.

—No metas a la madre en esto. No tienes que decirle nada. Me acompañará Eddie. Le daremos una parte del negocio.

—No conocéis el terreno. Los ríos están plagados de cocodrilos. Y los caminos, de asaltantes. Es una locura.

Cocodrilos y bandidos mediante, en 1853 Ángel dominaba la ruta comercial de Tampico a San Luis Potosí. Se había hecho con una concesión de diligencias y sus recuas de mulas y carretas recorrían cargadas de productos los caminos de arrieros entre varias ciudades y comarcas que jalonaban la ruta entre los dos estados. Pronto su capital duplicó al de su hermano. Entonces, sin vacilar y sin un atisbo de culpa, se separó de él, se marchó de su casa y se fue a vivir solo.

Doña Dolores, que no lo había querido, pero tampoco odiado, no mostró ni pena ni alegría ante la partida de su cuñado. Estéril y frustrada porque sus dioses no le concedían el don de la descendencia, pasaba los días farfullando en la lengua de sus antepasados, el chichimeco, conjuros y santerías que intercalaba los domingos con rezos fervorosos a la Virgen y a los santos, lo que según Ángel sólo servía para poner más palos en las ruedas del negocio del pusilánime de Manuel pues más de una mujer nada quería saber de la excéntrica de La Favorita, como se la acabó conociendo.

En 1855, con la población de Tampico en continuo crecimiento —se había multiplicado por cinco—, Ángel fundó su propio comercio, al que llamó El Comanche y situó en la calle Colón, en un edificio que empezaba a parecerse a su idea de cómo debían ser las cosas. Fue la primera piedra de su nueva iglesia, y la que sepultó definitivamente su relación con su hermano, que sólo tuvo una palabra para él: «Traidor».

Pronto la ruta entre Tampico y San Luis se le quedó pequeña. Tenía que viajar. Iría a Londres, de donde venían los productos que más cotizaban en México. Sabía bien qué tenía que llevar allí: materias como el azúcar, el algodón, el henequén o las maderas para teñir que alcanzaban gran valor en ese mercado. Aprovecharía para pasar por España y visitaría a la madre. Le escribió, lo organizó todo, dejó a Eddie a cargo de los negocios y embarcó en un camarote de primera clase.

Arrullado por el bamboleo de las olas, se acordó de don Ignacio. Pensaba en él a menudo. Lo cierto es que no sabía muy bien cómo dar con él. Molesto por el pinchazo de la culpabilidad prefirió hacerse a la idea de que el hombre había muerto. Sin embargo, le hubiera gustado enseñarle lo que había conseguido. Sólo habían pasado unos años desde que se conocieron, ¡y entonces era tan joven! Ahora le hubiera pedido unas señas, un lugar a donde poder escribirle. Apretó el reloj de plata que brillaba a la altura de su cintura y sacó el cuaderno de cuentas.

Cuando desembarcó en Santander era el año 1858. Tenía veinticinco años y el pueblo le pareció mucho más chico. En el saludo de los vecinos notó menos cariño que envidia; entre abrazos y palabras de consuelo, muchas de las cuales sonaban más falsas que las notas de una cuerna sucia, le dieron la noticia de que su hermano Gregorio había fallecido. Yacía junto a la tumba de su padre. *Sangre*, su mastín, tampoco estaba.

—Los perros también se mueren, hijo. Y quizás también lo hagan de pena —le dijo su madre.

En su lugar había una bola de tamaño mediano y pelo negro que lo recibió con ladridos y gruñidos. Le habían puesto el mismo nombre que a su mastín, y eso le gustó todavía menos. Lo apartó con un puntapié y dijo «quita *d'ai*, chuchó», como si no pudiera evitar volver al idioma de su niñez. No le gustó que hubiera tanto muerto a su alrededor. El pasado se iba borrando, y no era que el pasado le gustara, de él poco tenía salvo el recuerdo de la soledad que acarreaba desde su infancia como el escarabajo lleva su pelota a espaldas, con la diferencia de que la suya en lugar de hacerse mayor iba menguando, pero notaba una extraña opresión en el pecho y no le gustaba esa sensación que no era capaz de explicarse. La casa al menos estaba limpia y arreglada. La madre había plantado un gran seto de laureles en la parte trasera y el viento transportaba su aroma hasta su habitación. La fachada principal seguía bien despejada, sin plantas ni árboles, no se fuera a perder la vista del camino; sentada en el *poyu* o desde el interior de la cocina, ver quién paseaba por la carretera era uno de los pasatiempos más preciados de la madre. Ángel dibujó el escudo, ahora con todos sus blasones y con las dos cabezas de águila. Una a Oriente, la otra a Occidente. Una al pasado, otra al futuro, decían otros. Subió al monte de la Gándara y se quedó mirando ese paisaje de su niñez que apenas había cambiado, pero ahí no había nido que plantar pues no había torre digna en donde hacerlo. Su hermano estaba muerto y sin descendencia, y su hermana, en esa cama, sin posibilidad de tenerla. Agarró un puñado de ortigas. «*Hiju*, si no *aliendas* mientras las coges no notas nada», le decía su madre. Retuvo el aliento. Tiró el puñado de ortigas y se frotó la mano en el pantalón. En unos segundos se le cubrió de rojeces. Se juró no volver y sacar de ahí a su madre y a su hermana, llevárselas a México, y si no querían acompañarlo al otro mundo, como ellas lo llamaban, las acomodaría en una casa confortable en Santander.

—Ni hablar. Yo no marchu a ninguna parte, *hiju*.

¿Qué podían hacer en una ciudad que ni siquiera conocían? ¡Y en el otro mundo! ¡Eso ni

hablar! ¿Qué iban a hacer ellas dos en el otro mundo?

Sabía que poco tenía que hacer frente a la terquedad de su madre. Seguía achacosa, y llorona, pero no menos tozuda. Y a la hermana enferma el clima húmedo del mar no le convenía, pero nada de nada, le dijo con sospechosa insistencia el médico que desde hacía años la trataba y que no faltaba cada semana a ver a su paciente y a cobrar la visita. Y así, se despidió de ellas por segunda vez sin saber si volvería a verlas.

Se convenció de que ya no quedaba nada más allí para él y se fue tranquilo. La idea de irse, como si se tratara de una segunda partida, limpió de su pecho esa pizca de amargura que había amenazado con incordiar su plan de ruta. A la madre y a la hermana les dejaba un buen dinero, y sólo tenían que pedirle más para lo que hiciera falta. Enviaría remesas cuando fuera necesario. Dejó también una buena cantidad a don Demeterio para arreglar la iglesia y la escuela, y otro tanto para construir un panteón con el escudo de los Trápaga sobre la tumba de su padre y de su hermano. Había hecho más por ellos de lo que jamás hubieran esperado de él cuando diez años antes, aún niño, cogió ruta hacia el Nuevo Mundo. Y lo único que se llevaba en claro era la confirmación de que le costaba creer que hubiera salido de esa familia.

Puso rumbo a Londres. Zarpó en Santander con destino a Plymouth, y desde allí viajó en diligencia hasta la ciudad del Támesis. Cuando lo cruzó, el cochero le dijo: «*Sir, here is our river, the magnificent Thames*», y dio gracias a Eddie por haberle enseñado esa lengua y a Shakespeare, a Milton, a Locke y a tantos otros respetados escritores por habérsela hecho amar.

El Londres al que llegó era exactamente igual que el Londres que había conocido en los libros de ese tal Dickens, ante cuya escritura había caído rendido. Era como si esos relatos lo hubieran preparado para llegar a la ciudad. Le fascinó la capacidad del escritor inglés —que según le dijeron en el barco se había vuelto muy famoso—, para describir los paisajes de la miseria y de la grandeza de la ciudad que ahora se extendía ante sus ojos, a los dos lados de ese puente sobre el Támesis. No le había gustado tanta sensiblería, pero había algo en las descripciones y en los personajes elegidos por ese autor que lo subyugaba. En realidad, lo que había en las páginas de esos libros era lo que él se había prohibido a sí mismo expresar. Pero ¿acaso no hacen eso con nosotros los buenos libros? Hasta el lector más severo se puede volver tolerante y benévolo durante el tiempo que pasa sus páginas; hasta el alma que más costras tiene puede ver cómo un buen libro se las levanta y deja la herida al aire hasta que su propia intransigencia, o su flaqueza, se las vuelve a cerrar. Por eso Ángel siempre leía apartado de todos. Como en una meditación intensa. Y aunque volviera a la vida con las mismas imposturas, cerrazones y veladuras, muy adentro de él los libros le susurraban, le hablaban, le confortaban, y también, claro, lo ratificaban en sus ideas.

Los meses que pasó en la capital inglesa fueron como un segundo periodo de formación. Con Eddie al cuidado de los asuntos en El Comanche, no tuvo prisa por volver. Allí pasaban demasiadas cosas nuevas, y le pareció que sólo un necio marcharía antes de haberlas comprendido y asimilado. Hasta que analizara si merecían su atención o hasta qué punto la merecían, no se movería de Londres. Se alojó en un hotel en Hyde Park y confirmó, paseando por la ciudad y conociendo a los dueños de las navieras con los que iba a sentarse a negociar, que aquél era el tipo de vida que quería. De los varios negocios que cerró en la ciudad, hubo uno que, por cuanto resultaba absurdo para casi todos, a él le pareció tanto más obligado llevar a cabo. Su intuición, como sucedería muchas otras veces, no le falló. Las lámparas de queroseno le hicieron

ganar lo que hoy unos llamarían «el primer millón». La producción en las fábricas de Londres era enorme, las lámparas se producían a gran velocidad en comparación con el trabajo aún artesanal que se realizaba en México. Compró directamente a las fábricas un cargamento de lámparas y acarreó en un barco la mayor carga de esos objetos que jamás había viajado a México.

Ya sé que es mucho dinero, Eddie. Pero ¿desde cuándo nos frena algo así? Pide el préstamo al Banco de Londres, escribió a su socio.

Era la primera vez que pedían dinero prestado, y era mucho. Y fue la primera vez que se endeudaron. Las cartas de aval del Banco de Tampico le sirvieron, pero tuvo que dar en fianza su negocio. Lo hizo, porque la jugada maestra ya estaba diseñada en su mente, y como otras veces, no contaba con la posibilidad de que fallara. Por su lado, Eddie lograba una concesión para la venta de lámparas en varios estados de México. Se alió con un tal José Gómez Cueto, socio a su vez de unos norteamericanos que habían comprado en Venezuela las primeras tierras que habían dado la que sería la energía que provocaría un cambio radical en la economía mexicana: el petróleo. De los aún tímidos yacimientos de petróleo destilaban un combustible para uso común, el queroseno, una energía mucho más potente y barata que la que proporcionaban el aceite o el esperma de ballena.

Vendería en México las lámparas con el combustible y sería el dueño de ese negocio in cuanto Eddie le confirmara que tenían la concesión exclusiva para hacerlo en esos dos estados y con la empresa de importación más poderosa de Estados Unidos.

Una jugada maestra. Y la logró.

En el barco, de regreso a México, pensó en su madre y en su hermana y se dijo que era extraño, pues no recordaba haberlo hecho cuando viajó la primera vez, siendo casi un niño. Ahora, paseando por la cubierta, o al abrigo del ruido, en el silencio de su camarote, sus voces y la imagen de sus rostros regresaban a menudo, como si quisieran, o más bien se empeñaran en acompañarlo mientras él se esforzaba por separarse de ellas. Sólo a medida que se acercaban a tierras de América, los rostros se fueron desdibujando, como espíritus tragados por las brumas espesas. Luego recordó a don Ignacio Silvestre contándole que volvía a Cuba para morir allí, y se acordó también de lo que él había pensado entonces: «Yo nunca dejaría que me enterraran lejos de mi casa». Ese juicio ahora le parecía tan severo, ¡tan estúpido e infantil! Se rio entonces con acritud y con piedad a partes iguales de ese niño que había sido, y se preguntó si quedaría en él alguna de esas ideas pequeñas, ridículas e ingenuas. Y como si se sintiera legitimado y obligado a romper con su pasado, se puso a pensar en formar una nueva familia.

Su familia.

6

Volvamos a Richard, al que dejamos planificando su futuro, con Fanny a su lado, rogándolo que no se fuera. Ruegos que a Richard le habían causado más de un dolor de cabeza por el recuerdo de otra mujer pidiéndole lo mismo años atrás. Pero ahora la cosa era bien diferente. No se iba tan lejos, y además la dejaba con Denis y con Emily, también con su primer hijo, Jorge Frederick, al que habían bautizado así por el único varón de los Lewis, el hermano ausente que había perdido la vida cuando las hermanas eran niñas y que vivía aún en un recuerdo nebuloso del que Fanny pretendía resucitarlo. Si se trataba de poner al recién llegado el nombre de un muerto, mejor ése, dijo la madre, mejor el de su pobre hermano que el de su difunto padre, nada de otro Alfred Lewis, un alma viajera que no había hecho otra cosa en su vida que ir de un lado a otro, como si las cosas o las personas lo echaran de los sitios. El padre de Emily y de Fanny, como era de esperar, no había aguantado mucho tiempo en la hacienda y se había marchado a la Patagonia pese a los ruegos de sus hijas, que alegaron su edad como argumento desesperado de una batalla que sabían perdida. El empedernido aventurero, esa alma libre y padre egoísta, nunca volvió de ese último viaje. Cayó en el camino como tantos otros, se cree que en el viaje de regreso, en Tancanhuitz, en el estado de San Luis Potosí, lo que parecía de peor gusto pues al menos el eterno fugitivo parece que tenía idea de regresar con sus hijas. Lo único que recibieron las desconsoladas mujeres fue una maleta con sus pertenencias; llegó sola en la diligencia ya que el cuerpo nunca apareció. Ponerle su nombre al recién nacido hubiera sido mentar a un fantasma, a un alma demasiado libre, y ligar a ese niño, que llegaba libre de culpa y tan puro como los ángeles, al macabro y misterioso acontecimiento de la desaparición del abuelo difunto.

Lo único bueno que le trajo a Fanny la muerte de su padre fue el retraso de la partida de Richard, que se quedó unos días más junto a ella para acompañarla. Lo peor fue que, además de lidiar con su propia aflicción, tuvo que gestionar la de su hermana Emily, que se resistía a no enterrar el cuerpo del finado para poder por fin disfrutar de él sin el temor a otra evasión.

Pasados los días del luto decoroso, Richard volvió a desplegar sus planes. Tenía que marchar. Y nada podían los ruegos de su querida Fanny frente a la otra llamada poderosa, la de la tierra. La tierra era lo que valía la pena, no era sólo el verdadero negocio, era su causa y el fin de una vida. Tierra para su familia y para sus descendientes. El fallecimiento de su suegro lo había llevado de nuevo a lugares lúgubres de la mente y lo cargó de más razones para marchar; sabía ya demasiado bien que la muerte llega así, de un día para otro, y se los llevaría uno a uno sin contemplaciones y en tiempos que no estaba dispuesta a desvelar, así que el tiempo era lo que siempre apremiaba. Tenía que marchar cuanto antes para proseguir con sus planes.

—¿Y cómo quieres que tengamos más hijos si te vas? —le rogaba Fanny.

Emily había dado a luz a otras dos niñas, apenas con un año de diferencia. Una se llamaba Anne, la otra María, pronunciado a la española. Cinco hijos tenía ya su hermana Emily, y los entregaba al mundo como si fuera un manzano al que se la caen los frutos y ella, Fanny, la diligente campesina que los recoge. Porque si Emily ni sabía ni quería ocuparse de sí misma, ¿cómo iba a hacerlo de otros? Y para colmo, y era bien sabido, Denis y Emily apenas tenían momentos de intimidad. Aquel aumento de la prole era inexplicable, y para Fanny, aunque se recriminara el pensarlo, le parecía a ratos una injusticia. Porque ella, ella que compartía lecho cada noche con su esposo, en cuyo abrazo había conocido los placeres más innumerables, hubiera dado todo, hasta una chispa de ese amor carnal, por tener más hijos. Hijos de su vientre que, maldita sea, no llegaban.

Volvería pronto, le contestaba Richard, sordo a los desvelos de su esposa. Y es que en la mente de Richard no cabía la idea de que la familia no fuera a crecer de una forma tan natural como llega el deshielo en primavera o eclosionan las praderas en verano. Iban a formar una gran familia. Denis ya lo había hecho y al fin y al cabo se trataba de la misma sangre, así que mientras llegaba su descendencia, que llegaría, a Fanny no le faltaría tarea ni cariño que repartir con todos esos pequeños de Emily y de Denis. Sí, más niños llegarían, le escribía Richard a su hermana Catherine en largas cartas, estaba seguro de ello, y les explicaría el valor de sus raíces, la importancia de su pasado, tendría que enseñarles que no se puede saber a dónde se va si no se sabe de dónde se viene. Les hablaría de su tierra, de aquella Irlanda que a él ya se le desdibujaba en el recuerdo salvo para emparejarla a su apellido. Y le rogaba a su querida hermana que se juntara a ellos, a lo que Catherine contestaba que su oración estaba con ellos, pero su labor, en Irlanda. Cada cosa a su tiempo, le contestaba a Richard Catherine, porque ahora les tocaba sacrificarse a ellos dos para asegurar la nueva dinastía de los Myagh, que sería esplendorosa en esa tierra de oportunidades, insistía Richard; que dejaría para siempre el nombre y el legado de los Myagh vivo en la tierra de sus ancestros, replicaba Catherine. Quizás fuera una señal que Dios no les hubiera dado los hijos aún, le decía Richard a Fanny, empleando todas las artimañas de las que era capaz para mitigar la zozobra de su esposa. Llegarían. Pero de ninguna manera iba a desaprovechar la oferta que le hacían los colonos, le decía en tono categórico a Denis. Y Denis dijo: «Haz lo que lo que te parezca», porque él no estaba dispuesto a dejar las minas.

Denis no las dejó y Richard hizo lo que todos sabían que haría.

Se puso en ruta el 10 de junio de 1845 tras dejar testamento y recibir confesión. Iba a Texas, a donde llegaría el mes de enero de 1846, año en que estalló la guerra en México contra los norteamericanos. Pero en esta ocasión Richard había aprendido ya a acomodar los lujos de cuna a la rudeza más extrema del camino, y lo había hecho con destreza. Por eso, cuando iban camino de Monterrey y los avisaron a él y al mozo para que no bebieran el agua de la zona y que la remplazaran por aguamiel si no querían morir de disentería, lo tomó como quien oye decir que se avecina un chubasco y busque cobijo bajo el tejado más cercano.

Las primeras paradas las hizo en distintas haciendas que constelaban el camino. La del conde de Xaral, que criaba caballos, la hacienda de las Pilas, propiedad del recaudador de la aduana de Estado, o la de las Charcas, cuyo dueño era don Ramón Cevallos, hijo de un español casado con una americana a quien le contó que se dirigía a Texas pero que quería parar en la hacienda del Salado para visitar la tumba de su amigo Archibald Fitzgerald, nieto del patriota irlandés Hamilton Rowan, muerto en el alzamiento de los soldados texanos contra Santa Anna. La

hacienda, como las de la época, tenía una casa de planta muy grande y todos los lujos propios de la mejor vivienda de cualquiera que perteneciera a la gran aristocracia terrateniente: una iglesia, las oficinas, las trojes, establos y huertos para alimentar a los hacendados, peones y aparceros que dependían de esos pequeños universos de estructura feudal en donde se cultivaba, según las zonas, maíz, trigo o pulque. Richard pasó unos días allí, esperando que llegaran dos viajeros americanos, el señor Gibson Lee, de Nueva York, y el señor Theodore Maltby, acompañados de su sirviente Collebilt y de sus mozos mexicanos, que se les iban a unir en el viaje para evitar los asaltos. *Tenemos una apariencia formidable*, escribió Richard en su diario, *un grupo de ocho personas con los respectivos sirvientes, todos armados hasta los dientes, y veintiséis animales.*

El día 24 llegaron a Monterrey que por entonces contaba dieciséis mil habitantes. En el exterior quedaban quintas abandonadas que en tiempos de la Colonia habían sido de españoles y ahora se podían alquilar. Cerca del lugar de residencia del obispo y de un grupo no pequeño de canónigos, estaban los cuarteles generales del Ejército Mexicano del Norte destinado a reconquistar el territorio de Texas. Unas dos mil quinientas tropas dirigidas por el general y comandante en jefe Arista, a cuyas órdenes luchaban los generales Mejía y Vega, y que le pidió ayuda a Richard para traducir al español la Proclamación del presidente de Texas. Richard aceptó. No porque sintiera afinidad alguna con la causa mexicana, sino por una mezcla de caballerosidad y de consideración hacia las grandes causas, fueran o no las suyas. Arista era un hombre de conocimiento, de ciencia, era alguien como él. Y al fin y al cabo México tenía derecho a querer civilizarse. Richard creía que el camino rápido era el de la unión con los Estados Unidos, pero eso no impedía que no apoyara a esa élite mexicana que buscaba, al fin y al cabo, lo mismo que él perseguía: el progreso. Entendía las pretensiones de esos soldados mexicanos, eso sí, demasiado sujetos por una idea ultraconservadora de país, pero también pensaba que, si los texanos hubieran visto en los mexicanos a ciudadanos civilizados, con una educación menos arcaica, no hubieran puesto tantos remilgos a la hora de quedarse en un país que ofrecía grandes oportunidades para el desarrollo y que al fin y al cabo era más justo en cuanto a leyes sociales, pues ¿acaso en México no tenían aparceros? Pagados miserablemente, era cierto, ya se ocupaba Fanny de reprochárselo a menudo, pero no eran esclavos como sí lo eran los de la Confederación.

Los días en Monterrey dejaron en Richard un mal recuerdo por los repentinos ataques de jaquecas que sufrió y que asoció al calor. Esas jaquecas llegaron de repente, y lo peor es que nunca se irían. Le hablaron de un manantial de aguas sulfurosas para curarse el reumatismo y otras dolencias y acudía a él con la esperanza de que le trajeran algo de alivio. Completaba los días asistiendo a misas y a corridas de toros, que remataba en noches largas de naipes en las que el whisky y el ponche le aliviaban las jaquecas momentáneamente, hasta que se levantaba al alba, aquejado por más dolor, no sabía si de tantas borracheras y sus desvaríos, o de las jaquecas que empezaba a asociar en parte a la culpa por las infidelidades.

Escribió a Fanny, anunciándole que seguiría el viaje porque lo que tenía que hacer en Monterrey, establecer unos buenos contactos, estaba hecho; sin decirle que se habían prolongado sus días sin razón y que estaba cansado de inactividad; contándole, como si le ofreciera así una parte de la verdad, que había aprovechado para comprobar que el rebozo de las mujeres había desaparecido por ahí para ser sustituido por el chal; sin contarle que lo mismo había ocurrido con las enaguas, remplazadas por una vestimenta parecida a la que vestían las mujeres de Irlanda.

Tras varios días de ruta llegaron al río Grande, que, según dejó apuntado, medía entonces

cuatrocientas yardas de ancho. Un bote navegaba entre Matamoros y Nueva Orleans por el río Grande. El comercio de contrabando había arruinado el comercio regular de ese puerto, y sólo unos pocos artículos podían venderse debido a las altas tarifas arancelarias de México. La importación de harina y otros productos para el ejército era el único negocio rentable. Se exportaba piel y lana. Las propiedades de los alrededores podían comprarse a buenos precios. Richard veía y anotaba todo, no iba a perder la ocasión de hacerse con buenas posesiones, pero no tenía claro que fuera ahí, en esa tierra mexicana a cuyos habitantes no acababa de comprender. Texas era su objetivo, la vieja tierra de colonos americanos e irlandeses.

Por treinta dólares, consiguió pasaje para Nueva Orleans en la goleta *Equity*. Los animales viajarían por tierra con los sirvientes, a cargo de un tal Thompson.

—¿Es de fiar ese escocés?

—Depende de lo que quiera fiarle, señor Myagh. No le deje a su mujer. ¡Ni acepte su palabra! Pero si son sus animales y le va a pagar un buen dinero por que se los cruce, créame que es de quien más se puede fiar. Sólo un contrabandista es capaz de controlar a las bandas de asaltantes. En estas tierras, la única forma de evitar el embate de los ladrones es fiarse de quienes son sus más claros y temidos aliados.

La *Equity* era una bonita goleta con buenos camarotes. Su dueño, el señor Stillman, era de Matamoros. La goleta estaba anclada fuera de la barra y sólo se podía llegar hasta ella en lancha. Recordó entonces el mar y se le removió en el pecho un odio que vivía arraigado ahí como una bacteria dormida. Le consoló saber que durante la travesía verían siempre tierra y que el viaje en agua salada era corto, sólo hasta la entrada en el río.

Tras cinco días de recorrido llegaron a la boca del Misisipi. Anclaron en un pliegue del río, a la espera de pasar los trámites de la aduana, sin saber que las tierras húmedas se revelarían como el peor de los infiernos. ¿Alguien imagina una tormenta de mosquitos? Pues Richard no la tuvo que imaginar, la padeció. *Con frecuencia he padecido penurias, pero nunca nada como esto*, escribió a Fanny. El capitán los mantuvo en el barco, se negaba a contratar un remolque que hubiera menguado su ganancia y ni siquiera los ruegos y amenazas del pasaje le convencieron de lo contrario. *Y todo para economizar unos dólares. Le deseo, querida mía, como castigo que pase en el purgatorio tantos días como nosotros llevamos en este infierno*, se lamentaba Richard en sus misivas. Continuaron viaje hacia Port Jackson, y para su alegría se toparon con el vapor *Mc Run* que iba hacia Galveston. Su capitán los invitó a bordo durante cincuenta y dos horas, lo que le permitió dormir en una cama con mosquitera y hacerlo más de cuatro horas seguidas sin pensar en las picaduras que habían colonizado su cuerpo. Al lado de la *Equity*, el *Mc Run* era un pedacito de paraíso en el que viajaban cuarenta familias que iban a vivir a San Antonio de Béjar y que se reunían en las tardes y en las noches sobre la cubierta para beber ponche y escuchar los aires de la banda de músicos etíopes que iba a bordo para amenizar la travesía.

Desembarcaron por fin en el puerto de Galveston y allí compró el pasaje para Houston en el vapor *Spartan*, que los cruzó por la bahía de Legneto y la de Hanisbury. El punto principal de navegación era Buffalo Bayou. Houston tenía en ese momento cuatro mil habitantes, buenas escuelas y también un teatro. Se había poblado con familias respetables y la vida allí parecía cívica y ordenada *salvo por los efectos que produce una bebida de menta hecha con brandy y agua que da lugar a espectáculos muy poco cívicos. Créeme, mi querida Fanny, el espectáculo sería como para reír si no fuera porque resulta lamentable*.

Richard permaneció en esa ciudad hasta el mes de agosto, fecha en la que emprendió de

nuevo la ruta hacia San Antonio. Cruzó grandes extensiones de pasturas en las que pacían el ganado y enormes manadas de venados. Las plantaciones de algodón cubrían kilómetros de tierras y desde ellas se elevaba una música quebrada, una suerte de lamento hecho melodía, era un gimoteo suave, rítmico y acompasado que provenía de los esclavos afanados sobre los campos. Sus rostros estaban vueltos hacia la tierra y hacia el cielo sus espaldas sobre las que se estampaba el brillo de un sol abrasador que sus cuerpos oscuros y renegridos parecían tragarse.

Por fin llegó a San Antonio de Béjar. *Querida Fanny, reciben a todos los forasteros. Llegada la hora de la cena, las mujeres se sientan en la cabecera de la mesa. ¿Te lo puedes imaginar? Me pregunto si será cosa de la religión metodista que es la que prevalece aquí. De todos modos, sigo pensando que nuestra religión católica ha creado los hombres más abiertos de mente que conozco.* No tardó en darse cuenta de que esa tierra le gustaba. Le pareció admirable la hospitalidad de los texanos y en otra carta le anunciaba a su esposa que posponía su regreso, pasaría allí el invierno, ocupado en la prospección de tierras. Fanny lloró al leer la misiva, como todas las mujeres que han llorado a sus hombres durante siglos avivando la epopeya del abandono. Y lloró también a la manera de una madre que piensa que cuando vuelva su esposo no será capaz de reconocer a su propio hijo. Pero aguantó en su hogar, pacientemente, y porque era consciente de que allí estaba su sitio desde que había quedado claro que entre Denis y su hermana Emily ya sólo quedaba ella. Los esposos no se hablaban y Fanny no estaba ahí para que lo hicieran, sino para que no hubiera que lamentar la pérdida de uno o de otro. Una pérdida de la que sólo Emily habría sido responsable. Si un día no quería quitarse ella la vida, se la quería quitar a su marido, y con la misma crueldad con que le reprochaba a su esposo la vida de salvaje que llevaba, lo arrastraba a ella con su inagotable desdén. Denis pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, en la mina, en reuniones, o jugando. Se había amancebado con una muchacha india, a la que visitaba casi a diario en el rancho en el que vivía la mujer, y era tanto el tiempo que pasaba con los aparceros que Fanny acabó por regentar la casa como si no hubiera hombre en ella.

Nada de eso le contaba Fanny a Richard en sus cartas. Aún recordaba que el motivo de su viaje a México, al dejar Irlanda, había sido cuidar de los suyos, de los Lewis. Y por eso no asumía el cuidado de su hermana como una penitencia sino como la razón misma de su vida. Su amor por Richard había llegado después. Como un premio inesperado. Y, peor aún, era algo a lo que no se sentía con derecho, pero por lo que daba las gracias al Altísimo. Cada mañana y cada noche le pedía que le diera fuerzas, porque ¡cuánto las necesitaba!, para ayudarla a comprender, a asumir con resignación que su espera y su silencio eran poca penitencia por tanta dicha inesperada, o quizás inmerecida.

Richard se empleó a fondo en los negocios. En San Antonio visitó el poblado alemán de Brownsville para ver cómo se desarrollaba allí el negocio de inmuebles ya que le habían informado de que en Head Springs un grupo de inversores planeaba desarrollar una ciudad al borde del río San Marcos, algo similar a lo de Brownsville. Le ofrecieron comprar tierras por medio dólar el acre, se afirmaba que de ahí a un año sus riberas estarían densamente pobladas. Mientras lo pensaba, visitó Austin, la capital del condado de Travis, en la ribera este del río Colorado, nombrada por un decreto reciente del Congreso de Texas. Durante cinco años había sido capital del país y residencia del gobierno, pero la nueva capital se mudaba a Washington. Como símbolo del poder que se iba, quedaba la casa del presidente, en un alto, un Capitolio

marcado ya por el inevitable deterioro que inflige el abandono y la casa del último encargado francés de relaciones diplomáticas que era ahora la del obispo católico romano. Los recibió el juez Webb junto a otros ilustres invitados, y si bien comprobó que la vida social allí seguía teniendo cierto relumbramiento, las tierras no le convencieron. Volvió a San Antonio a finales de octubre y se alojó durante su estancia en casa de don Antonio Navarro, un terrateniente amante de la belleza que había plantado un jardín sólo comparable a los que Richard había visto en Reino Unido, pero con olmos, cedros y robles verdes. Don Antonio Navarro había sido apresado en Santa Fe de Texas y llevado a México, donde Richard lo conoció como prisionero. *Un verdadero patriota de Texas*, le contaba por carta a Denis, *y uno de los firmantes del acta de Independencia. Cuando Santa Anna lo hizo prisionero, lo más conveniente hubiera sido que se apartara de los texanos, hasta se le ofreció un indulto público y un puesto público en México si abandonaba Texas, pero él rechazó: «nacé en Texas, he ayudado a obtener la independencia de este país, viviré y moriré como texano».* Fue condenado en los calabozos de San Juan de Ulúa, donde permaneció hasta mucho después de que Santa Anna liberara a los otros prisioneros texanos. Lo liberaron tras la caída del tirano. Te puedes imaginar el respeto que le tienen los norteamericanos. Y yo.

El invierno se alargó y llegó la primavera. Richard había instalado sus oficinas principales en la ciudad de San Antonio, desde donde organizaba excursiones por el condado. La ciudad estaba poblada por mexicanos y estadounidenses de la alta sociedad que pasaban los días de baile en baile. *A los jóvenes les recomendaría que vinieran con mujer pues apenas hay una mujer soltera por aquí*, le escribía a Fanny, *he contado unas cien señoras.*

Pero a Fanny ya nada de esas cartas le interesaba. Las leía con tanta avidez como desidia sentía cuando las abandonaba al ver que en ellas no había señales de su regreso. Aunque se castigaba por ello, empezó a reclamarlo con mayor insistencia. La convivencia entre Emily y Denis se había vuelto infernal, pero eso no se lo decía. Para justificar esa obstinación que a veces no lograba disimular, sólo daba motivos que sabía de sobra que a Richard poco lo convencerían: necesitaba tenerlo cerca y su hijo crecía y también lo necesitaba.

No podía. Todavía no, insistía Richard, no cuando ya sabía qué quería y sus negocios estaban en plena expansión. La fiebre por la tierra se había desatado. El señor Lee, un americano de la zona muy rico, lo había asesorado en la caza de tierras y se había asociado con él para construir. ¿Cómo abandonar todo para dejarlo en manos de a saber quién? Sólo a don Antonio le hubiera confiado sus asuntos, pero las cosas no le iban nada bien al anciano y no era cosa de endosarle responsabilidades que no hubiera podido atender. Los americanos ya no ocultaban sus ganas de expandir el país hacia el sur y el hombre vivía acechado por pensamientos negros y malos augurios. Texas caería tarde o temprano. Había que demostrar simpatía por la causa estadounidense, al fin y al cabo eran quienes compraban las casas y las tierras, pero si a algo no estaba dispuesto a renunciar don Antonio era a su patria. Texas era Texas, y si habían resistido a Santa Anna y a sus hombres, resistirían a Lee y a sus secuaces. Richard, ajeno a las tribulaciones de su amigo, huyendo como de la peste de cualquiera que le obligara a tomar partido por unos o por otros, se mantenía en lo suyo que era comprar, construir y vender. Y la velocidad a la que lo hiciera determinaría sus beneficios. Poco le importaba en realidad quién se quedara con Texas. ¿México? Bueno, ahí tenía a su familia, y empezaba a darse cuenta de que en cuestión de negocios prefería manejarse con los mexicanos que hacerlo con los estadounidenses. Pero si la ciudad de San Antonio se convertía en la capital del estado cuando Texas se dividiera en dos

estados —según estaba aprobado en la Constitución—, eso sólo haría aumentar el valor de sus tierras. Fuera como fuera, él ganaba.

Así que siguió a lo suyo, ajeno a las preocupaciones políticas de sus amigos y socios, que si de algo tenía que preocuparse él era de alargarle las horas al día para que rindiera su trabajo y de descansar cuando, muy a su pesar, su salud le obligaba a ello. Un mal perpetuo le carcomía el estómago y para paliarlo alternaba el whisky con sales de Epsom y algún día de reposo. Pero nada de ello le dijo a Fanny, convencido de que no era grave, y de que en todo caso sólo serviría para darle motivos añadidos para reclamar su regreso.

El motivo llegó el 25 de marzo de 1846 en el correo, con una carta de Fanny: *Te ruego que vuelvas, nuestro pequeño Jorge Frederick falleció*. Ni una palabra más, pero nunca menos palabras traslucieron tanto desconsuelo de la remitente y provocaron más remordimiento en su destinatario. Esa noche, fue a casa de don Antonio y se sentó a beber, lo hizo como si su estómago no tuviera fondo ni una úlcera a la que le declaró la guerra abierta: o ella o él. Don Antonio sólo sabía animarlo con frases amables y huecas, y mientras el anciano soltaba ese aderezo de confites, entre sorbo y sorbo de whisky que le servían para acompañar en el pesar y en los actos al amigo, Richard se agarraba el estómago que le quemaba como si en él ardieran de golpe en una pira todos sus males y sus demonios. Lo que pasó los días siguientes está perdido seguramente en las nieblas del alcohol y en el polvo del camino. Richard volvió a Guanajuato junto a su familia. Se tiró a los brazos de Fanny como un niño, y no salió de ellos hasta que ella le obligó a hacerlo. Volvió a retomar el gobierno de los días gracias a la fuerza del amor de su esposa, a la que entre abrazos y alguna lágrima volvió a jurar fidelidad, lo que ella interpretó como una muestra de su desvarío. Richard se convenció, y convenció a su esposa, de que en breve vendrían otros hijos, y no porque sintiera la necesidad de restituir al hijo al que al fin y al cabo apenas había conocido, sino porque ahora consideraba que sí había llegado el tiempo de dedicarse a procrear para asegurar la descendencia y le anunció a Fanny que ya no pensaba separarse de ella. Lo arregló todo para volver a San Antonio y no le dio otra opción a Denis. Él y su familia, que era la de Richard y de Fanny, irían también con ellos. Fanny le había contado lo de las desavenencias de la pareja antes de que él mismo lo pudiera comprobar. No sabían si un cambio les vendría bien o empeoraría la situación, pero había demasiado que hacer en San Antonio, y las minas ya eran cosa del pasado, le dijo a Denis, que no daba su brazo a torcer, más por su india que por pobres argumentos económicos que esgrimía con patéticos titubeos pues sabía que su hermano tenía razón. Si Texas pasaba a ser americano serían ciudadanos de ese país. Si se mantenía como estaba, tendrían tierras en la capital del nuevo estado.

Se instalaron en Campo Verde, cerca de San Antonio, y Denis se llevó a su india, a la que puso al cuidado de sus hijos; no encontró excusa mejor que alegar que no estaba dispuesto a que olvidaran el idioma español, lo que volvía la situación más grotesca pues si algo no faltaba en San Antonio era quien lo hablara. Fanny trató de evitar aquella vergonzosa situación, pero Emily calló. Era como si llevar muy cerca el pecado de su marido le diera motivos para justificar su odio hacia él y para atrincherarse en su apatía. Y Fanny claudicó, incapaz de apaciguar más guerras. Y porque después de la ausencia podía más en ella el deseo de zambullirse de nuevo en su propia dicha y no contaminar su cuerpo con más pena, no fuera que lo lastrara y ya no le diera nuevos hijos.

Como si el cambio de vida hubiera actuado como acicate a los deseos de Fanny, en San Antonio llegaron, por fin, los anhelados hijos. Cinco hijos que Fanny recibió con júbilo y

Richard con comedido satisfacción y cierta impasibilidad. «A veces pienso que no los quiere», le decía Fanny a Emily, como si su hermana, una Gea del desdén, tuviera la respuesta. En realidad, Richard ni siquiera se preguntaba si quería a sus hijos. A quien él quería era a su Fanny. Ellos eran sólo la parte obligada de la vida. Eran algo entre su esposa y él, una consecuencia lógica de su matrimonio. Y los matrimonios permitían que las sagas pervivieran. Que los nombres no se borrarán. Digamos que para Richard estaba por un lado el matrimonio con los hijos, y por otro lado estaban él y Fanny. Amar como él amaba a su mujer estaba al alcance de muy pocos, nada tenía que ver con obligaciones y con leyes divinas. Y por ello se sentía bendecido. Y por fin, en paz.

La primera fue una niña a la que pusieron de nombre Mathilde, ¿mentar de nuevo a una muerta? Sí, pero esta vez para recordar a los de arriba que su plaza en el cielo andaba ya ocupada y que mejor era dejar a la nueva por un tiempo largo en la tierra. Le siguieron tres varones: Federico, Harold y Eduardo. Y cuando parecía que Emily había puesto por fin el candado a sus apetitos destructivos de madre, daba a luz a su sexto hijo, Luis Maximiliano, casi al mismo tiempo que a Fanny le nacía la pequeña Frances.

Todos los pequeños Myagh fueron bautizados en la catedral de San Antonio, como mandaban los tiempos y los dineros, y por esos mismos mandamientos, todos se criaron entre las enaguas de las nanas que Fanny hacía venir de México y bajo la vara de los maestros de impecable educación inglesa que llegaban a San Antonio tentados por las suculentas ofertas de las familias adineradas.

La nana Ixchel. Una institución. La poderosa, temida y adorada nana Ixchel, entró en casa de los Myagh con la idea de no salir de ella hasta su muerte y era una mujer de pocas y firmes ideas. Así que cumplió como les está dado cumplir a los que dan su palabra menos veces que dedos en una mano tienen. Gobernaba sobre los hijos Myagh como una abeja reina. Alternaba con una dosis medidísima de maestra el orgullo y el desdén por los suyos: la corte de cocineras, doncellas, cocheros y aparceros, ¡ay los aparceros, los peores, Virgen santísima!, y no escatimaba las genuflexiones a sus señores a los que adoraba como alguien de campo adora a la luna en todas sus fases y venera la lluvia con sus desbordamientos y sus sequías. A la nana Ixchel la ayudaba con los niños una joven de un rancho, una muchacha muy joven que había entrado en la casa en 1855 con el nacimiento de Harold y que había dicho al verlo «pues claro que el niño es relindo». Y es que el niño había heredado la belleza de su madre pero un temperamento tan escaso como las lluvias en agosto. Y fue el favorito de la nana Ixchel, que quiso proteger su estatus de abeja reina ante la recién llegada criada. El niño fue malcriado desde el primer día de su vida, así lo decidió la nana Ixchel demostrando que los pobres también pueden tener sus caprichos e imponer su ley. Presa inocente de las dos leonas, el niño tuvo desde el nacimiento doble ración de zalamerías y arrumacos y la nana Ixchel, llevando un poco más lejos el desafío, lo rebautizó con el nombre de Haroldo, pues estaba convencida de que cambiándoles los nombres a los pequeños se apropiaba un poco más de ellos. En esa guerra declarada entre las dos mujeres, cuando la nana Ixchel no vigilaba, la indita dejaba que Haroldo le metiera la mano por debajo de la falda. La ¿inocente? muchacha le cogió gusto al juego y mientras estuvo en la casa sirviendo, permitió que los demás hermanos rebuscaran entre sus refajos cuando les entraba la curiosidad y más tarde la calentura. Y fue la mano de la mucama guiando sus manos de niños por ese sitio peludo, mientras tanteaban la humedad de su entrepierna, lo que les fue dando a los chicos una idea de las mujeres muy distinta de la que se

les aparecía en el salón de su casa, regentado por la santidad de su madre Fanny y el silencio tan rígido como áspero de su tía Emily.

Entre las noticias que llegaban de México se contaba que seguían las pugnas entre los del partido liberal y los del conservador. De ninguna manera Richard podía apoyar a un partido que quemaba las iglesias, pero ¡Juárez no podía ser la solución!, clamaba Denis. Richard miraba por la ventana, a veces parecía no escuchar a su hermano y eso a Denis lo desesperaba.

—¿Acaso no tienes nada que decir?

Entonces Richard se giró y mirando a su hermano dijo:

—Ninguno de nosotros podrá defender a un partido que se opone a la modernización del campo. En eso al menos estaremos de acuerdo. Espero.

La ley de desamortización mexicana no les había quitado a los Myagh unas tierras que no tenían, pero como una trágica ironía del destino, sí les daría, más adelante, la oportunidad de hacerse con una cantidad mucho mayor de las que hubieran podido comprar si esta ley no se hubiera promulgado. Cuando estalló en Estados Unidos la guerra civil, en México la Guerra de Reforma estaba en su apogeo. Las cosas se ponían feas para los hermanos. Si había un bando al que defendían por amistad y proximidad era el de los confederados. Pero bien sabidos eran sus pocos apoyos a la esclavitud, una causa para la que la casi siempre cauta Fanny no había dudado en airear sus creencias y cierto genio que, como todos pudieron comprobar, tenía. No, Fanny no lo escondía a la hora de dejar muy claro que sus ideas no eran precisamente muy favorables a las pretensiones de los confederados con quienes solía codearse la familia en paseos y fiestas.

La realidad era que ganaran los del Sur o los del Norte, la familia tendría problemas en mantener sus tierras. Richard no quería volver a México, pero Fanny sí. Echaba de menos el país al que había terminado por adoptar, el que más que una segunda patria empezaba a considerar como si fuera la primera, más bien su hogar.

Denis viajaba a menudo a Europa, asegurando que, ante los acontecimientos, el fruto de las inversiones quedaba a resguardo en los bancos de Londres. Pero de regresar a Guanajuato, ni hablar, les decía, no sin pesar. Guanajuato se despoblaba al mismo ritmo al que en las minas se reducía la extracción de plata. Parecía que la veta no sería inagotable. Para colmo, la ciudad se había convertido en un lugar insufrible, la gente limpiaba la plata en los patios traseros de las casas, el río se había convertido en un foco de pestilencia y el aire era irrespirable. Denis había vendido la hacienda de San Javier, y lo había hecho negociando muy buenas condiciones. El mismo Richard lo felicitó por la operación. Todos esos viajes, ¿y los años?, parecían tener, aunque lentamente, buena influencia sobre su hermano. Fanny también se había dado cuenta de ello, no pasaba por alto que cuando su cuñado estaba en San Antonio éste se esforzaba por pasar tiempo en la casa, con ellos, con sus hijos, y con Emily, que, a pesar de las reprimendas de su hermana, seguía, ¡la muy terca!, enrocada en su ostracismo emocional, con ciertas mejoras, como Richard constataba de vez en cuando para animar a su esposa. Y era cierto, gracias a la ayuda de un doctor a cuyas visitas Fanny la acompañaba, y a la vigilancia con que se obstinaba en someter a su hermana para que siguiera el tratamiento, era cierto que Emily había rebajado la cuota de sus lamentos y el tono de sus rugidos.

Por fin, decidieron establecerse en Monterrey. Richard se quejaba con mayor frecuencia de sus males de estómago y confiaba en que las aguas de la zona, que en su día había probado, lo

ayudarían a superar sus achaques. Allí conservaba todavía el contacto con Frederick Boyle y con James Bolden, que se habían hecho propietarios de grandes haciendas en la zona. Se habían ofrecido para ayudarlos en la compra de tierras y su presencia y su compañía contribuyeron a que fueran más fácil la llegada y la instalación de las dos familias. Lo hicieron en una bonita quinta rodeada por álamos en donde Richard retomó la actividad agrícola con enorme entusiasmo. Producía cebada, frijol, avena, y las fresas, aquel nuevo manjar a cuyo sabor se volvió adicta la familia. «A la tierra hay que forzarla para que dé fruto», repetía Richard con un vigor que parecía nuevo en él. Fanny gobernaba la casa y, como siempre había hecho, se esmeraba para que la prole de los Myagh creciera de un modo que ella llamaba *armonioso* y que consistía en que los niños asimilaran las dos culturas a las que pertenecían. Pero su gobernanza, o mejor dicho, sus juicios, ya no sólo se limitaban a la casa; lo que ocurría fuera de las paredes del que era oficialmente y por derecho secular su territorio había comenzado a importarle; la causa abolicionista había sembrado en ella un sentido de la injusticia que anidaba en el fondo de su ser como una parte consustancial a su bondad, y parecía haber encontrado en esa causa una vía de expresión. En San Antonio había leído *La cabaña del tío Tom*, que como para tantos otros se había convertido en un remedo de guía moral. Fanny leía y releía la novela, no tanto para armarse de ideas contra el esclavismo, ¿cómo podría haberlas abrazado?, como para alimentar su compasión por los otros y su amor por ellos, que en esa obra veía expresados de una manera excelsa. Denis y Richard también habían leído la novela, no tanto porque abordara la esclavitud con tanta osadía, o no sólo por eso, sino porque el declarado catolicismo de la autora les parecía un certificado de garantía que les hacía menos comprensible su batalla, y por conocer cuáles eran esas ideas de una autora que se decía tan seguidora del mismo credo que el de ellos, y que sin embargo ejercía esos extraños poderes sobre mujeres rectas como Fanny. Fanny se había convertido en una buena conversadora, durante las cenas y reuniones sacaba a menudo a relucir lo que los hombres llamaban complacidamente «su particular credo», y no se ruborizaba por llevar ella misma, ¡una mujer!, la conversación hacia el gobierno de las tierras. «El que posee está atado al destino de los otros hombres», les decía a su esposo y a Denis, y a Emily que la miraba como si no hablara para ella. Se atrevía incluso a defender esas extrañas ideas en presencia de sus invitados.

—En México no hay esclavitud, querida —replicaban, no sin cierta condescendencia.

—¿Pues acaso no la vemos todos los días, disfrazada en el trato que se da a los indios y a los aparceros? —esgrimía la buena de Fanny, sabiendo que su lamento era el de quien arroja un débil murmullo en el ojo del huracán.

—Querida Fanny, contigo aquí, podemos estar tranquilos, muy malo no puede ser ese trato. ¿Cuántas damas de por aquí van todos los días a llevar lo que sea que llevas a nuestros braceros?

—O a tomar café con sus esposas.

—Eso, o a tomar café.

Las noches en el campo se llenaban con esas conversaciones mientras el cielo y las nubes impávidas arrastraban hasta la quinta las sonatas que llegaban de las casas de los arrieros. Eran familias enteras que habían ido desde la Huasteca hasta allí para trabajar unas tierras que aún no habían conocido el arado. Sus voces inundaban como una fiebre templada el porche de la casa, las letras de *El caimán* o de *El Sacamandú* volaban hasta allí, arrastradas por los vientos que las hacían viajar por las ramas de los ficus, dando a las sonatas una melodía como de brisa fresca.

Las tonadas se mezclaban a los aromas del árbol de la guayaba y al del azahar de los naranjos mexicanos. Y en esa amalgama de olores crecían felices y saludables Haroldo y sus hermanos, como si más que provenir de la tierra, los olores que llegaban hasta sus pulmones y regaban sus vísceras y sus propósitos manaran de Fanny y de Emily, de sus tíos y de la nana Ixchel, de una especie de orden natural y perfecto que reinaba en la hacienda y cuya génesis procedía de sus moradores.

En 1864, tras perder de nuevo los mexicanos una guerra, esta vez contra los franceses, llegó a México el emperador Maximiliano para gobernar el país.

—Una farsa. Ahora resulta que somos peones de Napoleón III. Un gobierno liberal apoyado por los Estados Unidos es lo que hace falta si México quiere crecer —se lamentaba Richard.

Juárez había salido de ciudad de México, se refugiaba en San Luis, sus ideas eran peligrosas, pero ¿no había, al menos, luchado contra el francés?

—¿Me vas a decir ahora que defiendes las ideas de Juárez?

—No, claro que no son mis ideas, y lo sabes, Denis, pero no es una cuestión de ideas. Es una cuestión de supervivencia.

Si en algo estaban de acuerdo los hermanos era en que la república era legítima.

—Pero ¡apoyar a Juárez es apoyar a los que se sublevan contra el orden! —clamaba Denis.

Richard se giró hacia la ventana y tocó el cristal. Estaba frío.

El mismo papa se había opuesto a la Constitución mexicana, a las leyes de la Reforma. Y mientras se forjaba el carácter nacionalista de una nación, Richard fraguaba un nuevo patriotismo que iba contra las ideas de su propio hermano. Ese Napoleón III pretendía quitar a los mexicanos su tierra. Richard había bregado ya mucho como para no defender a los que consideraba suyos. Además, esos conservadores ineptos, apoyando a los franceses, si lo que no querían era que las pretensiones de Juárez avanzasen, se lo estaban poniendo en bandeja con su cerrazón al desarrollo.

Richard se volvió hacia su hermano:

—No somos hombres de política. Deja la política para los que no han cruzado miles de kilómetros como nosotros. Para los que no se han dejado las suelas en los caminos. Para los que no saben, como nosotros, qué es caminar con cadáveres por el suelo y acabar pasando de largo porque sabes que de no hacerlo lo que te juegas es tu vida. Somos hombres de negocios, Denis. Y de éstos siempre harán falta. Éste es un país para nosotros. Asume que somos unos emigrantes. Ya lo he asumido. ¿Tenemos nuestras raíces en Irlanda? Pues puede que las hayamos perdido. Ahora están aquí. Y no me pidas que me case con las ideas políticas de nadie. No lo haré. A menos que defiendan lo que yo defiendo: el trabajo, el trabajo, el trabajo.

Cuando terminó de hablar tosió y luego se desplomó sobre la alfombra mullida que recogió su forma larga amortiguando el golpe.

Los acontecimientos o suceden lejos de nosotros y parece que no nos afectan, o suceden cerca y por culpa de esa cercanía parece que no alteran demasiado el orden de las cosas que al fin y al cabo es el orden de los días. Pero a veces ocurre que suceden cerca y rápido haciendo que todo parezca saltar por los aires. Y cuando esto ocurre, no se suele estar preparado.

En abril de 1865, el general Lee firmaba la rendición de su ejército de Virginia, lo que dio

inicio al final de la guerra civil americana, Lincoln era asesinado unos días más tarde y Richard Myagh murió en el salón de su casa, sobre una alfombra. Murió de lo que hoy posiblemente hubieran diagnosticado como un cáncer de estómago. Murió cuando empezaba a amar de verdad el país que lo había visto llegar treinta y dos años antes. Murió cuando preparaba su vuelta a la ciudad de San Antonio de Béjar, no para instalarse en ella, como hiciera años antes, sino para recuperar las tierras que legítimamente consideraba suyas. Las tierras de los Myagh. No vio cómo fusilaban al emperador y a sus dos generales Mejía y Miramón. No los quería en su país, pero hubiera sentido pena por ellos porque siempre pensó que la vida no necesita de esas injusticias, y que menos las merecen los hombres con grandes ideales. No vio cómo se retiraban las tropas francesas de México el mismo año que Fanny marchaba hasta San Luis arrastrando su pena, que le pesaba como varios ejércitos, para encontrarse allí con Denis y con Emily que habían marchado poco después de la muerte de Richard pues a Denis lo habían nombrado representante del Banco de Londres en esa ciudad. Tras vagar durante años de país en país, Denis había elegido su patria: México. Y Fanny también la había elegido, porque en Irlanda ya poco le quedaba, y allí tenía que velar el recuerdo de su esposo pues era ésa la tierra en la que se habían querido la primera vez. Además, sus hijos eran de allí, de eso ya no había dudas. Así que decidió que la tierra mexicana sería su hogar. Por siempre.

A la nana Ixchel, que lloraba por las esquinas para atestiguar su desconsuelo por la muerte de su patrón, se le menguaba el llanto cuando pensaba que volvía a su tierra, a su querida tierra de San Luis Potosí, donde podría cantar en las noches de huapango *El Sacamandú más* cerca de las almas de los suyos. Y siempre que lo hizo, pensó que las letras de las baladas seguían volando hasta el porche de esa casa de Monterrey en la que, al fin y al cabo, habían vivido buenos tiempos. Y donde se había ido el señor Richard. Para siempre. Al mundo de los muertos.

7

A Ángel las cosas le habían ido bien durante esos años. La estratagema de los quinqués había dado un empuje considerable a sus negocios; sintió que debía cambiar de escenario, no tanto por vivir acorde a sus rentas como para adaptarlo mejor a sus aspiraciones sociales.

El Comanche cambió de sede, se trasladó a un edificio con balaustradas en la calle del Muelle, frente a la plaza de la Libertad, construido según el estilo Nueva Orleans, muy acorde a los nuevos tiempos. Era una casa de tres pisos. La planta baja, la que daba a la calle, albergaba el comercio; en las otras dos estaban ubicadas la residencia y las oficinas de sus distintos negocios. La planta baja tenía seis entradas en forma de arcos; sobre la central lucía el nombre bien grande de la casa y de su fundador al que ya todos conocían como don Ángel; los dos pisos altos los recorrían unas galerías rematadas por arcadas de hierro forjado pintadas en blanco. Hizo traer a los mejores artistas para decorar con dibujos pompeyanos las galerías; si él vendía el lujo en Tampico tenía que ser el primero en exhibirlo. En el interior cubrió las paredes del salón y del comedor con azulejos de estilo mudéjar. Amuebló la casa con cómodas, mesas y sillas de estilo isabelino, empapeló las habitaciones con papeles traídos de Reino Unido y llenó de palmeras, de ficus y de *Philodendron* las galerías. En las zonas nobles de la casa quedaba a la vista de una manera tan poco sutil como original que aquélla era la casa de un mercader. Había bibelots, cuadros, lámparas y quinqués, samovares, alfombras y butacas de terciopelo, biombos de cordobán, un piano y libros, muchos libros, como si su casa fuera un muestrario de los infinitos mundos a los que él podía acceder. En su habitación le bastaban una cama, una silla con una mesa, y sus libros. La baldosa hidráulica del suelo nunca estaba lo suficientemente fría para que considerara necesario poner una alfombra y su habitación nunca lo suficientemente caliente para que considerara oportuno añadir cortinas a las ventanas que la protegieran del sol, ponerlas sólo hubiera supuesto no ver el primer rayo de sol filtrarse al alba anunciando que empezaba un día nuevo que traería igual o más faena que el anterior.

El cambio de residencia inauguraba un tiempo nuevo mejor que el precedente en el que El Comanche pasaba a representar una parte anecdótica del negocio, si bien todavía conservaba, y lo haría toda la vida, un poderoso influjo en su dueño. Tras aquella jugada maestra de los quinqués, Eddie y él ahora eran dueños de una pequeña flota y el Banco de Tampico había sumado a Ángel a su consejo de administración. También el Banco de Londres lo había contratado como asesor. Además, se hizo con tierras allí donde nadie había puesto el ojo aún, tierras para sembrar porque había comprado a José Gómez Cueto una participación que lo convertía en socio mayoritario de las panaderías y refinerías de azúcar que regentaba su familia desde hacía más de dos décadas.

Con su hermano apenas mantenía relación, menos desde que aquél se aliara con los conservadores contra el emperador Maximiliano en cuanto el alemán aceptó las leyes de la Reforma. La llegada del emperador a México fue para Ángel el signo de que la prosperidad por la que él había trabajado tanto, su credo para ser justos, era algo que tomaba forma en todo el país. Y eso le parecía bueno. Don Ángel no era ni liberal, ni conservador. Era un hombre de personas y de ideas. Y la figura y las ideas del emperador lo obnubilaron. El emperador traía todo lo que él anhelaba desde la niñez. La imagen de la *grandeur*. La cultura, lo que hacía crecer al hombre fuera de las ideas políticas insustanciales casi siempre y que escondían más avidez e intereses personalistas que ambición real. El emperador llegaba por mediación de Napoleón III, un hombre de ideas liberales aunque autoritarias, un hombre que creía en las utopías, con la capacidad de ir lejos en las aspiraciones heredada de su abuelo. Alguien que era capaz de mirar hacia el futuro, quizás un poco demasiado sujeto por el pasado, pero ¡qué pasado!, sin temor a ejercer su autoridad con mano dura ante las costumbres laxas que habían llevado a Francia al caos. Frente al desconcierto social y el desorden en lo político, se necesitaban hombres de ley con las miras puestas en un futuro centrado en la producción y en la capacidad de crear trabajo, y con interés por mantener y proteger la cultura y sus valores. Y todo eso, le parecía a Ángel, lo tenía Maximiliano, aunque no se hubiera tomado la molestia de malgastar dos minutos de su tiempo en defenderlo ante nadie, y menos ante una camarilla de complacidos defensores del gobernante.

La guerra de Secesión americana había estimulado el intercambio de algodón y de armas entre Texas y Tampico. Los barcos de la flota de Ángel Trápaga llegaban cargados con armas que cambiaba por algodón que a su vez exportaba a Inglaterra, a donde viajaba con asiduidad. Ángel nunca preguntaba por afiliaciones. Se limitaba a hacer sus negocios. A cumplir pulcramente con los pagos. Y a resolver.

Viajaba mucho. A su regreso de Nueva York, donde se decía que se había refugiado la familia de Juárez, conoció a don Ernesto Zaldivea y Castillo, un acaudalado terrateniente, él peninsular, de una familia vasca enriquecida en la siderurgia, casado con una criolla de tercera generación que era como decir que hacía parte de la aristocracia más vieja y tradicional asentada en México. Lo acompañaba su hija. La joven había vivido un año en Nueva York para estudiar música. Más bien entrada en carnes, tenía aire de haber curtido y baqueteado su cuerpo muy a conciencia y llevaba su robustez con porte de soberana. Había perdido a su madre muy joven, y era la única hija de don Ernesto, que la cuidaba como si fuera el tesoro más preciado de la tierra. Ángel no se preguntó cuánto le gustaba o no esa mujer, en él las cosas del corazón, como tantas otras, eran menos un placer que una obligación, y había llegado a un punto de su vida en que necesitaba solucionarlas y con el mayor beneficio. Se había impuesto formar su familia como parte de una hoja de ruta y como un remedio para dar lustre a su turbio origen. Ello no significaba mirar hacia delante porque necesitara proyectar una idea de vida, a él le bastaba vivir en el presente sabiendo que hacerlo a conciencia sólo sería beneficioso para el futuro. Su idea de vida se encuadraba en un simple lema: aprovechar al máximo las oportunidades que traía cada instante, siempre y cuando fuera el instante para esas oportunidades. Y ahí estaba una de ellas, en el momento perfecto. Una mujer que parecía transmitir firmeza. Pero sobre todo le gustaba el que sería su suegro, un intachable expediente, buenos negocios que sabía combinar con buenas acciones como fundar la muy loable Beneficencia Española. Y él también le cayó en gracia al futuro suegro. Tras un noviazgo algo más largo de lo común pues los viajes lo tenían muy

ocupado y el cortejo lo dejaba a la cola de sus asuntos, Ángel contrajo matrimonio con Modesta Zaldivea el 26 de enero de 1870 en Tampico. Modesta aportaba al matrimonio una considerable fortuna por vía de la dote, y a la vida de don Ángel, una dosis inesperada y repentina de preocupación pues se vio incapaz de lidiar con el temperamento de esa mujer que no contaba con los demás más que como fichas de un tablero de juego: el suyo. La fortuna de la recién hallada la gestionó como un deber y la preocupación le duró hasta aprender que lo que tenía que hacer era adaptarse a los antojos y prontos de su mujer de la manera más conveniente, lo cual se resumía en hacerlo rápidamente y en la forma que menos le afectara a él.

Tras la boda, que se celebró con la pompa que se esperaba de las ínfulas de don Ángel y de la posición de una familia como los Zaldivea, la novia se desnudó como si llevara toda la vida haciéndolo para otros, o eso le pareció a Ángel, que por primera vez en su vida se quedó sin una palabra adecuada para la ocasión. Cuando a Modesta sólo le quedó la piel al aire, como el último vestido que él tenía que quitarle, le dijo:

—¿Te vas a quedar ahí, como un pasmarote, mirándome toda la vida?

—No —contestó él—. No.

Su vida a partir de ese momento consistió en asentir a los caprichos y extravagancias de su mujer y acoplarlos a la vida de ambos para que pasaran por algo completamente normal. Al regreso del viaje de novios, durante el que recorrieron varias ciudades europeas en las que Ángel no dejaba de atender a sus negocios, volvieron repletos de vajillas, de trajes, de cuadros y de muebles, también, y cómo no, traían un piano de Steinway and Sons; era tanto lo que Modesta había comprado, que se fletó un barco de la compañía Trápaga para transportar el cargamento de los recién casados hasta Tampico.

Si la casa del Muelle tenía objetos y adornos como para reconfortar a un alma barroca, ahora parecía la guarida de un coleccionista antes de un diluvio. Al poco tiempo de la boda, Ángel donó una fuente para la plaza de la Libertad porque a su mujer le gustaba salir a la balastrada a cantar y oír el ruido del agua. La donación fue un gesto que la ciudad y sus representantes recibieron con satisfacción, recalcaba el buen gusto de la señora Trápaga y manifestaba la generosidad de su donante, que ya de paso amplió la donación con varios hidrantes que fueron colocados en las zonas menos favorecidas de la ciudad y gracias a los cuales las familias podrían abastecerse de agua sin verse obligadas a recorrer a veces largas distancias. Ángel contribuía con ello a que el progreso llegara a todos, tal y como rezaba otro de los mandamientos de don Ignacio Silvestre.

El mes de diciembre de ese mismo año del enlace nació la primera hija, a la que llamaron Ángela. Ángela llegó como un regalo de Navidad pero se la llevó la canícula de agosto. La pequeña murió a los ocho meses, se dijo que de un golpe de calor, y como si el comentario del doctor la ofendiera, Modesta dijo que la única que había recibido un golpe era ella. Y así resultó ser pues se quebró en pedazos, como un jarrón chino recorrido por miles de venas casi invisibles como los que había en su salón, que parecían listos para recibir un poco de ese dolor en un trasvase salvífico. Pero el dolor es tenaz, se incrustó tan adentro de Modesta que quedó aprisionado entre sus mullidas carnes y amenazaba con desecarla. Ángel no sabía cómo arrancarla de ese estado, y menos sabía cómo evitar que la repentina debilidad de su mujer no le llevara a detestarla. No le importaba no amarla con ese amor que describían los libros y que a él le parecía que volvía idiota a más de uno, nunca había pretendido nada semejante, pero sí aspiraba a respetarla e incluso a admirarla, dos valores mucho más sólidos que el fútil y débil

amor. Habían perdido una hija, sí, pero vendrían más. Ella era joven y estaba claro que él sabía hacerle hijos. Lo tenían todo para vivir una buena vida, podía y debía aceptar el luto y sobre todo sus formas, pero no los lamentos y menos que los alargara pues, como le dijo, «lo único que se puede alargar en esta vida son las condiciones de un préstamo, y cuando nos lo otorgan; lo demás es perder el tiempo». Modesta lo miraba abstraída, mientras él la sermoneaba. A su temperamento caprichoso, el golpe de la muerte de su retoño le había añadido la indolencia. Pasaba las horas sentada en una silla mirando al infinito, como una de las plantas del corredor, ajena a todo, mientras a su esposo aquello le parecía tan inaceptable como miserable. Esa inmovilidad y ¡lo peor! sentir que nada podía contra ella. Para colmo, al quebranto familiar se sumaban las primeras complicaciones en los negocios. Durante el final de la década de los sesenta, Tampico vio cómo por primera vez desde su auge su población se reducía, tanto que llegaría a perder casi a la mitad al quedarse marginada de la red de transporte que iba de Veracruz a la ciudad de México. Un rico veracruzano había construido ese tramo de la vía del tren, y cuando la mercancía de don Ángel llegaba a San Luis, hacía días que los cargamentos de la competencia descargaban provenientes de la ciudad de México, por lo que sus productos quedaban como segundo plato. Algo impensable, intolerable.

—Tenemos que comprar las tierras que nos aseguren un camino más rápido hasta San Luis —le dijo a Eddie—. Y tendremos que construir nuestro tren.

De nuevo el solícito y hábil Eddie se ocuparía de buscar la financiación para construir la línea de tren. Pero eso no era todo. Si algo trataba de hacer Ángel, y casi siempre lo lograba con éxito, era adelantarse a las circunstancias. Se lanzó a la compra de tierras en la Huasteca, a la orilla del río Pánuco. Sesenta mil hectáreas que compró en su mayoría a un rico terrateniente criollo de nombre Blas de Escontria, y construyó allí un puerto. Otra jugada maestra. La mercancía llegaba de Estados Unidos o de Europa a Tampico y a Veracruz, donde la sociedad Trápaga tenía una filial. La depositaban allí y la cargaban en barcos que navegaban por los ríos Pánuco y Tamesí hasta el puerto de la Huasteca, situado en las tierras ubicadas en los dominios de El Naranjo, de donde salían en un tren que construyó una vez que le fue adjudicada la concesión para cubrir la línea entre los terrenos de El Naranjo y San Luis Potosí. Desde ahí, la mercancía seguía por otra vía de tren, de cuya compañía propietaria se hizo socio, hasta la ciudad de México. Además, comenzó a criar ganado en El Naranjo, y a plantar café. De modo que controlaba el transporte casi de puerta a puerta. Las obras duraron dos años. Instalaron rieles de solera a los que fueron adaptando vagones tirados por mulas de tracción. Cuando acabaran de cubrir el recorrido, sustituirían a las mulas por una máquina de vapor Hammeken que años más tarde sería cambiada por una moderna Baldwin con un vagón de pasajeros. Cuando llegaban los productos que habían pasado por México, los suyos ya llevaban unas semanas allí y los podía vender más baratos pues se ahorraba aranceles. Y por si no fuera suficiente el beneficio, al poco tiempo estaba cobrando a su competencia derechos de aduana pues les ofrecía gentil y caballerosamente el uso de su puerto y de su tren. Transportaba ganado, maquinaria agrícola que vendía a los grandes terratenientes de San Luis, a los que se sumarían los Myagh, a uno de los cuales, el señor Denis Myagh, había conocido en las reuniones del Banco de Londres, del que ambos eran consejeros. Le había causado muy buena impresión ese inglés afincado en México. Y tenía la sensación de que el sentimiento era mutuo.

En diciembre de 1871 nació el primer varón de los Trápaga Zaldivea, Ángel, un niño flaco y

de aspecto débil al que Modesta cuidó como si la parca se lo fuera a llevar y sólo ella pudiera protegerlo de sus conjuros. Y en mayo de 1873 llegaba una niña, a la que pusieron el nombre de Josefina en honor a la abuela paterna que había fallecido. A Ángel le había llegado la noticia unos meses antes. Su hermana le decía por carta que la madre había marchado en paz, que murió en su casa pues nunca había querido ir a vivir a la casona que Ángel había mandado construirles, allí mismo, en Lavín; y porque el corazón es a veces cuatrero, no omitió decirle que la moribunda había dicho antes de elevarse a los cielos que echaba en falta no haber visto a su niño Ángel una vez más. Ángel ahogó el malestar apretando mucho los dientes y esa noche su mujer se sorprendió cuando lo oyó canturrear una jota.

—Son las jotas que cantaba en mi casa, de niño —le dijo a Modesta. Y fue una de las pocas veces que ella lo oyó hablar de su infancia. O de otra vida que no fuera la que acontecía en esa casa, en donde cada nuevo día mandaba al anterior al terreno del olvido.

A los pocos días de recibir la noticia del fallecimiento, la quemazón del pecho se había suavizado. Organizó una misa en Tampico a la que no acudieron su hermano Manuel ni doña Dolores, que habían marchado de la ciudad para no volver, tal como había dejado escrito Manuel con mala letra y peor ortografía. Ni siquiera se despidió.

Hermano, veo que las cosas te han ido muy bien. Mejor que a mí. Se veía que así sería. Me voy. He dejado mi tienda y mis bienes para la Beneficencia. Tu suegro, que es un buen hombre lo sabrá usar. Me llevo el dinero que aorré estos años. No vuelvo al pueblo. A Dolores la tengo que llevar donde le de el aire y no haya mucha humedad. Eso a dicho el doctor.

Tu hermano,
Manuel

La culpa la cargamos la mayoría de las veces sin nuestro consentimiento. Hay algo que nos roe y no podemos detener su actividad. O eso creemos. Porque pensamos que lo que nos roe depende de lo que hagan los otros. Unos meses posteriores al anuncio del fallecimiento, nació la hija de Ángel y de Modesta, y como si no hubiera otra elección posible, él le puso de nombre Josefina, el nombre de su madre.

Durante los primeros años de vida de los niños, Modesta vivió perfectamente acomodada a su papel de madre. Dejó de lado las recepciones y las salidas que limitó a las de guardar, y fingió sentirse tan cómoda como realizada en su papel de amante progenitora. Ángel celebró en su fuero interno que el orden pareciera instalarse en su casa y, con la llegada a la presidencia de Porfirio Díaz, celebró que tras los tumultos que siguieron a la salida del emperador, ese orden se restableciera también en el país. La economía iba a crecer como no lo había hecho en décadas y la recién hallada estabilidad generó una nueva burguesía que crecería al amparo de la dictadura del general. En ese clima de tranquilidad, y tras haber reducido los viajes a Europa —Eddie, que seguía pertrechado en su soltería, era el que cumplía más a menudo con ese cometido—, Ángel decidió trasladarse un tiempo a Londres para instalar a sus hijos en la ciudad y darles la que él consideraba la mejor educación. Dejaba a un tal don Ricardo Pereda como apoderado de sus negocios y a José Cueto supervisando al apoderado.

Cuando zarparon hacia Londres, el niño Ángel tenía seis años, y su hermana Josefina, cinco. Viajaban con la curiosidad de unos niños de su edad y el tipo de miedos que no tienen edad. La niña se agarraba a su muñeco y a la nana Rosalinda que le decía: «Niña, quítate del sol que te vas a achicharrar la cara y las señoritas como tú no deben tener sino puro blanco en la piel». Modesta miraba desde su hamaca, y asentía, y pensaba que en verdad la niña era pequeña para esas normas de mujercita, había entrado hacía poco en la edad de la muñeca y del aro, pero le parecía correcto que la nana Rosalinda tuviera ya presentes las buenas costumbres de una señorita. Hacía un tiempo que Modesta se había cansado de su papel de madre. Cuando los niños eran pequeños y no hablaban, durante la época de los primeros balbuceos, algo muy fuerte tiraba de ella hacia sus retoños. Una necesidad de protegerlos y de mostrarle al mundo su entrega. Pero se había cansado de esa dependencia que se le presentaba exagerada y, por qué no, ridícula. Quizás los niños ya no la necesitaran tanto. Sabían pedir a otros lo que antes sólo le pedían a ella. Le parecía que de repente ella ya no resultaba tan indispensable, era un sentimiento que le agarrotaba el alma pero que se esforzaba por eliminar por medio de una higiénica distancia. En Londres, a donde no había regresado desde que lo hiciera con su padre, aún niña, la esperaban noches largas de teatro y sobre todo de ópera y de ballets en el Covent Garden. Y la idea de separarse de sus hijos, cosa que tan sólo un año antes no hubiera tolerado, no le estaba pareciendo del todo imposible.

Durante la travesía, en la que brilló el sol casi todos los días, los niños jugaban bajo un toldo a la rueda, a la momita y al pan y al queso. Josefina peinaba a su muñeca y cantaba «Antón, Antón, Antón Pirulero...». Había dejado en una silla el oso de peluche que era su favorito, el muñeco había estado primero en su cuna y luego contra su pecho siempre que podía resguardarlo ahí. Ángel la miraba y evitaba concentrarse en esa rara sensación que de vez en cuando, muy de vez en cuando, volvía: la opresión en el pecho que ahora se repetía cada vez que pensaba que tendría que separarse de sus hijos. Y como si debiera protegerse de algo que no le gustaba, se levantó y le pidió a su hija el peluche.

—Dámelo. Ya eres mayor para este muñeco. Ahora vas a vivir en un sitio donde te harán una señorita. No es bueno que te apegues a lo que ya no te corresponde por edad.

Y mientras su padre pronunciaba con mucha seriedad esas palabras que la niña tardaría en comprender, el muñeco de peluche voló por la borda y se perdió en la espuma del océano. Josefina se quedó quieta, y señaló con su manita el lugar del mar en el que suponía que su querido Teddy habría caído.

—Señorita, no señale, que eso de señalar con el dedo está muy feo. Es de muy mala educación —le lanzó en voz alta a guisa de reprimenda la nana Rosalinda.

La niña bajó la manita muy lentamente y lloró. Entonces su padre, que volvía a la hamaca, le dijo:

—Nada de lloronas en esta casa. ¿Me oyes, Josefina? Una mujer llorona es la peor cosa que puede haber—. Y mientras se lo decía a su hija se acordó de su madre, de su hermana y de los lamentos de ambas—. Cuanto antes aprendas a desprenderte de las cosas, mejor será para ti.

La niña cerró la boca y se tragó las lágrimas. Como solía ocurrir, Ángel no se planteó su acto en términos del daño que podía causar en ese momento, sencillamente no quería que su hija dependiera de nada y era preferible enseñárselo cuanto antes. Estaba tan seguro de su proceder porque su experiencia era la muestra más irrefutable de su efectividad. ¿Acaso no le había costado a él irse de su casa, de su tierra? ¿Separarse de su familia para darles a ellos todo? No, no

había cambiado el tajo de ordeñar por los salones de ese barco sin un precio. Estaba dispuesto a darles a sus hijos todo para que no tuvieran que vivir en la miseria que él había conocido, pero por encima de ello aspiraba a enseñarles el verdadero valor de la libertad. Su obstinación por hacerles comprender que sólo si se hacían independientes lograrían hacerse fuertes frente al juicio siempre cruel o equivocado de los demás era tan ilimitada como justificada. Sus hijos vivirían la vida que ellos eligieran, y eso comenzaba por endurecer los afectos y controlar los apegos para que nadie pudiera manipularlos o decidir en su lugar. Cuanto menos dependieran de otros, mejor sería para ellos.

La nana Rosalinda se llevó a los niños. Modesta, que no se había movido de la hamaca, les lanzó un beso desde la distancia. Y se dejó acariciar por el sol.

Tras pasar varios meses en la capital, alojados en el Hotel Ritz y durante los cuales Modesta se ocupó de contratar a una señorita de compañía para su hija, dejaron a Josefina en el Convento del Sagrado Corazón, entregada a clases de piano y de canto y a la geometría del bastidor que no se le daba nada bien. Miss Fletcher, o *nanny*, como la llamaría desde ese día Josefina, bautizó a la niña, según la moda de la época, por su nombre francés y así Josefina pasó a ser Joséphine, cosa que a su padre le pareció muy bien pues no en vano Joséphine de Beauharnais había sido la mujer del gran Napoléon, y, aunque mujer de destino truncado, su hija llevaba el nombre de la esposa de uno de los mayores estrategas y hombres de acción de todos los tiempos. Y a Josefina, durante esa estancia en el Ritz, su padre le contó tantas veces lo grande que había sido esa emperatriz, que la niña acabó creyendo que esa emperatriz era la abuela de quien llevaba el nombre. Y así se lo dijo un día a su maestra, que su abuela era Joséphine de Beauharnais, lo que provocó la risa de aquélla y de paso las carcajadas de sus compañeras que reían sin comprender el motivo, por puro contagio y por perdonable maldad.

Al pequeño Ángel lo internaron en el Colegio de Baylis House, en Slough, cerca de Windsor. Un edificio tan regio, sobrio y decadente como sus habitantes y normas.

Con los niños instalados en sus respectivos colegios, Modesta y Ángel alargaron la estancia en la ciudad inglesa un mes más, con la excusa de que si algo les pasaba estarían cerca de ellos. Además, Modesta estaba aprovechando para rehacerse un ajuar y para mejorar sus clases de canto. Tenía aún varias pruebas de trajes pendientes, pensaba volver a Tampico con los baúles dignos de una reina. Y cuando Ángel y Modesta regresaron a México, ella lo hizo con el temperamento y los caprichos no ya de una reina, sino de una emperatriz, que a ella también le parecía algo más regio, más magnánimo. En cuanto a Ángel, se acostumbró rápidamente a ello como asumía que adquirir un buen producto acarrearía pagar una serie de impuestos, comisiones y resolver tratos incómodos, a veces incluso con personajes indeseados. Además, había sido inflexible con la actitud de su cuñada doña Dolores, tan miserable y estrafalariamente simplona, y ahora que él tenía una esposa que sabía disfrutar de lo bueno de la vida, que se rodeaba de cosas bellas y de personas cultas sin recato ni vergüenza, no podía sino reconocer que su mujer sólo estaba siendo consecuente con los hechos. La apoyó en sus delirios sin pararse a juzgarlos. Se limitó a cumplir con su obligación de hacer que nada faltara en la casa y que su mujer accediera a todos sus caprichos, sin jamás cuestionarlos. Modesta le pidió a su marido que donara a la catedral de Tampico un reloj igual que el de la torre de Londres porque era imperativo que la ciudad tuviera el mismo sonido de carrillón de ese reloj que le había parecido ¡tan precioso y encantador! Y lo donó. Y cuando estuvo instalado, hicieron ir hasta Tampico a

uno de los campaneros de la catedral londinense para que lo afinara. Modesta dijo que sonaba mucho mejor que el original «porque las cosas cuando están fuera de lugar están casi siempre en su verdadero sitio».

Pasó un año y de ese año se pasó a otro como se cruzan las fronteras, sin que se note. Entre Josefina, o Joséphine, y sus padres, la distancia física había impuesto su faz más inclemente que es la distancia emocional. La niña olvidó el castellano, idioma que salvo sus padres nadie le hablaba en el colegio. Y como Modesta no hablaba inglés, acabaron comunicándose por medio de la *nanny*, o miss Fletcher, que tal era como Modesta obligó a su hija a llamarla cuando estaba ella delante, pues le parecía que había más cariño en ese *nanny* que en el seco «madre» con que la niña se dirigía a ella. Y como no estaba en el ánimo de Modesta perder a una hija más —la lliga aún sin cerrar por la pérdida de la primogénita se había abierto de nuevo pues era Modesta mujer de vaivenes temperamentales y emocionales—, comenzó a leer historias a su hija. Cuentos del Conde Lucanor y cuentos de Perrault en francés, lengua que Modesta hablaba con mucha corrección y que la niña aprendía en el colegio pero que aún no dominaba, por lo que escuchaba a su madre sin entender del todo, pero contenta de hacerlo porque al menos algo la unía a ella.

Entregada de nuevo a su papel de madre, viendo que su hija seguía sin aprender español y sospechando que su bloqueo con el idioma no era sino el síntoma de otros bloqueos menos evidentes, y como Modesta el inglés no lograba sino chapurrearlo, le dijo a su marido:

—Esto no puede ser. No comprendo a mi hija, Ángel. Tenemos que hacer algo.

Y lo hicieron. Ángel alquiló una casa en South Kensington en la que instaló a su mujer y en la que él pasaba largas temporadas.

Cuando el gobierno Mexicano aprobó otorgar la franquicia a la Compañía Constructora Nacional Mexicana, Ángel y sus socios vendieron la concesión que habían comprado diez años atrás por el tramo de vías construido por ellos. Cobraron una suma colosal y ya a nadie se le escapaba que ese español espigado de pómulo palatino, con extraño aire de no ser de ninguna parte, porque ¿acaso iba a saber un inglés de Sloane Street cómo era un montañés cántabro?, que ese español con perfectos modos y maneras que hablaba un inglés impecable era dueño de una fortuna nada despreciable. En el club de caballeros que frecuentaba en Londres, un grupo de inversores le ofreció participar en la refundación de los almacenes de la familia Harrod, situados en Brompton Road, en Knightsbridge, una zona que estaba creciendo y desarrollándose a una velocidad tan fulgurante como la de los nuevos tiempos. Un fuego había arrasado con los establecimientos de la familia y tocaba reconstruirlos. El hijo del fundador, y el que sería artífice de la reconstrucción, el señor Charles Digby Harrod, trató de convencer a Ángel personalmente para que colaborase en la reconstrucción y de paso en el negocio:

—Es una lástima que no quiera unirse a nosotros, señor Trápaga. Si alguien sabe de comercio es usted. Y yo quiero construir el almacén más lujoso e importante de la ciudad.

—Alabo su idea. Y agradezco la confianza que deposita en mí, querido Charles. Estamos entre caballeros y tiene mi palabra de que, si necesita ayuda para sacar adelante el establecimiento, se la prestaré. Y en las mejores condiciones. Construya esos almacenes, y hágalo sin escatimar. Ya ve que me viene bien, seguiré ofreciéndole mis productos, y si tan grande va a ser el espacio necesitarán más variedad. Aumentarán los pedidos y todos contentos.

—Así es.

—Pues no puedo sino animarlo para que vaya adelante con la empresa. Y cuanto antes.

—Y yo no puedo sino invitarlo de nuevo a que se asocie con nosotros. Ya sabe que los socios son de fiar, ayer mismo nos confirmó el señor...

—Disculpe, Charles, y no lo tome a mal, pero ya le dije lo que pienso. Le repito que si necesita dinero se lo prestaré. A un buen interés. Pero yo trabajo de otro modo, y aquí hay muchos socios. Considérelo manías de uno. O controlo el negocio o prefiero ser un mero prestamista.

En realidad, no eran sus palabras. Eran las de don Ignacio Silvestre. Y cuanta más experiencia acumulaba en el alambicado arte de los negocios, más le demostraban su utilidad aquellas líneas apuntadas en su cuaderno de juventud que conservaba como otros tratan de conservar la virtud.

Tal y como le dijo al señor Charles Digby Harrod, Ángel prestó dinero para la construcción del futuro almacén Harrod's, pero nunca aceptó ser socio. Y el señor Digby Harrod respondió con su palabra de caballero devolviéndole en los plazos acordados hasta el último *penny*.

Se equivoca quien cree que los negocios van contra natura. Los negocios tienen sus tiempos, como los tiene la tierra. Hay un momento para plantar, otro para regar, otro para dejar brotar, otro para recoger y otro para dejarla descansar. El trazo negro de la tinta no había perdido ni un ápice de su fuerza, era como si el color revelara el ardor del escribiente. Era otro de los mandamientos de don Ignacio Silvestre que Ángel oía desde hacía un tiempo, como moscas zumbonas. Empezaba a pasarle factura la distancia con ciertos asuntos que había dejado «descansar» cuando era tiempo de recogida. La operación de la venta del ferrocarril había sido un éxito, pero le llegaban rumores de que ciertos cargamentos no llegaban completos a su destino, no estaba seguro de que su apoderado estuviera llevando los negocios como él lo hubiera hecho, o peor aún, que los estuviese llevando metiendo la mano donde no debía. Y Eddie había tomado la fea costumbre de preferir su sillón del banco a las incomodidades del camino. Decidió dejar a su hijo bajo la tutoría del señor W. Donaldson para que siguiera sus estudios en la Universidad de Edimburgo. Al joven Ángel, que superó su fragilidad física de cuna a base de buenos cuidados y de una voluntad que sorprendía a profesores y a sus familiares —menos a su padre, que no estaba dispuesto dar más valor a lo que suponía que no era sino un deber—, no le interesaban los negocios. Cuando el joven se matriculó en la universidad, a su padre le costó digerir que su vástago se decidiera por la carrera de Medicina, título que revalidaría en la Universidad de México tiempo después.

Ángel y Modesta se llevaban con ellos a Josefina. Habían pasado diez años desde que los niños llegaron a Londres y Josefina ya era una señorita, podría continuar sus clases en Tampico con buenos instructores. Sus dotes para la música eran evidentes, para satisfacción de su madre. Por lo demás, era una niña curiosa, de carácter a ratos retraído. Se adivinaba una incipiente belleza en la niña, un poco tosca o rústica, mezcla de las dos razas peninsulares que llevaba en la sangre, la de los montañeses y la de los vascos, pero los preciosos ojos achinados del mismo color azul de los de su padre aportaban un singular exotismo a su rostro redondo. El 30 de enero de 1888, volvía a su tierra de nacimiento, tenía quince años y no hablaba bien español.

Asentado de nuevo en Tampico, don Ángel volvió a hacerse con las riendas de sus negocios y de nuevo se sintió bien. Aceptó el nombramiento de vicedónsul honorario de España en Tampico y el cargo de presidente de la sociedad Española de Beneficencia.

En 1888 se construía la línea del Ferrocarril Nacional Mexicano desde San Luis Potosí hasta México, que cruzaba el estado de sur a norte, una mejora que los negocios de don Ángel agradecieron. Y dos años más tarde se construyó el Ferrocarril Central Mexicano que partía del puerto de Tampico a Aguascalientes, recorriendo el estado de oriente a poniente. Engrosar la cifra de negocio era sólo proporcional al incremento de kilómetros por recorrer.

En cuanto a los asuntos de Estado, el general Porfirio Díaz había vuelto para gobernar con mano firme el que sería su segundo y eterno mandato.

En 1889, la exportación desde Tampico representaba el uno por ciento de la exportación nacional, y si algunos pensaban que el patrimonio económico de don Ángel había llegado a su cúspide, se equivocaban, por asombrosa que pareciera su fortuna, sobre todo para los pocos que sabían desde dónde la había comenzado, hubiera resultado imposible creer que su verdadero enriquecimiento no había hecho más que empezar. Como siempre había sucedido, en don Ángel la posibilidad de seguir medrando en los negocios se movía a golpe de intuiciones y desde hacía tiempo una idea resonaba en su interior, igual que el agua hace sonar las piedrecitas de un río. Siempre atento a lo que leía y a lo que oía, andaba al acecho de algo, quería ser el primero en llegar a ese algo que tenía un color que a nadie gustaba. El color negro. El del petróleo que todo lo cambiaría.

8

Los primos Myagh dejaron atrás la infancia en Monterrey y se internaron en la juventud en la ciudad de San Luis, huérfanos de un padre que para la familia había sido el pilar sobre el que se habían edificado el hogar y los afectos, amparados por el cariño y la ternura de Fanny, que apenas si distinguía entre sus hijos y los de su hermana a la hora de repartirlos, y tutelados por el ejemplo de su tío y padre Denis al que la muerte de Richard había golpeado con tanta fuerza como para lograr lo que pocas veces logra la vida hacer con las personas: transformarlas. Fanny templaba su dolor ante los demás, porque casi siempre había actuado así y porque era un dolor tan profundo que le parecía que cualquier intento de mostrarlo sólo serviría para profanar el intenso amor que lo provocaba. Y por eso todos creyeron que quien más sufrió por la muerte de Richard fue Denis. Los latigazos de su espíritu rebelde dejaron de ser tan poderoso acicate en él, y es que en realidad ya no eran nada frente al tormento y el azote que supuso para su alma la muerte de su hermano. Pero apaciguar su rabia no le costó tanto, finalmente. Si bien los días que precedieron a la muerte de Richard se había comportado como todo menos el patriarca, señor y dueño del devenir de la familia que le tocaría ser de ahí en adelante, pasadas unas semanas, y en contra de lo que pensaban Emily y Fanny que ocurriría, se fue atemperando. Se puso al mando de las cosas y se prohibió seguir viendo a su india, a la que dejó en Monterrey con una ristra de hijos de los cuales varios tenían la altura y el color azul de ojos de los Myagh. Aunque para muchos no tuviera la más mínima importancia que la mujer se quedara allí, abandonada a su suerte con esa caterva de hijos que a saber de quién o de quiénes serían —como si la orfandad y la indefensión fuesen, ¡maldita sea!, siempre una asquerosa ley de vida—. La mujer sufrió. Quizás no de la misma manera en que lo haría una mujer de otra clase en esa época, el sufrimiento también tiene sus propios códigos, pero sí lo haría con la misma hondura, porque también es ley de vida que el desamparo y el abandono duelen y ofenden a cualquiera: indios, blancos o negros, en aquellos tiempos y en los de ahora. La india de Denis, la india que nunca ha tenido nombre en esta historia porque tiene el nombre de todas las indias de todos los Denis del planeta, siguió en Monterrey con su vida. Con esa vida que no parecía importar mucho a los dioses y a los hombres, aunque importe en verdad más que todo para recordar a las mujeres tomadas siglo tras siglo como marionetas en el juego de los hombres. Y para recordar a los hijos de los desheredados que han arrastrado por esos mismos siglos el despecho del abandono. Hijos que luego pedirán justicia al mundo. O que replicarán el patrón y sembrarán su odio, su furia, su resentimiento y su dolor, haciendo que la rueda siempre gire, desde Medea, o antes de ella, hasta hoy, tragándose la bendita posibilidad de un mundo mejor.

La familia Myagh, decíamos, llegó a San Luis con el lastre de la aflicción y la pretensión de sobreponerse a ella. Denis asumió su cargo de único dueño y responsable de la casa y de todo asunto que concerniera a la familia, dio carpetazo a su vida disoluta por decreto de su santa voluntad y cambió en ella todo lo que resultaba mucho más adecuado para los suyos. Sentó la cabeza, lo que le sirvió para convertirse en un próspero y respetable hombre de negocios de la ciudad, y entibió sus variados apetitos, salvo los que tuvieran que ver con la expansión de los negocios, poniéndose por tareas las de ser un amantísimo padre y tío y un decente esposo. Y lo cierto es que la pena de Fanny encontró algo de consuelo al ver que su hermana Emily parecía darse ella también una segunda oportunidad empezando por dársela a un marido que, ¡gracias al cielo!, parecía haber aplacado sus demonios. Las grietas que había escarbado en Emily el resentimiento parecían restañarse con cada gesto nuevo que Denis le regalaba, gestos que él le entregaba como dádivas y con los que pretendía reconquistar su sitio en la alcoba y recobrar la paz del hogar en ofrenda a su hermano. En su destrozado espíritu vivía la idea de que si había un modo de homenajear a Richard era continuando la labor que habían iniciado juntos y en la que la familia representaba un pilar sagrado.

El cambio en Emily no se hizo de la noche a la mañana, eran demasiados años volcada hacia sí misma, viviendo para su pena y sin el mínimo amago por darle batalla a la desidia. Pero era obvio para todos que su carácter iba perdiendo con los días rigidez y tiesura.

Como le había dicho con buen criterio años atrás el señor Wylie a Richard —al que se lamentaba de no haber podido conocer mejor, «créame que su hermano me había causado una excelente impresión, y crea cuánto siento su fallecimiento», le dijo a Denis—, la ciudad de San Luis estaba en pleno crecimiento. Las minas de Real de Catorce seguían dando buenas cantidades de plata, pero además la actividad bullía por el aumento de prestamistas y comisionistas que se habían instalado en ella. Tras pasar una temporada en un hotel, la familia Myagh se trasladó a una bella casa de la calle Iturbide con grandes ventanales a la calle y un patio interior con un pozo en su centro, en el que se acalaba la familia en las tardes de calor. A la sombra de los naranjos olorosos, junto al fresco que se evaporaba de los grandes tiestos de aspidistras, tomaban el té cada tarde, las damas y las niñas de blanco las más de las veces, ellos casi siempre de negro aunque a veces también se rindieran al blanco por el calor; veían cruzar bajo las arcadas, en un trajín de idas y venidas, a los hijos y al servicio impecablemente uniformado para que se fundiera con el entorno porque nada podía destacar en ese ambiente de absoluta armonía.

—De aquí ya no nos iremos. Basta de viajar de un lado a otro. Si hemos de movernos, será sólo para cambiar a otra casa mayor —sentenció Denis.

Para entonces, Emily había retoñado, roto la corteza de su aislamiento. Se hizo a la idea de que retrocedía al año en el que un desconocido Denis Myagh Roche había ido a su casa a buscar a una de las hermanas Lewis, a una mujer amada y deseada, e imaginó que esa mujer era ella. Y como si tuviera por fin derecho a su historia de amor, reventó en ella una pasión por su marido que por ser la primera vez que la sentía, y tras años desasistida o más bien arrojada a una ciénaga de sombras, trajo una inesperada alegría a todos, incluida a la buena de Fanny, que, al haber perdido al objeto de su veneración, se volcó como siempre lo había hecho, en su hermana. Ya no para ser su aire y su apoyo, sino para asegurar que esa felicidad que, ¡por fin!, había agarrado en Emily no se fuera. Quería enseñarle a su hermana, con cada acto y con cada palabra, cómo

atesorar la dicha. Y de vez en cuando, agotada por esas clases teóricas sobre el querer que le hubiera gustado poder llevar ella misma a la práctica, lloraba. Lo hacía en silencio y lejos de todos porque no se creía con derecho a perturbar ese orden nuevo que se imponía en la casa y del que se sentía centinela y custodia, como si fuera la única guardiana de un bien muy valioso. Algo en su interior le decía, y por eso lloraba, que era como si entre las hermanas hubiera un destino cruel que nunca las dejaría compartir la alegría al mismo tiempo, sino por turnos. Y cuanto más alimentaba y disfrutaba de la felicidad de su hermana, ese algo en su interior le susurraba que el turno para la suya estaba ya agotado. Pero Fanny no valía para lamentaciones, así que para que Emily se dedicara a Denis, ella protegió su dolorido corazón volcándose en sus hijos y en sus sobrinos, a los que cuidaba como si fueran tan suyos como los propios. Y así como el desierto tiene sus oasis donde saciar la sed, la casa de los Myagh era un oasis de paz y de afectos que Fanny repartía como un hada, y proporcionó a los hermanos y a los primos Myagh la dulce sensación de que la vida la componía el presente, sólo aquel mullido y dulce presente. Así vivirían casi siempre, sin pensar en lo que podía ocurrir, o más bien como si lo que pasara a los otros, al país, o fuera de su pequeño feudo, tuviera que ser una prolongación de esa dicha y ellos tuvieran la obligación de imponerla.

No eran los únicos en incubar aquella ilusión, una parte de la sociedad potosina parecía vivir así. Era como si la ciudad supiera que estaban por llegar sus años de oro, su Belle Époque, y una corriente de energía poderosa flotaba en el aire. Energía, brío, pujanza, que insuflaron en los jóvenes Myagh la sensación de que el mundo era ese lugar en el que se prosperaba, en el que el trabajo siempre se alternaba con las fiestas y en el que la belleza era uno de los dones de la vida y a la vez su premisa, algo que estaba ahí como lo estaban el viento cálido de las tardes que traía las canciones de la tierra o el cielo enfebrecido de los atardeceres. Vivían ajenos a lo que pudiera perturbar la paz de sus vidas. Ajenos a las conspiraciones y revueltas, atentos a que el campo siguiera produciendo el alimento que en su caso era más bien la razón de ser de sus negocios y de su riqueza. Y mientras los hacendados compraban tierras y más tierras, los peones trabajaban esas tierras incubando un resentimiento que podía brotar en cualquier momento como lo hacían los frutos que plantaban en ellas. Y lo haría, pero muchos años más tarde. ¿Se podía haber previsto? Rara vez se puede prever el estallido de la violencia porque casi siempre se produce por la suma de pequeños acontecimientos que quedan diluidos por los días, pero uno y otro van sumando eslabones a la cadena. Algo de aquí acaba por derribar algo de allá. Para la expresión violenta del descontento no hay un momento clave porque cualquiera podría serlo, y nadie sabe cuándo prenderá la chispa que hará que el ardor alcance a la mayoría, nadie sabe cuándo o dónde desbordará la gota que empantanará la paz o el decorado de paz en el que la vida de los poderosos se refugia. Y abismados en su particular decorado, los Myagh habrían sido los últimos en intuirlo.

Entre los grupos sociales más conservadores eran muchos los que compartían ya ciertas ideas liberales que se traducían en: dinero, dinero, dinero. Cómo ganarlo, cómo producir más, cómo ser más competitivos. Ésa era la batalla de los Myagh, de la que no se hablaba más que en los entornos y los cónclaves destinados a ello, porque para el resto, el dinero era algo que se ganaba como quien asume que el aire se respira. Sin esfuerzo y sin verlo. Los beneficios que daban las minas de Real de Catorce seguían siendo importantes, pero sólo quien mirara con ojos que no fueran los de la codicia, la avidez o la indiferencia por otra cosa que no fuera medrar, podía ver que el descontento entre los trabajadores bullía en un magma aún silencioso. La política acabó

por reflejar esa inquietud, o como algunos querían creer, era la política la que se encargaba de crear los problemas. La ciudad de San Luis llegó a ser considerada «la otra capital del país», allí se agrupaban los que debatían las medidas y posibles políticas que canalizaban el descontento popular; en sus cantinas y en sus tertulias se reunían y complotaban los liberales y los revolucionarios. Se imprimían periódicos con ideas avanzadas sobre las políticas de reforma social y agraria que no siempre eran seguidas por quienes las pregonaban; florecieron revistas que promovían el desarrollo cultural, y en las que se alentaba la creación de escuelas o de centros de cultura que se multiplicaron en San Luis durante esos años.

Y mientras el germen de la revolución prendía a fuego muy lento, en los cafés se inauguraban salas de baile, se construyó una biblioteca y un teatro tan soberbio como los de París, el Teatro de la Paz, cuyo artífice fue el arquitecto José Noriega, y que se inauguró el 4 de noviembre de 1864; no había potosino con intención de mostrar con fiereza que hacía parte de esos que avivaban el aire del progreso que no se dejara caer en sus salones cada temporada.

En ese bullir que parecía casi de fin de siglo —o más bien de fin de época cuando en realidad se estaba inaugurando una—, Denis regentaba a la tropa de hijos y de sobrinos, a su esposa y a su cuñada, como un rey en su pequeño reino. Era querido por todos. Y por fin lo era por su mujer Emily, que descubrió en ese amor conyugal no una nueva razón para vivir, sino la única razón para hacerlo ya que otras no tenía. Emily se dio a su marido como si tuviera que ser la favorita de todas las mujeres que habían pasado por sus brazos. Y si antaño acudía a los servicios religiosos para fustigarse, o para alimentar su resentimiento, ahora daba gracias al Altísimo y le pedía perdón por entregarse casi cada noche con aquel delirio a su marido.

En 1863, Denis comenzó a planear el traslado de residencia de la familia a un lugar situado frente a la Alhóndiga. Pasar a vivir a una casa mayor no era sino un movimiento tan natural como parecía serlo el traspaso de los beneficios de un negocio a otro mayor. «A una evidencia, le sigue un efecto lógico», repetía Denis. Los arquitectos del monumental palacio, que llamarían Palacio Monumental, fueron Cortes y Guindon. Denis había conocido a Henry Guindon en Nueva York, en una recepción en la fastuosa casa de Park Avenue de un acaudalado hombre de negocios. El prestigioso arquitecto tenía ideas estéticas que encajaron con las de Denis, y una vez se hubo informado del patrimonio de esos irlandeses de México, Guindon viajó con ellos a San Luis. Tan provechosa fue la amistad que la familia le encomendaría el diseño de todos los edificios que él y sus descendientes fueron dejando esos años en San Luis como símbolo de sus ideales y como legado escultórico de toda una época. Denis anunció a sus hijos que con ese palacio pretendía que se recordara lo que él y su tío Richard habían iniciado en Guanajuato, proseguido en San Antonio, luego en Monterrey y por fin en San Luis. Denis supervisó personalmente la construcción que se realizó de acuerdo a la nueva arquitectura, llamada porfirista, un pastiche neoclásico que se inspiraba en la admirada Francia y su *grandeur*, y en los majestuosos edificios de ciudades europeas como París, Viena y Londres.

El 1 de junio de 1866 se inauguró el servicio telegráfico de San Luis Potosí a la ciudad de México, lo que trajo más aires de modernidad. Pero entre tanto avance, y como si el país no pudiera desprenderse de la inercia de la batalla, se iniciaba la guerra de intervención francesa en el sur de Tamaulipas. Denis seguía con atención los acontecimientos. Durante los almuerzos o en las comidas, le gustaba hablar la situación con sus hijos, como si siguiera haciéndolo con su hermano.

—El país está creciendo. Se está haciendo. ¿O es que la tierra no se mueve? Y también lo hace el mar con sus maremotos. Esto son sólo movimientos necesarios, y creed que lo siento. A nadie le gustan los disturbios, traen más problemas que beneficios.

—Y traen la muerte de inocentes —añadió Fanny.

—Sí, Fanny. Pero eso no nos legitima para ir de salvapatrias. Nos debemos a lo nuestro. ¿Cuántas guerras hemos vivido en la vieja Europa? ¿Cuántas hemos conocido vuestro tío y padre y yo? Y aquí seguimos. No creáis que los franceses sólo están aquí para llevarse algo nuestro. Les tocará, y no será dentro de mucho, salir a pelear por su continente. Al menos si la cosa sigue así por el norte. Pero no son más que desafortunados accidentes. Unos luchan y otros tenemos que sacar adelante las cosas. Es nuestra obligación hacerlo. Y es nuestro particular frente. Espero que no se os ocurra jamás ensuciaros las manos con la política.

Los hijos se limitaban a escuchar, y a obedecer sin esfuerzo, y llevaban muy a gala lo de no mancharse mucho las manos, ni con la política, ni con los negocios. En 1868, Denis y un grupo de caballeros de la alta sociedad potosina se asociaron para comprar La Lonja y fundaron el club social de la ciudad con cuarenta y dos acciones iniciales. La noche de la inauguración, La Lonja reunió a ese pequeño mundo formado por personas que creían, por fin, que esa ciudad, que esa gran nación, era ya de ellos y que tenían derecho a vivir en ella sin renunciar a las costumbres de los países desde los que ellos y sus ancestros habían llegado. En el gran salón de baile todo brillaba bajo las lámparas de araña. Era un mundo nuevo en un país de proporciones casi infinitas que estaba aún por definirse y desprendía una energía feroz, pero era a la vez un mundo que se agarraba con una turbia melancolía a una historia, la de Europa, de cuyas estirpes descendían casi todos los allí presentes. Querían marcar nuevos tiempos, pero con sus reglas, venidas todas de un pasado atávico que anidaba en sus conciencias europeas. Don Manuel Ravizé, un noble francés exiliado, como si fuera el alguacil de las conciencias, el velador de ese modo de vida, se obstinaba en repetir mientras daba pequeños sorbos a su ponche y asentía ante las damas y sus trajes a la europea: «Porque si todo cambia, ¿qué nos quedará en el porvenir?».

Poco tiempo después de la inauguración de La Lonja, se construyó frente a ella el Hotel del Progreso para atender y hospedar a los caballeros y familias que iban allí para cerrar o iniciar negocios con los terratenientes y comerciantes potosinos. En La Lonja se cocían en un caldo de fraternidad y de odios enconados las transacciones comerciales, se discutía el precio del garbanzo, de la vid, del durazno o de la morera. Y varias veces al año se celebraban bailes fastuosos para presentar a las jóvenes y arreglar o promover sus casamientos. En el recuerdo de todos quedarían algunos como aquel al que asistió el General Santa Anna, que entró del brazo de la marquesa de la Rivera y esposa del ministro español ante un cortejo de oficiales vestidos de Estado Mayor. Fue el primero al que asistió Harold. A diferencia de su padre y de su tío, el joven no había tenido que salir de San Luis salvo aquellos primeros años que pasaron en San Antonio y luego en Monterrey. De vidas aventureras poco sabía Harold, pero tampoco su sangre de lento discurrir le infundía la curiosidad por descubrirlas o catarlas. Tenía el carácter bueno y afable de su madre, y la flema poco emprendedora de su tío irlandés, Thomas, al que Denis nombraba sólo para recordar a los suyos que el linaje de la familia estaba salvaguardado en Irlanda pues el tío Thomas había tenido nada menos que once hijos.

Tras la muerte de Richard, la tía Catherine había dejado la vieja Irlanda para encontrarse con la familia de su querido hermano y vivir junto a ellos lo que le quedara de vida. Y cuando vio las costumbres de los nativos se lamentó de no haberlo hecho antes, como había querido Richard y

tantas veces le había suplicado. Pero ya era tarde para apostolados, se puso como tarea cuidar de la familia de su hermano del alma y en eso consistió su particular apostolado. Su presencia y cercanía fueron el hilván que zurció en el carácter de Harold la bondad, un rasgo tan característico en él como lo era su estatura y que entre los criollos sorprendía aún más. La tía Catherine se encargaba de recordarles a sus sobrinos, cada día de su vida, y como si con ello honrara la memoria de su querido hermano Richard, que si bien ya se habían fraguado una ilustre posición en San Luis, no podían ni debían olvidar que venían de Irlanda, de la estirpe católica de los Myagh, hombres de valor y de coraje. Para Harold, y para sus hermanos y primos, no era fácil asimilar ese pasado lejano que les habían contado como si se tratara de un cuento de alcoba o de la gloria de un paraíso perdido, y menos vivirlo con el arrebató y con el convencimiento con que lo hacía la tía Catherine. Ellos eran norteamericanos, pero no porque se sintieran como tales, sino porque en su tierra de verdad, la mexicana que adoraban, el ser oriundos de Norteamérica les daba un lustre muy conveniente. Pero México era la tierra que tiraba de ellos, su asidero a la vida terrenal; contra las pretensiones de la tía Catherine no sentían su ascendencia irlandesa con ese arraigo que ella quería inculcarles y ya era imposible, si en algo se fundían en Harold y en sus primos y hermanos sus dos patrias era que con veinte años ya apuntaban a bebedores de tequila con la misma moderación que lo hacían sus compadres, y de whisky con la misma elegante imprudencia de sus antepasados irlandeses e ingleses.

A Harold le gustaban tanto los salones como las tabernas de los ranchos, a donde iba a menudo, con la calzonera de pana o de cuero y su algodón de gamuza que le habían cosido las costureras de la casa bajo la supervisión de la nana Ixchel. En ese restringido terreno de los apetitos ocultos, Harold deseaba parecer uno más de esos rancheros a los que admiraba por la rudeza que a él le faltaba y que trataba de emular vistiéndose como ellos y compartiendo su tiempo y sus costumbres. Su callada admiración por los hombres de campo no requería de palabras que además no hubieran sido bien recibidas en su casa, se le dejaba hacer como quien ríe la gracia a un ser algo cargante. Pero si alguien no estaba dispuesto a reír las gracias, ésa era la tía Catherine, a la que le hubiera gustado que la fascinación de sus sobrinos, justificada por la juventud, tuviera otros actores y otros escenarios.

—Y ahora, con la excusa del Carranco, estos niños se nos echarán definitivamente a perder, Denis. Sólo faltaba ponerles en bandeja de plata la juerga —refunfuñaba la tía Catherine, agarrada a su rosario.

—Te recuerdo, querida hermanita, que de seguir Richard entre nosotros habría sido el primero en bendecir la adquisición del Carranco.

La hacienda de Carranco estaba en Villa de Reyes. Denis la había adquirido para la explotación del campo y para criar allí ganado. Era el lugar preferido de los chicos. Desde muy jóvenes se veía a Haroldo y a su primo Dionisio —al que salvo Fanny y Emily, llamaban así todos para diferenciarlo de su padre— en los huapangos, nombre con el que eran conocidas las fiestas en los ranchos; de un huapango se sabía cuándo comenzaba pero nunca cuándo acabaría. Al tiro de escopeta, que indicaba dónde era la fiesta, los jóvenes se ponían sus trajes bordados con agujetas de plata y el gran sombrero ranchero. Y aunque los ojos azules, la altura —también Dionisio era alto—, los modales, aunque todo delatará que siempre serían forasteros entre los nativos, los primos Myagh vivían la ilusión de que algo de su ser pertenecía, no ya a aquellas tierras, sino a aquellos hombres entre los que se mezclaban sin la conciencia de estar haciendo algo que no respondía al orden de los tiempos. Denis y Fanny lo consentían como un capricho de

juventud, travesuras de jóvenes que pasarían, y que en todo caso sólo podían aportarles algo más de mundo y cierta singularidad a su *savoir faire*.

Pero sin duda, a quien más le costaba entenderlo, más aún que a la tía Catherine, era a la nana Ixchel.

—¡Ay, señor! Todo el día de madres esos dos, *por'ai* a hacer cosas malas con las muchachitas —suspiraba enredando torpemente sus dedos como sarmientos en las puntillas blancas de su delantal—. Un día nos los meten en un problema a los niños estos. ¡Y mezclándose con gente que no es la suya! ¡Ay señor! ¿A dónde nos llevan estos tiempos tan locos?

Cuando la nana Ixchel se enfadaba con los señoritos Haroldo, Dionisio y Richard —la nana adoraba al gemelo Richard por llevar el nombre del difunto señor—, los seguía llamando así: los niños.

Lo cierto es que los jóvenes no habían salido apenas de San Luis. La vida de nómadas que Denis y Richard habían llevado en su juventud no era lo que como padre y tío, y más aún desde la muerte de su hermano, Denis deseaba para ellos. Y como los hijos son tantas veces el resultado de los deseos de sus mayores, a la nueva generación le tocó una vida más sedentaria. Y resulta asombroso que fueran Fanny y Emily las que acabaran convenciendo a Denis de que los chicos tenían que salir de allí y ampliar sus horizontes. Era evidente que se sentían mexicanos por los cuatro costados, estaban integrados a esa tierra por sus colores y por sus olores, por las costumbres, y porque todo era allí demasiado fuerte para no sentirlo y amarlo como se ama lo inevitable. Los jóvenes Myagh eran una mezcla rara de europeos asimilados pero que de haber tenido que elegir raíces, en ese momento de su juventud, hubieran decidido sin pestañear el estilo de vida mexicano. O lo que creían que fuera ese estilo que en ellos era una amalgama. Denis se enorgullecía de ello, pero tuvo que reconocer que el comportamiento de los chicos tomaba visos de llevarlos por caminos equivocados que él había transitado y conocía demasiado bien; no pensaba en su indita porque se prohibía hacerlo, pero la cicatrices a veces son como los tumores o las llagas que permanecen latentes. Sus celos se confirmaron cuando se enteró de que su hijo Richard se había encaprichado de una india del rancho de los Barnett. La historia se repetía, sólo dada la vuelta por un asunto de nombres. No estaba dispuesto a que así fuera, y se decidió que los muchachos irían a Estados Unidos primero y luego a Europa, para que se curtieran en los negocios y ampliaran el marco de su paisaje y de paso el de las amistades. Marcharían los gemelos Dionisio y Richard, y los hermanos Federico y Haroldo.

Denis escribió a su hermano Thomas y le dijo que, tras una primera estancia de tres meses en Nueva York, sus hijos y sobrinos pondrían rumbo a Irlanda para conocer a la familia. Quería que los paseara por las tierras. Quería que conocieran Londres. Y que viajaran a Italia y a Francia. Y esperaba que alguno volviera de Europa con una mujer.

La nana Ixchel lloró más que ningún otro el día de la despedida. Rompiendo toda formalidad, algo que pocas veces la mujer se permitía, se tiró a los brazos de sus niños entre lágrimas mientras les decía:

—Vuelvan grandotes y cuídenseme. Y tráiganme una mujercita de por allí que segurito son mejores que las de aquí.

En enero de 1874, Eduardo, el pequeño de los hijos de Fanny, heredó de su tío y padrino, que era socio del señor Simpson, la empresa Pitman &co. All Kind of Banquing Business, sociedad que fue el origen del futuro Banco de San Luis y de la que todos ellos acabaron siendo socios. Se

acababa el tiempo de la educación, los chicos habían vuelto de su *tournee* europea y tenían que ponerse a trabajar junto a Denis. Su estancia en Europa, salvo porque volvían sin noviazgo a la vista, había sido más útil de lo que hubieran esperado Denis, Fanny y la tía Catherine. Los chicos sentían de repente una necesidad de mantener vivas las raíces irlandesas que a veces rozaba el paroxismo. No porque les hubiera gustado el país más que el suyo, pero habían comprendido, o les habían hecho comprender, que en Europa había una civilización muy diferente de la del Nuevo Mundo, y tan exótica les había resultado aquélla como podía parecerse a un irlandés la mexicana. Sin dejar de amar su tierra, se sintieron parte de algo antiguo, algo venerable y eso les hizo tomarse muy en serio su apellido y sus costumbres.

Con sus hijos y sus sobrinos a su lado en los negocios, Denis vio cómo se multiplicaba la ganancia. Por el interior del país comenzaron a comerciar con pieles del vacuno que criaban en las haciendas del Carranco y de la Matanza. Las tierras tenían agua y la vendían. Y habían aumentado los cultivos añadiendo palma, maguey y jarcia. Además, producían quesos y mantequilla. Las haciendas las regentaban con mano dura buenos encargados a los que supervisaban Harold (que desde que volviera de Irlanda ya no permitió que lo llamaran Haroldo) y sus primos. Y si la tropa de los Myagh no puso objeciones para revivir sus tiempos de fiesta en los huapangos, lo cierto es que lo hacían cada vez menos, con cierta condescendencia de la que no eran conscientes y por la que en otros tiempos se hubieran avergonzado. Poco a poco, y con el correr de los años, reducirían su presencia en aquellos saraos que fueron cambiando por los parqués y las muselinas.

La maquinaria agrícola se la compraban a un rico empresario de Tampico, don Ángel Trápaga, un caballero tan fiable y honesto como implacable negociador, que se había convertido en el mayor proveedor de los Myagh. Luego la revendían a los hacendados texanos con los que su padre había mantenido buen trato y cuya red de contactos se fue ampliando cuando Denis comenzó a mandar a Eduardo, a Federico y a Richard como representantes.

En 1889, Estados Unidos impuso el Arancel McKinley, un duro golpe para las exportaciones de las minas mexicanas a Estados Unidos. Se gravó la exportación de plata de baja ley mezclada con plomo y Denis, con dolor de corazón, decidió vender sus participaciones mineras y dejar ese mundo que ya sólo podía traerle complicaciones económicas y el recuerdo de una vida que ya se iba, la de su juventud lejana, la de los anhelos eternos. Dejar las minas era dejar un territorio que había sido solamente suyo, porque si a Richard nunca le había gustado ese mundo, para él, durante muchos años, lo había sido todo.

Denis disimuló con su habitual frialdad aquella contrariedad emocional que no supuso ningún revés importante para la economía de los Myagh. «Se acabó ese negocio. Ahí ahora sólo prosperan los lagartos», dijo sin darse cuenta de que el sarcasmo caía fulminado por la melancolía.

Durante el segundo mandato de Porfirio Díaz, la economía creció a mayor velocidad, pero había pequeños indicios, advertencias sutiles que avisaban de que las cosas no eran tan sólidas como sí parecían ser las risas de los salones. El descontento flotaba en el aire como las muselinas de las damas, pero Denis y los suyos sólo lo percibían como una corriente de aire que se cuela en

un salón bien caliente y que obliga a mirar de reajo hacia una ventana.

9

En toda su vida, jamás había padecido Ángel el menor síntoma de enfermedad. Su fuerza y sobre todo su voluntad habían podido más que cualquier achaque, que ventilaba con una sobredosis de trabajo y una taza de hierbaluisa con miel. Hasta que un día tuvo que asumir que algo no iba bien. El cansancio lo había ido ganando poco a poco, y como un gusano que avanza lento pero tenaz hasta llegar al corazón del fruto, así se introdujo en él. Por primera vez sabía que algo no estaba bien, y por primera vez tuvo que reconocer que ni su voluntad ni sus remedios caseros eran suficientemente fuertes para detener el dolor que lo reconcomía. Sin embargo, logró acallar sus males durante un tiempo. Ante los primeros síntomas, hizo lo que correspondía a su naturaleza: no variar apenas su modo de vida, no permitir que le afectara, no pensar en el cansancio y en la punzada del pecho, acostarse un poco antes, él que desde hacía años era de horarios imperturbables: se despertaba a las seis de la mañana y se retiraba a su cama a las diez, salvo que se viese forzado a quedarse más tiempo en pie, casi siempre por algún convite. Poco a poco, y tratando de que pasaran desapercibidos, fue incorporando cambios a sus rígidas costumbres. Primero llegaron las excusas que justificaban su pronta retirada: «Quiero leer», «Prepararé en mi habitación esos papeles, ahí estoy más tranquilo». Hasta que llegó un día en el que ya no pudo disimular la respiración quebrada. El gusano había llegado al corazón, en este caso a sus pulmones, y en un esfuerzo titánico contra su orgullo, tuvo que pedir ayuda. Respiraba mal y no podía trabajar como lo hacía siempre. Modesta, por su lado, se dispuso a hacer lo que cualquiera haría en tal caso, llamó al médico.

—Un médico, qué disparate. Eso es para cuando uno se va a morir y yo no me voy a morir.

—Querido, cuando alguien va a morir, a quien se llama es a un cura.

El enfermo refunfuñaba y como si fuera rehén de un ultraje, le recordaba a su mujer que su hermana vivía enganchada a uno de esos sacaperras y que ésa y no otra era la causa de su mal. Eso y su falta de voluntad para mejorar.

—Que enfermar es un delito, vaya si lo es.

A Modesta el particular código de infracciones de su marido ya no le extrañaba. Pero en esa ocasión rio y depositó sobre el pómulo afilado de él un beso candoroso.

—La causa del mal de tu hermana, querido esposo, es una fibrosis quística. Y Dios no quiera que eso te suceda. Al parecer se puede heredar. Además, ¿debo recordarte que tu hijo, que nuestro hijo, es médico? Le escribí y él mismo me ha dicho que avisemos al doctor Errázuriz. Salió un propio en bicicleta hace un rato; el teléfono, para variar no funcionaba.

Pero nada hubo que hacer. La obstinación del que renegaba de su condición era mayor que la voluntad y los ruegos de toda su familia. El de la salud era el único espacio en el que Ángel

perdía toda su capacidad de raciocinio. Actuaba como un niño, pero un niño con poder y mucha fuerza en sus exigencias.

—Haz lo que te dice el doctor Errázuriz, por el amor de Dios, Ángel. —A Modesta se le había marchado la sonrisa del rostro—. Y sé bueno y descansa un poco, que no haces sino trabajar y trabajar. Y en esos humedales de la Huasteca. Eso no le sienta bien ni a un perro. Mira a tu pobre hermana, medio inválida y sin hijos por la maldita enfermedad. Yo sé bien lo que te pasa y no pretendas que crea que no es grave.

—Bueno, hijos te he dado, ¿no, Modesta? Y no estoy inválido, que yo sepa. Sólo me cuesta un poco respirar. Y no me hables de mi hermana. Una mujer que se ha empeñado toda su vida en morir en una cama. Y por fin lo ha conseguido.

Lo de su hermana lo acababa de saber por un telegrama que le enviaron unos vecinos del pueblo. Desde que la madre murió, la mujer se había quedado sola, atendida por una jovencita de un pueblo vecino a la que instaló en la casa y que hacía las tareas de sirvienta y de enfermera. Pero un día, su hermana había conocido a un hombre, el único hombre que logró avivar sus apetitos de mujer o extirparlos de un, al parecer, no tan deseado letargo. Un hombre ruin que encandiló a la pobre enferma de los pulmones y aún más enferma de soledad. Ella quería el afecto que desea casi toda persona y el truhan quería sus duros. Y cuando la ¿feliz? enamorada estaba a punto de ceder al conquistador, la muchacha que atendía la casa, o bien apiadándose de su señora, o porque su ingenuidad la llevó a pensar que deshaciendo el posible matrimonio ella sería la elegida por el susodicho pretendiente que la visitaba a ella todas las noches prometiéndole amor eterno, se lo contó todo a su señora. Todo incluía una preñez de la que el sinvergüenza era el autor. Lo que no podía predecir la ingenua criada era que su confesión acarrearía tan trágico desenlace: la enferma despechada se quitó la vida con el arma que guardaban su madre y ella en la casa desde tiempos de las guerras carlistas porque dos mujeres solas debían cuidarse contra los isabelinos furiosos, decía doña Josefina levantando con mucha severidad la nariz. En cuanto a la jovencita engañada, el truhan, como era obvio «sacó provecho de ella en un día de lluvia y se olvidó de ella cuando el tiempo aclaró», sólo que en este caso lo diría al revés, aunque ello signifique cambiar la genial sentencia de Nabókov; el caradura se aprovechó de ella cuando brillaba el sol sobre sus intenciones y la dejó en cuanto vio que la cosa se ponía tan negra que sólo prometía tormenta.

«Empeñarse en morir» repetía de vez en cuando Ángel. Y se preguntaba si su dolor en el pecho no lo causaría la vergüenza que le daba tener que asumir como parte de su pasado la trinidad nada santa de un alcohólico, una plañidera y una mujer entregada sin remedio a la enfermedad del cuerpo y del alma, y que se había quitado la vida de esa manera, como una modistilla. Celebró una misa por la difunta pues al fin y al cabo era su hermana y le debía esa atención, que en él era una cuestión de actitud ante los demás. Uno honraba a sus muertos. Siempre. Y con esa misa enterró el último rastro que quedaba de su pasado pues de Manuel no había vuelto a saber nada. Ni se esforzó por saber.

Lo que no pudo lograr su mujer, lo logró, al menos en parte, Josefina. Necesitaba un cambio de aires, era todo lo que había dicho el doctor Errázuriz, que les concediera eso por lo menos, le rogó la joven a su padre. Asesoradas por el susodicho doctor Errázuriz, que seguía al paciente desde una camuflada distancia y una comedida puesta en escena (en las partidas de cartas en casa de los Trápaga, mientras don Ángel leía en su sillón, el galeno y algunos de los convidados contaban su respiración mientras el otro los miraba con disimulo y con el ojo torvo),

convencieron a su padre y esposo para pasar una temporada en San Luis. Como tantas veces en sus vidas, ambas utilizaron el tono de la exigencia unido al sonsonete del capricho, armas ante las que sabían que nada podía el marido y padre. Si algo decidía a Ángel a tomar una decisión con respecto a otros era ver que mostraban la voluntad y la insistencia para llevarla a cabo. Cuando alguien quería algo y lo mostraba y lo exigía, él estaba dispuesto a apoyarlo o a concederlo, todo con tal de que no lo rozaran ni de lejos la pusilanimidad o la falta de deseos. No imaginaba algo peor que un carácter blando y maleable como el de su hermana. Nada más vacío e inútil que un ser humano sin deseos y sin la ambición de conseguirlos.

En San Luis se podría recuperar, o mejorar mucho, había insistido el doctor Errázuriz cuando logró que el paciente lo escuchara; allí bajaba el viento de la sierra, y no lo traía el mar con ese velo de humedad que anegaba sus pulmones. Además, ponía a la niña a salvo de las fiebres que ese año eran especialmente malas. El paludismo y el tifus estaban castigando con saña la ciudad y era mejor ir hacia zona seca.

—Aprovecharemos para asistir al baile de la Independencia. Llevaremos a Josefina y podré por fin conocer a esos Myagh de los que nos has hablado alguna vez —sentenció Modesta.

Hicieron el viaje en carruaje, escoltados por las carretelas en las que viajaba el servicio y el equipaje, que por ser tanto ocupaba hasta el pescante. Josefina padeció por primera vez los rigores del camino. Trescientas sesenta y cinco curvas desde Río Verde hasta la ciudad de San Luis y caminos tan polvorientos que habría que verlos, igualitos a los Salina llegando a Donnafugata. Seguramente habrían tenido a su particular mademoiselle Dombreuil gimiendo mientras se llevaba el pañuelo a la nariz respingona: «*Mon Dieu, mon Dieu, c'est pire qu'en Afrique*».

Se alojaron en el Hotel Progreso, rechazando la invitación del señor Denis Myagh, con quien Ángel acababa de cerrar otro trato muy conveniente para ambos. Todo un caballero, el irlandés, pero de ahí a instalarse en su casa y que se pudieran confundir las intenciones había un trecho. Y muy largo. Su relación con los Myagh era estrictamente profesional. Y el Hotel Progreso ofrecía todas las comodidades a las que podían aspirar él y su familia para una estancia que no pretendía extender, en contra de la opinión de Modesta y de la corte de familia y amigos que lo observaban y controlaban desde la distancia.

Josefina asistió al baile de La Lonja en el que se materializaron el esplendor de sus diecinueve años y la grandeza del Porfiriato. Cuando entraba Jesusita Cabrera, la mujer del presidente de La Lonja, del brazo de Porfirio Díaz entre el brillo de las alhajas y el roce de las telas de los trajes de Worth o traídos de las tiendas más elegantes de París, las mujeres no sabían si mirar a la supuesta anfitriona o a esa desconocida recién llegada de Tampico y de la que se decía que heredaría pronto una fortuna colosal.

Las mujeres rivalizaban con sus tules bordados, las gasas de chantilly y el organdí de seda. Fanny llevaba un traje de corte en la cintura Luis XV, como se estilaba entonces, con tres holanes de festoneados. Su hijo Harold estaba con ella. La acompañaba siempre a los bailes, como si de ese modo les quedara claro a los caballeros de La Lonja que la viuda de Richard Myagh no estaba ni pretendía estar en la mira de los viudos. Harold tenía ya cuarenta años y no había mostrado el menor interés en buscar esposa, y a Fanny no le había preocupado ese desinterés de su hijo que sin embargo a más de uno hacía susurrar. Con las bodas de Federico, de Eduardo, de Luis, de Dionisio, de Richard y las de sus hijas, había pasado inadvertida la poca

intención que tenía Fanny por casar al «soltero de los Myagh Lewis», como se lo conocía. Pero cuando Fanny vio a esa mujercita venida de Tampico pero de aire más peninsular y de educación cristiana, tardó lo que tarda una araña en reconstruir un hilo de su tela en ver en ella a la perfecta mujer para su hijo. ¡Esa fortuna que se decía que tenía el padre! Así que le pidió a Denis que se ocupara de las presentaciones.

—Don Ángel, déjeme presentarle a Harold Myagh, mi sobrino.

—Señorita Trápaga.

Josefina miró a aquel hombre, tieso como un gladiolo de los que decoraban la sala. Era guapo. Y muy alto.

¿Qué sabía Josefina de la vida a esa edad? En realidad, ¿qué sabe una mujer a los diecinueve años? ¿Qué pasaría por su mente cuando le presentaron a ese hombre guapo (sí era muy guapo), veinte años mayor que ella pero que por la manera en la que le fue presentado, por las miradas de unos y de otros, ya sabía que iba a ser un obstáculo que evitar o el pretendiente perfecto? Describir las arañas de bronce que colgaban de los techos de La Lonja que iluminaban a los cerca de doscientos invitados, o las columnas estucadas, o los festones y los ramilletes que decoraban el salón principal y los otros cuatro salones rebosantes de invitados es un ejercicio estilístico más o menos divertido y se puede lograr o errar en el intento, pero no es difícil hacerlo. Las emociones de las personas no tienen color, formas ni brillos salvo los que el alma proyecta, ni por ellas baja la corriente indicando con su ruido el nivel del agua. En este caso diría que una mujer de la edad de Josefina sabía poco de la vida, aunque ella creyera que era mucho porque suele ser la edad en la que más convencidos estamos de que todo lo sabemos. Pero es cierto que Josefina a esa edad, y cuando el hombre que sería su esposo se llevaba su mano enguantada a los labios, sabía bastante más de la vida que la mayoría de sus compañeras o de las damitas que poblaban el gran salón de baile de La Lonja mientras buscaban en el parqué la flecha que les indicaría la siguiente posición del baile. Había viajado y visto lugares distintos, y sus lecciones de canto la habían llevado a un terreno donde las emociones posiblemente la podían acercar más que a cualquier otra mujer de su edad a espacios y dominios de la pasión que otras ni podían intuir. Era de carácter ardiente, pero si había visto o más bien vislumbrado el fondo del alma de algunas personas, seguramente no fue consciente de ello. Aquella vez que su padre le lanzó por la borda su muñeco, cuando tenía sólo cinco o seis años, comprendió que se podía cambiar de vida sin dejar la que una ya tenía. Digamos que, con ese gesto, su padre estaba tirándola a ella también a un lugar mucho más hondo que la fría agua: el espacio de la inseguridad, el del no saber si lo que hoy es mío mañana volará por los aires. Y aunque el modo en que operó en ella el gesto de su padre era opuesto a lo que su padre creía que le inculcaría con él —la niña durante los primeros años se volvió solitaria, desconfiada y triste— con el tiempo dio como resultado lo que Ángel esperaba: la hizo fuerte. Su estancia en el internado sólo redobló su fortaleza. La compañía de las niñas se le había antojado pasajera, como lo sería todo para ella esos primeros años, incluso la presencia de sus padres. Hasta lo fue el idioma de cuna que había resguardado como un salvavidas y sin saberlo en algún lugar recóndito de su memoria, pero que ahora volvía a hablar con total corrección, como si volver a él hubiera sido recomponer una parte más de su cuerpo y de su mente y le ayudara a ser más libre y menos dependiente. Y con esa fortaleza que se notaba en cada gesto, y que no creo que la librería de las tribulaciones internas de toda persona de su edad y de cualquier condición, no había duda de que sus casi veinte años pintaban muy bien de cara a la galería y al mercado que era esa lonja, según opinaron los allí presentes. Parecía

una niña aún, con una delgadez más propia de la edad que de su constitución ya que cualquiera que se fijara podía adivinar por dónde se redondearía su cuerpo con los años. Su boca de piñón y su saber estar suplían una belleza que en ella no se mostraba tan obvia como lo hacía en el rostro, por ejemplo, de la que había sido elegida reina del baile, Adelaida del Castillo. Pero esa noche ella reinaba en ese salón. Su gusto en el vestir tan sofisticado y a la vez tan desprovisto de pretensiones dejaba a las señoritas de La Lonja de San Luis a la altura de aspirantes no sólo a un baile, sino a la vida. Llevaba un vestido blanco con hilos de plata y un ligero bordado azul que remataba con cintas de terciopelo en el moño, salpicado de violetas naturales.

—¿Quiere bailar, señorita Trápaga?

Bailaron. Nada podía gustarle más a Josefina que los bailes. Y la música. Desde que llegó a Tampico con sus padres, viajaba todos los años a Nueva York a los conciertos del Metropolitan Opera House. Escuchaba la música con tal arrobó que la llamarían la «Santa Úrsula» de la sociedad potosina. Tenía palco en el Teatro de Tampico, a donde acudía con su padre más que con su madre. Y es que si con su padre no había logrado trabar una relación por la vía de las emociones, lo hizo por la de la música y del arte y eso los unió en un cariño tan peculiar como poderoso. Don Ángel estaba orgulloso de sus dos hijos. Su hijo sería un excelente médico, y aunque lo de la medicina no le gustaba ni un poco, como ha quedado claro, era la cuestión de la excelencia lo que él admiraba. Profesores y conocidos lo felicitaban por ese vástago tan buen estudiante y le repetían que llegaría lejos en lo suyo, y de eso y no de otra cosa trataba la vida, de llegar lejos en el camino que uno se marcaba. En cuanto a Josefina, Ángel se congratulaba porque la niña no tenía ni una gota del carácter que su madre y su hermana habían mostrado en vida. Era fuerte, independiente y decidida. Era como si la niña hubiera respondido a sus peticiones y a sus dudas. Y eso era justo lo que él esperaba.

Esa noche, en La Lonja, viendo a su hija del brazo del sobrino del señor Denis Myagh, Ángel se dijo que quizás no le gustaba de dónde venía, pero sí, y mucho, allí hacia donde iban él y su familia. Se había informado bien sobre los Myagh, eran conocidos y respetados por ser avezados trabajadores, hombres sin miedo y de noble estirpe, al menos así se decía del *pater familias*, los hijos apuntaban otras maneras, más laxas, amoldados a ciertas comodidades propias de quien nace con los dones ya conquistados, a éstos los miraba Ángel con desconfianza, pero no había duda de que el clan podía considerarse buena estirpe de negociantes, gente con la que se podría entender en los asuntos en los que consideraba crucial entenderse. Y a ese Harold, tan alto, de porte regio y maneras exquisitas, sería cosa de tiempo, de ése poco, y firmeza, de ésa mucha, ponerlo cuanto antes bajo su mando y llevarlo por el buen camino.

Josefina bailó con Harold toda la noche. Era guapo, pero sobre todo sabía bailar mejor que ninguno. Y comprendió, con una sola mirada lanzada al corro desde el que su padre la observaba, que éste aprobaría que aquel hombre entrara en sus vidas. Así que no necesitó mucho más para convencerse de que si el señor Harold Myagh le pedía matrimonio aceptaría la propuesta. Fue tan sencillo pensarlo porque tampoco pensó nunca que un matrimonio fuera a poner el más mínimo impedimento a la idea que ella tenía de cómo vivir la vida que quería vivir.

10

Harold y Josefina contrajeron matrimonio el 15 agosto del año 1892, en Tampico. Ángel exigió que para que el casamiento se llevara adelante, el novio entregara veinte mil pesos en oro a nombre de su hija.

—Compréndalo, Harold. No es que no me fíe de usted. Ya son varios años haciendo negocios con su tío Denis. Pero una cosa son los negocios y otra bien distinta la familia. Ya sabe que sólo tengo una hija, y descuide, que a ella no le faltará nada, de eso puede estar seguro. Como le dije a su tío, le pasaré una renta a Josefina que les asegurará las comodidades a las que su madre y yo la hemos acostumbrado. Sólo le estoy pidiendo que certifique que tiene ese dinero, que es usted solvente.

—Discúlpeme usted, don Ángel, pero creo que tiene pruebas suficientes para saber que lo somos.

—Y yo le ruego que me entienda a mí. Me refiero a usted y no a su tío Denis, de cuya solvencia nunca he dudado. La cantidad que pido para mi hija me dará la tranquilidad de saber que, si a mí me pasara cualquier cosa, si las cosas se torcieran, y le aseguro que es algo que no sucederá, a mi hija no le faltará nada. Sólo exijo tener la certeza de que su esposo, y no su respetado tío Denis, podrá atender a sus necesidades.

Harold, de naturaleza pacífica y de ordinario poco dispuesto a pelear, fueran las que fueran las contiendas, no dio sin embargo fácilmente su brazo a torcer. El dinero era para él un asunto del que sólo se hablaba cuando se trataba de negocios. Le ofendía que don Ángel lo hiciera en esos términos, poniendo en duda su solvencia, su palabra o su posición. ¡Tratándose de su matrimonio!

—Pero ¡qué se ha creído que es esto, tío Denis! ¿Que éste es otro negocio más de los suyos? —Harold avanzaba con grandes zancadas por el salón. A veces parecía que a su paso las perlas de las lámparas de cristal fueran a chocar entre sí, sacudidas por el aire que movía su estela—. ¡He pedido la mano de su hija, por Dios! No que me fíe una de sus empresas. ¿Cuánto negocio le dimos el pasado año, tío Denis? ¿Es que le hace falta más?

Aquello era una tremenda falta de cortesía, de educación y de principios. Y cuando se trataba de modales y de descortesías, Harold exhibía sin pudor el poco mal humor que tenía.

—Quiere ver el dinero. ¡Verlo! Pero ¿qué se ha creído? ¡Ah! ¡Qué poca elegancia!

—Te ruego que te tranquilices, Harold, y no mezcles la elegancia con esto —lo reprendió Denis—. Es el clásico error que tantos cometen con el dinero. Nosotros sí hablamos de dinero. Nosotros debemos verlo, tocarlo y olerlo para que se multiplique. Y te aseguro que no mancha, mucho menos que meter la pala en la roca. Ese hombre no ha llegado hasta aquí sin batir el

cobre, no le digas qué hacer en cuestión de dineros. Y será tu suegro, así que acostúmbrate a él. No se fía de nadie, tampoco lo hizo de mí. Pero si lo hace... Gánate su confianza. Por tu bien. Te daré ese dinero. Es tuyo. Bueno, de tu madre, pero hablaré con Fanny y te lo dará. Y empieza a pensar que quizás conviene que te manches un poco más las manos con él. Quizás he sido demasiado blando con vosotros. Puede que no sea elegante allí, en Europa, seguramente ésas sean cosas que os ha metido en la cabeza tu tío Thomas, que por cierto no sé si te dijo que el dinero con el que compró sus dominios se lo enviamos tu padre y yo. Deja la elegancia para otros menesteres. Tu tío Thomas no lo comprendería, pero aquí, en esta tierra, nos regimos por otros códigos. Si te vas a casar con la hija de ese hombre, más vale que sepas que si hay algo de lo que hablarás mucho será de dinero.

Denis puso esa cantidad a nombre de Harold, y Harold le enseñó a don Ángel los veinte mil pesos en oro que a su vez tuvo que poner a nombre de Josefina, como usufructuaria, por si a él le pasaba algo, y los colocó en una cuenta del Banco de Londres.

Tras la boda, los recién desposados se mudaron a una casa con luz eléctrica en la calle de Arista, en San Luis, y Josefina empezó a vivir la vida de perfecta casada. Abrió su salón los martes y en él se dedicó a cultivar su pasión por las artes, entre las cuales la música era su niña bonita y consentida.

Las exportaciones a Estados Unidos y a Europa se mantenían a buen ritmo, se ampliaba el muestrario de productos de lujo como la vainilla, la lima, la papaya, la ciruela y las pieles, mientras que al interior del país viajaban los productos básicos como el maíz y el frijol. Pero los precios subían a un ritmo vertiginoso, llegando a tasas del cien por cien, volviendo abismal la distancia entre ellos y los salarios. El descontento se extendía como una mancha entre las familias del campo, de ellas a las comarcas y luego entre los estados. Ángel no quería pasar mucho tiempo lejos de El Naranjo. Las tierras estaban a medio camino entre Tampico y San Luis y como le preocupaba esa ligera indolencia que veía en su yerno pensó que si le pedía su ayuda y éste lo acompañaba de vez en cuando podría enderezar su carácter. Harold no aceptó al principio; en todo caso, le dijo, estaba dispuesto a acompañarlo de vez en cuando, meras visitas reglamentarias más bien destinadas a supervisar lo que, al fin y al cabo, algún día sería de su esposa.

Pero la muerte de Denis cambió las cosas, y éstas lo hicieron para favorecer las pretensiones de Ángel.

Sí, Denis murió. Como todos lo haremos. A la edad de ochenta y dos años. Había vivido una larga vida, y marchó de ella en una placidez a la que mucho le había costado llegar. No vio a su país sumido en una revolución que dejaría entre uno y dos millones de muertos. Entre uno y dos millones de muertos... Como si entre uno y dos no mediara una cifra descomunal. Pero así son las cifras de la guerra. Cantidades salvajes que revelan su atrocidad.

Con la muerte de su esposo, Emily perdió el poco sentido de la realidad que le quedaba. Cobijada entre las cuatro paredes de su habitación, se refugió de nuevo en los meandros de su espíritu. Era su segundo o tercer ostracismo, y a nadie le pareció raro verla engullida por él.

En cuanto a Harold, pesó más su orfandad que todos sus prejuicios de clase, los puso de lado y buscó la cercanía de su suegro Ángel como el que busca oxígeno en un risco elevado. Es posible que a Ángel le viniera bien una figura análoga a la de un hijo heredero, pues estaba claro que el suyo biológico no le seguiría en sus asuntos. A Harold le faltaba carácter, era indudable,

pero ese yerno tenía algo valioso que él no poseía: sabía cómo dirigirse y hablar a los rancheros y a los arrieros. Ángel era un maestro del oráculo, intuía lo que estaba por venir, tenía ese sentido que le avisaba por dónde soplarían los vientos, pero a la hora de relacionarse con las personas en las distancias cortas no era tan bueno como lo era su yerno. Harold era imbatible en ese terreno, el don de gentes era algo innato en él, mientras que en el caso de Ángel, éste había tenido que forjarlo por obligación y con mucho empeño, así que no es raro que pensara que podría utilizar aquellas dotes de su yerno y no bregar más con un asunto cuyo esfuerzo, con la edad, le sobrepasaba.

A sus exportaciones sumó el café. En Xilitla y Tamazunchale compraba toda la cosecha de café, que traía a Tampico en canoas por los ríos Moctezuma y Pánuco. Y en la Huasteca Tamaulipeca, en Tantoyuquita, sembró café de temporal. Eran sesenta mil hectáreas que colindaban con la raya de las Ánimas, por el sur con Santa Clara, al este con el río Tamesí y al oeste con la sierra de El Abra. Además de ser tierra fértil, era la base perfecta para seguir de cerca el flujo de sus barcos por el Tamesí. Éstos venían desde Tampico, subían hasta Tantoyuquita, que estaba tan sólo a diez kilómetros de donde tenía hacienda y casa, o «esa cosa a la que llamas casa», decía Modesta; era una vieja construcción adecuada por él, con pocas comodidades pero que le servía de cuartel general y desde la que podía acercarse con el coche de caballos a controlar las descargas. Allí los barcos desembarcaban la mercancía que viajaba hacia San Luis, Tula y Santa Bárbara gracias a las líneas de tren que desde que el gobierno autorizara licencias a nuevas compañías locales cubrían muchos más kilómetros. El país tenía por esa época casi nueve mil kilómetros de líneas ferroviarias.

Ángel y Harold pasaban mucho tiempo en El Naranjo. Josefina los acompañaba a menudo, allí le gustaba montar a caballo, salir al campo y dar largos paseos, encontraba cierta diversión en la rusticidad de aquella vida pintoresca, aunque no aguantaba muchos días lejos de su casa, al poco tiempo tenía que volver a San Luis, a sus actividades sociales y a sus cortinas de moaré.

—Construiremos una casa —les anunció entonces Ángel.

Josefina celebró la idea. Tal fue su entusiasmo, que su padre le regaló las tierras en donde había de construirse. Modesta también elogió la idea, cuando por fin hubiera un sitio confortable en ese humedal podrían reunirse allí como personas civilizadas, y no como salvajes o insensatos jugando a aventureros. Josefina quería un castillo porque al fin y al cabo su esposo venía de una tierra de castillos y se decretó que la casa, o mejor dicho el castillo, no quedaría lejos de la zona en la que Ángel había comenzado las prospecciones de petróleo. Tarde o temprano darían fruto. Josefina quería tener un lugar igual de grandioso, o más que su casa de Tampico, y Ángel uno desde donde dirigir las operaciones de sus barcos, los transportes en tren y las exploraciones petrolíferas sin renuncia a tener a su familia cerca. Josefina se implicó en las obras de su particular Ávalon, como si con ese castillo estuviera trayendo el Viejo Mundo al Nuevo, y de paso cubriendo de gloria el nombre y la estirpe de su esposo. En cuanto a Ángel, tal era su obsesión por «tenerlo todo bajo control» (uno de los pocos enunciados vitales que pronunciaba de vez en cuando en alta voz) que montó su propia guardia para proteger las tierras de El Naranjo con aparceros de la zona.

—¿De verdad lo cree necesario, don Ángel? —le decía Harold—. No quisiéramos entrar en conflicto con las autoridades.

—Mire, Harold, esta tierra tiene aún mucho que aportarnos, y lo hará a quienes asuman que hay terrenos que escapan a los hombres del Estado. ¿A qué autoridades se refiere? Aquí la ley

somos nosotros. Somos los ojos que ven. Y esos ojos son los que saben qué pasa y qué hace falta. No me fío de los acontecimientos. Las cosas están la mayoría de las veces en manos de ineptos. Personas que están lejos de donde suceden los asuntos que pretenden gobernar a golpe de normas cuando no saben ni carajo de cuál es la realidad. Quien pierde es quien no las vio venir. La única manera de que a uno no le agarren desprevenido los acontecimientos es tenerlos bajo control. Búsqueme a los mejores, Harold. Tener guardia propia no es un delito, que yo sepa.

Y así se hizo. Harold montó las levas, Ángel las controló con mano férrea y Josefina construyó su castillo. Con esa escasa disposición suya a dejarse aconsejar, quiso dirigir ella misma el proyecto desde el principio, consideraba aquél su encargo más especial y nadie debía entrometerse. El castillo terminaría siendo un pastiche que mezclaba los estilos Tudor y una cosa híbrida llamada «estilo medieval español». Si le hubieran dicho que diseñara los decorados y el montaje escénico para una ópera de Puccini en el Covent Garden, no le hubiera puesto más afán que el que puso en idear, con una serie de arquitectos que iba despidiendo uno tras otro, cada detalle de su castillo. Antes de comenzar su construcción, lo bautizó con el nombre de Nueva Apolonia, y cuando apenas se habían iniciado las obras y el entusiasmo estaba en su punto álgido, tuvieron que detenerlas momentáneamente. A finales del año 1893, Josefina daba a luz a su primer hijo, al que llamaron Harold Richard por el padre y en memoria del abuelo que nunca conoció, y ella tuvo que interrumpir sus viajes a la Huasteca. Por supuesto, nadie podría poner una piedra, mover un centímetro de tierra si ella no había dado antes el visto bueno. Pero como obedeciendo a una maldición, el niño murió unos meses después de su nacimiento y a los pocos días lo hizo su abuela Fanny diciendo que ese niño era en verdad el suyo (que fuera varón no importaba), que tan poco estuvo en la tierra y por eso ella también se iba con él. Quiso que todos supieran que se marchaba satisfecha, porque había cuidado a los demás y no le cabía duda de que ése y no otro era el propósito para el que Dios la había puesto en el mundo. Ése y querer a su esposo como lo había querido. Pero también le dio tiempo a balbucear, y todos lo oyeron, que se había cansado de cuidarlos. Luego pidió a sus hijos que se ocuparan de Emily, fue su última voluntad antes de dejar una vida que no pudo cambiar pero le había gustado habitar. Y como si en ese extrañísimo e inexplicable turno que se concedían las hermanas para disfrutar de la vida por fin pudieran hacer tablas, la muerte de Fanny —que se iba a un lugar feliz pues no a otro lugar sino al cielo se podía ir una santa— permitió que Emily viviera los últimos años de su vida en un estado de serena felicidad que le debía mucho a su evidente y absoluta enajenación. Encerrada en su habitación, Emily recibía a sus hijos para merendar y a Denis por las noches, como si fuera un caballero muy gentil al que tenía que atender con suma cortesía. Mantenía largas charlas con el difunto, en las que ella le explicaba que, si bien habían vivido una temporada de absoluta comunión entre lo espiritual y lo físico, sentía que la vida los llevaba a vivir con esa misma intensidad una nueva etapa en la que sólo lo espiritual debía contar. Y como el muerto, ni queriéndolo, hubiera podido ya saciar el apetito sexual de su esposa más que bajo la forma de algún delirio místico, el pacto resultó de lo más conveniente para la viva y para él. En aquellos días largos y solitarios de clausura, Emily se empapó de lecturas con el mismo arrebató pasional con el que había amado a su marido al final de su vida, y encontró en *Los miserables* de Víctor Hugo, en la magnánima conversión de Jean Valjean, el sentido de la existencia. O de su existencia, que para el caso era lo mismo, pues al no salir ya de su habitación la existencia la redujo a lo que acontecía en su espíritu y en su habitación, en «el cuarto de la loca», como llamaban a sus aposentos los maledicentes, y como no se atrevían a llamarlo los que la querían.

A Josefina, a la fuerte Josefina, la agarró la languidez como a quien agarra un virus, y empezó a mostrar signos de apatía por todo, incluso por la música, cosa que en nada gustó a su padre. Ángel la miraba con dureza, disimulando la pena que sólo se vislumbraba en las esquinas de sus ojos, donde parecía haberse puesto a refugio mientras él hacía todo lo posible por endurecerlos y por expulsar a esa intrusa bien lejos; era como si en los momentos de dificultad tuviera que demostrar con mayor ahínco su profética rigidez. Claro que, tratándose de su hija, no lo lograba. Cuando se hizo real la decisión del gobierno de trasladar la casa de acuñación de moneda de San Luis a la ciudad de México, noticia que en otro tiempo lo hubiera sublevado pues suponía un golpe para los intereses de la familia de su hija, se quedó impasible. Y los demás, tan estupefactos como desconcertados. No estaban acostumbrados a que don Ángel diera una batalla por perdida, pero habían pedido su ayuda y consejo y éste sólo manifestó una lánguida apatía. Harold se preocupó de veras, alguien tenía que asumir el mando. Y para colmo, como para agravar la situación, desde la muerte del niño, su mujer no le permitía acercarse a ella.

En las noches la oía gritar. Josefina tenía pesadillas que sólo le contaba a la tía Emily, como si por descargar la amargura y el dolor con una loca obtuviera más consuelo. Le contaba que veía a su hijo lanzado al mar por la borda de un barco, y que ella nada podía hacer. Ixchel, la vieja nana Ixchel, escuchaba espantada a su señora, o más bien a la esposa de su señor, y en las mañanas le contaba a éste aquellos desvaríos.

Harold sabía que el estado emocional de su esposa era la razón de que su suegro no actuara por primera vez de acuerdo a su temple, a su dureza, a su rigor y a su resistencia; todos esos atributos que su suegro ejercía por él, y sin los que ahora se sentía extraviado. Y como si fuera consciente de que por una vez le llegaba el turno de tomar en mano la situación, le nació un coraje, o más bien una fuerza de carácter, que nadie le suponía. Se puso como objetivo no reconquistar (pues nunca había tenido que hacerlo), sino conquistar por primera vez a su mujer para sacarla de su ostracismo. Sacarla de ese pozo sin luz para que las cosas volvieran a la normalidad. Aguantó con estoicismo su distancia. Pero persistió pacientemente en una labor de aproximación que, como al cazador siguiendo un rastro, lo llevaba de una pista a otra, acercándolo a ella. Cada día le traía algo, unas flores, una carta, a veces una joya. El día que Josefina abrió la caja que contenía un collar de perlas gordas como nueces, y que le dibujaron la primera sonrisa en tiempos en su rostro, Harold suspiró y luego le dijo a su primo:

—Querido Eduardo, ¿qué harían los joyeros sin el amor?

Unas noches más tarde, al ver la nana Ixchel que su señora llevaba unos días con el collar al cuello y dispuesta a volver al mundo, y como si ya no pudiera contener más la fuerza de lo que sus voces le gritaban, le dijo:

—Mire, señora, que ahora que está brava la luna usted se va con su marido, y se acabó la tontería. Usted nomás necesita que le traigan otro hijo suyo, que no se quitan las penas si no es con las alegrías que las cubren.

Josefina obedeció. Y si se había hundido en la fase de la desidia a pasitos, salió de ella casi de una zancada, como si tuviera que recuperar el tiempo perdido exhibiendo un brío y un súbito gusto por la vida que era consciente de haber puesto bajo llave durante su recogimiento que ahora juzgaba como algo deplorable, débil y muy poco elegante, un estado patético en el que se juró no volver a caer jamás. La cama amanecía revuelta por el amor y por algo que ella no había conocido hasta entonces, ¿un deseo, un apetito, un ansia?, ¿qué era? Lo que fuera marcaba repliegues tan profundos en las sábanas como en su vaporosa y renacida conciencia. Descubrió

que había algo distinto a las relaciones entre esposa y esposo, y aunque era algo que nadie había pronunciado ante ella, sabía que se llamaba sexo. Y ahora sabía qué era.

Se puso a hacer cosas. Sin parar. Visitó los trabajos de Nueva Apolonia y se enfadó, ¡cómo se enfadó!, porque habían proseguido sin contar con ella y el resultado era mucho más burdo y masculino de lo que ella había ideado. Para recuperar su proyecto mancillado y como una leona marcando su guarida, añadió gárgolas y angelotes en las esquinas del castillo y con eso sintió que lo embellecía y sobre todo que con esos dislates quedaban claras la impronta y la autoría de la dueña. El pastiche otorgaba un aire feérico a lo que ya de por sí era una gran absurdidad en un paisaje de palmerales. Un castillo con almenas y hasta una torre de vigía en medio de la Huasteca. Pero todos lo alabaron.

Además, había en Nueva Apolonia una iglesia, caballerizas, dependencias para el servicio. Sólo faltaba poblarlo.

En 1895 nació una niña, Frances, a la que pondrían como apodo Nena pues la ya vieja nana Rosalinda se asomaba a la cunita, extasiada y le decía «¡ay!, mi nenita, la nena». Así que con Nena se quedaría para el resto de su vida. Se habían juntado para trabajar en la casa de Harold y de Josefina la nana Ixchel y Rosalinda. Estrafalaria amalgama. Cuando nacía un niño, Ixchel le colocaba en los puños amuletos: azabache, ojo de venado, objetos sagrados para librarlo de las brujas y de las calamidades, mientras que Rosalinda hacía lo mismo con estampitas y las rociaba con agua que traía de las pilas de las iglesias para deshacer esos conjuros. Y en esas batallas de estampitas y amuletos las mujeres se disputaban su reinado en la covacha.

A la niña Nena le siguió en 1896 un varón de nombre Joaquín, que llegó el mismo mes que lo hacía el cine a México. Porfirio Díaz se había maravillado con el invento de esos franceses, los hermanos Lumière, que por medio de dos enviados habían proyectado las primeras imágenes en el Castillo de Chapultepec para el presidente, su familia y su gabinete. ¡Progreso! ¡Progreso! gritaban los adalides de la nueva era, periodistas, intelectuales, curiosos; unos al ver las imágenes de su presidente a caballo, asistiendo a desfiles o despachando con sus ministros; otros al ver aquellas otras fotografías en movimiento de apenas un minuto de duración que mostraban a un grupo de trabajadores filmados a la salida de la fábrica, o ante aquellas otras de la llegada de un tren.

—Dicen que la imagen era tan real que parecía percibirse el ruido del tren y el murmullo de los pasajeros. Me hubiera encantado verlo. ¿Cuándo podremos verlo, Harold?

—No niego que tenga una utilidad. Pero tanta novedad... No sé si vamos muy aprisa, Josefina. Calma. Ante todo, calma.

Lo que sin duda iba rápido era la camada Myagh Trápaga. En 1897 llegó otra niña.

—Ustedes me perdonarán, pero esta vez el nombre se lo pongo yo a la niña —exigió Josefina.

—¿Y cuál será?

—Elsa.

—Elsa. ¿Y por qué ese nombre, querida?

—¡Porque es hermoso! La Elsa de *Lohengrin*.

—Querida, tiene suerte de que me guste —le dijo entre risas Harold—. De lo contrario, no crea que hubiera aceptado que Wagner, además de conquistar a mi esposa, pusiera el nombre de mis hijos.

Y por último, como un regalo de fin de siglo, llegó Walter.

Como por una extraña pero, al fin y al cabo, lógica simbiosis que no pasó inadvertida para nadie, cuando Josefina volvió a la vida, la salud de Ángel mejoró. Tras aquel innombrable capítulo durante el cual se permitió la peor de las bajezas: dejar que la aflicción tomara el mando de su voluntad y abandonar sus responsabilidades, había vuelto con más brío a sus negocios. Aceptó alargar sus estancias en San Luis, porque, tal y como tuvo que reconocer, allí el dolor de pecho se apaciguaba. Si la enfermedad había supuesto en el origen un motivo de quejas y de pataleos, ahora encontraba en ella la excusa perfecta para estar junto a su hija y a sus nietos, a los que dedicaba un tiempo que jamás había dedicado a nadie, y menos a sí mismo. Había delegado en Eddie los viajes al viejo continente, pues la actividad en la Huasteca lo tenía constantemente ocupado.

Harold y Josefina se habían mudado junto a Eduardo y sus respectivas familias a los apartamentos situados sobre el Palacio Mercantil, frente a La Lonja. En la primera planta estaban las oficinas de Harold y de sus hermanos y las de los hijos de Denis, y en la parte superior, la casa de estilo francés como todo lo que se construía entonces. Influencia francesa también en la educación; se hablaba en ese idioma que Josefina había aprendido con Perrault y con su madre y al que se sentía muy ligada. Se copiaban los paseos y las avenidas parisinas. El tocador se llamaba *boudoir*, y las nanas, *mademoiselles*, cosa que aceptó de buen grado Rosalinda, con fiero orgullo. No así la nana Ixchel, que dijo que si la llamaban esa cosa, no volvería a poner un pie en la casa pues consideraba que los suyos, su pueblo, tenían demasiados asuntos pendientes con el francés como para que la llamaran *mamuasel*.

—Valgan los españoles —refunfuñaba—, ¿pues acaso no tenemos la misma lengua? Pero el francés... Por mis muertos. Yo ya elegí mis dueños.

Josefina organizaba en sus apartamentos tardes de literatura y Harold reunía en ellos a los hombres políticos. Ella orquestaba tardes de tresillo y de malilla, o de ópera, durante las cuales sonaban Verdi, Rossini, Wagner, Puccini, los grandes, ¡los inmortales!, pregonaba Josefina, que no dudaba en interpretar sus arias favoritas cuando la audiencia se lo pedía. «No hay ninguna como *Gianni Schicchi*», afirmaba Ángel cuando de vez en cuando se dejaba caer por una de esas veladas. ¡*Norma!*, replicaba su hija, y les pedía a los músicos (muchas tardes contratava orquestas o cuartetos) que tocaran para ella «Casta diva», adoraba esa pieza, y si al llegar al final del aria consideraba que había estado digna de la diosa de la luna, se soltaba el prendedor del moño mientras entonaba con toda la fuerza y arrobo de los que era capaz «*queeella paaaaace!*», dejando que su larga cabellera cayera sobre sus hombros para mayor fascinación de la audiencia.

Josefina cantaba mientras Harold y los suyos complotaban en los salones. Ella encontró allí a un grupo de admiradores incondicionales y cayó en el pecado de la pequeña vida de provincias donde a veces el deseo de enterarse de la vida ajena puede convertirse en el alimento de la sangre. No es que Josefina fuera amiga de los chismes, no le atraían especialmente las vidas de los otros, con la suya le bastaba y le sobraba, pero terminaba por enterarse de cuanto sucedía; era como si ella, por su actitud entre discreta y altiva, no estuviera en el centro de todo pero a la vez fuera la mano invisible que todo lo movía. Acababa conociendo los líos y enredos de unos y de otros. Y los usaba a su conveniencia. Lo mismo hacía Harold a su manera y en lo que respectaba a lo suyo. Lo suyo era, por decirlo de una manera muy resumida, el orden. El orden de las cosas. Aquel orden que tanto los beneficiaba. Había que mantenerlo y para ello era necesario saber qué pasaba en los despachos y allí donde fuera que se fijaba el poder. Pero también había que saber

qué pedía el pueblo, conocer el alcance de sus demandas era tan importante como saber dónde estaba la medida correcta a la hora de responder a esas demandas.

En 1897, la familia Myagh recibía en el Palacio Monumental la visita de William Kennings Bryan, competidor de McKinley en las elecciones para la presidencia de Estados Unidos. Lo importante, repetía Dionisio, que había tomado las riendas de los negocios tras la muerte de su padre, por ser el mayor de los hijos de Denis y porque su hermano Richard (igual de mayor, pues no olvidemos que eran gemelos) no estaba por la labor de hacerlo, más ocupado como estaba en seguir la senda de su padre a su edad, lo importante decía Dionisio, buen pupilo también de la escuela de su padre, era atender a todos. Estar bien con todos pues no se sabía hacia dónde soplarían los vientos, y si algo había claro era que éstos siempre cambiaban y era mejor saber apuntar la veleta en la buena dirección.

—¿Y cuál es la buena dirección, querido Dionisio?

—Eso nunca se sabe. ¡Depende de tantas cosas!

11

El periodo de 1890 a 1910 fue el de los últimos años de ese reinado de pacífica prosperidad para muchos. Tampico pasó de contar con una población de ocho mil habitantes a tener cerca de veinticuatro mil. Se construyeron bibliotecas y asociaciones culturales. La política y el arte empezaban a emanciparse de las clases acomodadas. El mundo se expandía. Las ideas también. Y el orden impuesto estaba a punto de estallar.

Lo hizo primero en España, en 1898. Por primera vez se enfrentaban los intereses de Estados Unidos y de España. Entre el país en el que había nacido la generación de los Myagh, y el de la sangre que llevaban Ángel y los suyos en sus venas.

Ángel no dudó a la hora de afiliarse: no se afilió a ningún bando y prestó ayuda a ambos. Pero en ese difícil y delicado juego de intereses, no olvidó que España era su patria. No buscó participar activamente en el conflicto, pero no vaciló a la hora de prestar su ayuda cuando se le brindó la ocasión o cuando se le cruzaba (cosa del destino) la obligación de hacerlo. Con unos o con otros. Desde esa posición de aparente neutralidad, afianzó sus contactos con empresas estadounidense ávidas de crecer a costa del conflicto, a la vez que se extendía su fama de ganar favores para la Corona española dando ayuda a los marinos españoles durante la guerra entre Cuba y España, por ejemplo. Por esa y otras hazañas, la reina regente doña María Cristina le otorgó la Cruz de segunda clase del Mérito Naval que le fue impuesta en una ceremonia solemne en la cual vistió el traje de gala y sobre su cabeza un penacho de plumas como el del rey de su infancia. Se le había afilado aún más el rostro y ahuecado las mejillas, lo que bajo el peso del uniforme le daba un aire todavía más grave y digno; el pastor del valle de Soba aguantaba el boato y las galas con la ligereza de quien lleva toda la vida soportándolos. Todos los Myagh asistieron al acto, tomaron las primeras filas en el deslumbrante cortejo que parecía el de un emperador recuperando el trono que nunca debió haber perdido. Una cosa era que los países anduvieran en guerra, y otra que en la familia no se demostraran las filiaciones de la sangre. Hasta en los momentos delicados, o sobre todo en ellos, había que mostrarse más unidos que nunca. Y es condición de casi todas las familias que lo que se ve desde fuera no es nunca lo que sucede dentro. Porque si bien ese día los abrazos y las sonrisas estuvieron en perfecta consonancia con la grandeza de la condecoración, en absoluto lo estaban con su nobleza; los mismos que se fundían en halagos hacia el laureado pariente sabían que éste no podía soportar a la mitad de los Myagh que le tendían los abrazos, a los que acusaba de ineptos, «una generación de zánganos chupafortunas, casi todos». Y sólo por pura conveniencia, el laureado siguió representando escrupulosamente y al pie de la letra, con la mayor de las pulcritudes, su rol de anfitrión en aquel teatro de las cordialidades.

Poco tiempo después, Harold entró en política. Lo hizo como diputado suplente por el Partido de la Capital que se formó en 1901, año en el que también se fundó el partido Liberal Mexicano tras haber sido desmantelados, por orden del gobierno, los clubes liberales de San Luis Potosí.

Eran años de cambio. Y en los que parecía que la vida política y social seguía esa inercia tan vigorosa como arriesgada del «queda todo por hacer». En 1902 se fundó, con una aportación inicial de un millón de pesos, el Banco de Tamaulipas del que Ángel fue presidente. Y a mayor cantidad de negocios, mayor necesidad de que el progreso se institucionalizara, en eso estaban de acuerdo las sociedades potosina y tampiqueña, había que mantener un microclima beneficioso para alimentar y sostener la máquina del progreso. Tampico bullía de actividad, se mantenían relaciones comerciales con países como Holanda, Japón o Hungría, y la ciudad no tardó en inaugurar su Cámara de Comercio. Las exportaciones seguían siendo el motor principal de la economía; del puerto de Tampico salían caña de azúcar, maíz, arroz, legumbres, hortalizas, naranjas, coco, plátano, limones, mangos, aguacate y membrillo. Había que seguir acometiendo políticas reformadoras de calado nacional, pero también regional, y los porteños lo hacían desde esas instituciones que defendían asuntos menores pero nada baladíes para sus negocios, como mantener el calado profundo del río Pánuco para llevar la mercancía al interior.

Ángel lograba mantener un delicado equilibrio para manejar sin contrariedades, o con las menores, los distintos asuntos de su vida. Seguía sus negocios al pie del cañón, sin desatender un solo asunto, por nimio que fuera. Siempre con Eddie a su lado, la única persona que se hubiera jactado de saber cómo era don Ángel Trápaga si aquello le hubiera interesado. Eddie había logrado, por fin, que ya nadie le preguntara por una familia que nunca formaría. Su familia eran las calles, los despachos, los salones y los clubes, y si tenía que tener un nombre, tenía el de los Trápaga. Eddie era el mejor socio que Ángel podía haber soñado, tan leal a él como poco apegado a los trasuntos de los negocios sobre los que Ángel gobernaba sin que nada ensombreciera la relación. Ni una disputa entre ambos, el carácter de Eddie no estaba diseñado para ellas. En el ejercicio de ese equilibrio casi perfecto, Ángel no desatendía los actos cardinales de la vida social que su esposa y su hija le imponían y aún le quedaba tiempo para refugiarse en su espacio privado: sus habitaciones, todas similares, siempre limpias de objetos, tanto que el vuelo de una mosca operaba allí como un intruso estridente, era un orden monacal y perfecto, el único lugar en donde el tiempo para él tenía un valor real y la consistencia densa del mercurio, la única apta para la reflexión. Sólo retirado en sus habitaciones podía meditar sobre sus próximos pasos, sus siguientes batallas, porque hacía tiempo que se había quitado, ¡y por fin!, la fea costumbre de volver al pasado. El pasado era tiempo ido y la mera idea de pensarlo le asqueaba, él y las personas como él, de las que dicho sea de paso apenas conocía a un puñado, sólo podían y debían permitirse pensar en el tiempo que estaba por venir.

Su hijo Ángel había vuelto a la casa familiar tras pasar gran parte de su vida fuera de ella. Había trabajado durante varios años en distintos hospitales europeos y norteamericanos para mejorar su formación. La estancia más brillante la hizo junto a un afamadísimo cirujano de Nueva York que confirmó al padre que había hecho bien en dejar que su hijo no se dedicara a los negocios y sí a lo que sin duda era su vocación. Una vocación que ejercería con brillantez. Tras la estancia en Nueva York, durante la cual el joven se albergó en el Hotel Waldorf, volvía a Tampico con la idea de abrir un hospital en el que atendería a quienes pudieran pagar y también, y sobre todo, recalaba, a quienes no. «Es una idea peregrina, hijo, pero si te hace feliz, te la

ganaste», le había dicho Ángel cuando su hijo le contó su proyecto y le pidió el capital para llevarlo a cabo. Se iba a casar con una mujer inglesa que había aceptado de buen grado ese cambio de país y las ideas algo socialistas de su millonario esposo. Pero todos esos bellos y convenientes planes tendrían que esperar. El joven Ángel llevaba años dedicado a los estudios, trabajando sin apenas tiempo para otra cosa que no fuera la medicina y tenía una cuenta pendiente. Consigo mismo y con un país: Egipto. Adoraba la «ruinología» como le decía cariñosamente su hermana Josefina, quería ver los templos, las pirámides: Guiza, Karnak, el Partenón, y esa maravilla de Abu Simbel, que era la joya de las joyas, según le decían sus compañeros de la Royal Geographical Society. Y de paso, como le explicó a su prometida y a sus parientes, le vendría bien cambiar de aires antes de internarse en un proyecto tan ambicioso como el de dirigir un hospital y en otro tan esencial como el de crear una familia. Egipto era un destino deseado, o más bien un deseo pertinaz, que lo acompañaba desde hacía muchos años. Se lo había ganado.

—Aprovéchate de tu soltería, hermanito —lo animaba Josefina—. No tendrás la suerte que yo he tenido con Harold. Ésa te amarrará de pies y manos. No hay más que verla. Vete. Vete ahora. O ya no lo harás.

—Eres cruel, Josefina. Susan no me ha amarrado, ni lo hará. O no menos de lo que tú a Harold.

Lo que nadie podía imaginar era que Egipto lo fuera a amarrar hasta quitarle la vida. Firmando su sentencia de muerte. A su regreso en Tampico, cinco meses más tarde, unas fiebres tan inesperadas como indeseables, ¡atrocés hasta el pecado!, maldecía Modesta, se lo llevaron a la tumba.

—Al menos regresó a tiempo y murió entre nosotros —repetía Josefina para consolarse y de paso hacer lo mismo con su madre que no sabía si mostrar más dolor o furia ante la desgracia; sentimientos que Josefina también compartía, pero que en su caso siempre se manifestaban convenientemente mesurados por la compostura.

—Fue ese trabajo suyo. Se lo llevó —se lamentaba la inconsolable madre ante la mirada algo apenada pero también intransigente del marido y de la hija—. Fueron ellos. Esos pobres a los que se empeñaba en ayudar... Si mi hijo no hubiera sido tan bueno...

—No diga eso, madre, no es cierto. Mi hermano era un buen hombre y eso no puede ser algo malo. Le hacía feliz ayudar a los demás.

—Sí lo era. Pero lo contagiaron esos infelices. Todo el día de portal en portal, y por aquellos barrios insalubres. Allí cogió esas fiebres.

—¿Acaso no oyó lo que nos dijeron los doctores? La fiebre la trajo de Egipto, madre.

—¿Y acaso hay allí fiebre amarilla, lo sabes tú, Josefina, lo sabes? —gemía Modesta, acunándose para mitigar la desesperación, mientras daba toques con su fino pañuelo de puntillas a su rostro, al que el tiempo había dado una apariencia de duquesa glotona. Con cada golpecito arrastraba los polvos de arroz que dejaban surcos finos en sus mejillas.

—Seguramente sí, madre. Seguramente sí. Nuestro hermano sabía protegerse. Conocía esto, no hubiera cometido ninguna imprudencia. Le digo que la fiebre la trajo de allí, madre. No lo culpe por su bondad. Ni culpe a esos pobres desgraciados de su muerte. Ellos no tienen la culpa de nada. Y le ruego que se empolve el rostro, y vigile sus humores, sólo un poco, madre. Ya sabe que a padre...

Ángel escuchaba a su mujer y a su hija sin hablar. Su infancia no le había regalado muchas

palabras, luego había aprendido cuantas pudo en los libros que había convertido en sus mejores socios, y cuanto más vocabulario fue aprendiendo, cuanto mejor supo cómo expresar una idea, más había aprendido a condensar y racionar las palabras para transmitirla. Las palabras le servían sobre todo para pensar, y si se servía de ellas en voz alta era casi siempre porque había que dar órdenes claras y hacerse comprender. Las empleaba en la medida y cantidad que consideraba que cada asunto merecía por su importancia. Pero con la muerte de su hijo, se quedó sin ellas. Vacío. Y por primera vez en su vida sintió el peso del tiempo, como si tantos años de trabajo y de amasar dinero lo ataran, y no sabía a qué; como la bola del forzado lo ata a una culpa que no acaba de reconocer como propia. Recordó las palabras de don Ignacio Silvestre: «No olvides que un día todos pensarán que no sabes hacer otra cosa que ganar dinero para ellos, chico». Pero no se trataba de eso. ¡Claro que Modesta lo había manejado a su antojo con sus caprichos! Y también su hija. Pero por encima de las intenciones y de las exigencias de ellas estaba él. Él que aceptaba ese juego y toda su voluntad puesta en el platillo de una balanza no hubiera pesado lo suficiente para dar razón a esa realidad. No, no eran ellas las que lo habían empujado a amasar su fortuna, a desear más y más. Él era el único responsable de esa obligación, era él el único que se exigía ganar siempre un poco más. Porque no había programado otra vida que no fuera ésta. Y ahora que ya no estaba su hijo se hacía más evidente esa realidad, porque tenía que reconocer que en ningún momento de su vida había pensado en su vástago como en su sucesor, como sí hacía la mayoría con los suyos. Por eso no le importó que Ángel quisiera ser médico, una profesión que a pesar de sus recelos admiraba en la misma medida en que la execraba cuando la necesitaba para sí. Su exigencia y su ambición nacían con él y vivían con él, y tenía que reconocer que con el curso de los años, de pensar en alguien como su sucesor, había acabado por hacerlo antes en Harold que en su propio hijo. No se culpaba por ello, no era difícil entenderlo y era de ley reconocer que su yerno acabó teniendo más madera de negociante no ya que su hijo, sino que muchos otros que se vanagloriaban y pavoneaban de logros que para él no pasaban de migajas, el resto de los restos que él hubiera dejado en el camino, pues el acto mismo de recogerlos lo único que hacía era dar la medida de la carencia de perspectivas de quienes se agachaban para sumarlos a sus conquistas. Si a alguien tenía que culpar de lo que ahora le oprimía de nuevo el pecho, de tener que arrastrar de nuevo esa pesa letal que en algunos momentos de su vida lo lastraba, era a sí mismo. A su ambición. Y se dio cuenta de que en ese momento era su corazón de padre el que le había robado las palabras, y que a quien echaba de menos no era a su sucesor, sino a su hijo. Lo quería. Lo había querido. Es más, quería a sus hijos como a nadie. Ellos nunca le habían impedido seguir con lo suyo, no le habían echado jamás en cara que trabajara sin hacer otra cosa. Deslizó el índice y el corazón entre el cuello y la camisa y aflojó el nudo de la corbata, las pequeñas gotas de sudor parecían estar ahí para mostrarle irremisiblemente el miedo atroz que sentía a perder a alguno más de su familia. Pero ¿acaso podía él algo contra eso? ¿Acaso estaba en su poder controlar los destinos de los demás? Se dijo que no. Y como hacía tiempo que había perdido toda esperanza de renacer en el más allá, de aspirar tras la muerte a algo que fuera mejor que esa vida terrenal que tanto le gustaba, se ancló todavía más a la tierra y juró que mientras tuviera un pie en ella y hasta su último soplo de vida, seguiría haciendo lo que sabía hacer. Si la vida no hacía más que castigar quitando a su antojo, arrebatando según sus intocables e inclementes leyes, al menos quedaba algo en lo que él podía manejar las riendas: los negocios. En ellos siempre podría encontrar el consuelo de volver a recuperar lo perdido. La tiranía de los negocios no era tan irremediabilmente cruel como la de la vida. No podría sobreponerse a la muerte de su hijo, y ésta era su debilidad, pero mientras

siguiera con vida podría capear esa inevitable e infame realidad trabajando más, produciendo más. Había que roer el hueso hasta el tuétano. Y para matar la pena que lo corroía, sacó fuerzas para pensar que le quedaba mucho por hacer. Tenía setenta años, tenía que esforzarse por mantener la espalda erguida y su potente voz de mando se iba resquebrajando al final del día, pero se repuso del duelo con la garra y con el brío de un jovencuelo que vislumbra ante sí una vida generosa y siente que hay muchos modos de exprimirla y de vivirla.

Modesta y Josefina sufrieron de un modo muy distinto la pérdida de su hijo y hermano. Se dice que para una madre no hay peor dolor que ver morir a un hijo, que es algo antinatural y que por eso está fuera de nuestra comprensión. Pero era algo que lleva sucediendo por los siglos de los siglos. No lo hace menos doloroso, ni menos aceptable, pero tampoco le quita un ápice de verdad a esa realidad. Digamos entonces que Modesta sufrió y que lo hizo como una madre, pero digamos también que la vida tiene salidas para todos. Hasta la muerte del suicida es una salida, por desesperada que sea; la más terrible, pero cuenta. Si Ángel para vencer lo invencible se agarró a la tierra, Modesta hizo todo lo contrario, entró en un grado de comunión con Dios tan alto que se sintió bendecida con una paz nueva que le permitió seguir adelante. Con resignación, ella que jamás se había resignado a nada.

En cuanto a Josefina, canceló sus visitas y sus tardes de sociedad, más por compostura y por cierta apatía que porque tuviera el verdadero deseo de hacerlo. En realidad, deseaba evadirse, y la única manera que conocía para hacerlo tenía que ver con las fiestas y actividades con las que hacer pasar y dar valor a las horas y a los días. Harold, que la conocía bien, no permitió que guardara el luto por el hermano mucho tiempo. Además, tenía miedo de que a su esposa la asaltaran de nuevo los demonios que la rondaron cuando la muerte del hijo. Se la llevó de viaje y a su vuelta, esta vez sin que la complicidad de la nana Ixchel fuera determinante, la animó a recibir de nuevo, cosa que ella hizo sin queja alguna, manteniendo en todo caso cierto aire de tristeza que no era fingido pero que le sentaba muy bien y que la llevó a interpretar nuevas arias ante sus convidados con una hondura que todos supieron loar.

Josefina observaba a su padre más de cerca que nunca. Sabía que ese ímpetu suyo por trabajar, por atender a éstos y a los de más allá, era su manera de sobreponerse a la pena pues ella misma había pasado por aquello. Pero por primera vez en toda su vida presintió que su padre era también vulnerable. Y también por primera vez pensó que su poderoso y granítico padre podría faltar un día. No era inmortal, y darse cuenta de ello la acercó más a él, arte en el que era una maestra pues sabía hacerlo guardando unas distancias que sólo ella conocía y dominaba mejor que nadie.

Mientras se sucedía ese tiempo de duelo y de alboreas en la familia Trápaga, las revueltas en el país empezaban a ser algo más que pequeños acontecimientos puntuales que se sofocaban con buen tino y mando en plaza. Las huelgas ferroviarias estaban a la orden del día. A ellas se sumarían las de los mineros y las del textil por el resto del país. Harold viajaba sin cesar para sofocar aquellos conatos y para reunirse con los cabecillas. Volvía agotado y preocupado, pero Josefina no quería saber nada de los tumultos y él tampoco insistía en administrarle los detalles. Al fin y al cabo, era una mujer y las mujeres no tenían por qué preocuparse por la política, sólo lo hacían algunas alborotadoras, esas insoportables, histéricas y vulgares agitadoras de las masas que estaban saliendo a las calles pidiendo a saber qué derechos. En cuanto a su suegro Ángel, era

evidente que andaba menos atento a los problemas sociales y políticos, inmerso como estaba en una racha de trabajo que siempre lo mantenía de un lado a otro. Sólo Josefina sabía que el ansia de su padre por estar en todas partes era proporcional al malestar que sentía apelmazado en su corazón.

Harold vivía, por primera vez, como si la vida avanzara en dos hemisferios que no se tocaban. El de los negocios y el de su casa. El primero tenía que capearlo con una mezcla de diplomacia y de mano dura que le exigía tanto esfuerzo que terminaba agotado, en el segundo se dejaba conducir por su mujer, lo que le proporcionaba un placer y un descanso infinitos. Josefina se apuntaba a todo cuanto acontecía en la ciudad. ¿El Consulado francés organizaba una gran conmemoración por la Revolución francesa? Ahí estaba su mujer, Joséphine, como la llamaba el cónsul, al que ella explicaba que se llamaba así por su abuela. «*Votre grand-mère?*» «Sí, por mi abuela y por ya sabe...» «*Oh oui! ¡Ella! Bien sûr madame!*, la nuestra, la Beauharnais» Y Josefina, como reparando la lejana injusticia cometida contra ella por sus compañeras del colegio, cantó ese día *La Marsellesa*, como si fuera el orbe entero quien la escuchara, y la remató con *La Jamaica*, con la que el cónsul decretó que se abría el baile.

¿El Obispo Montes de Oca ofrecía una cena al nuncio apostólico monseñor Serafini para su memorable visita a San Luis? Ahí estaba Josefina deleitando a todos con el aria de «Las joyas» de *Fausto*. Al día siguiente, los periódicos dedicaron una página completa al acontecimiento, y no dejaban de alabar la conmovedora y bella voz de doña Josefina Trápaga, tan bella como las joyas que lucía su pecho. El nuncio había pedido que la sentaran a su derecha en la cena y durante toda la velada hablaron en la lengua del prelado, el italiano. Era la lengua del papado, pero también de los artistas, y Josefina lo era, ¿o es que alguien lo dudaba?

Ese año Josefina fue reina del Torneo de los Juegos Florales; era la primera vez que una mujer casada recibía semejante privilegio. Y 1904 fue también el año de la Exposición Universal en San Luis que llenó de recepciones y de galas la casa del señor y la señora Myagh.

El país bullía, sí. El desarrollo mostraba su doble faz, los brillos y las sombras. La de los que trabajaban desde despachos y mataban los días en fiestas, y la de los desposeídos, los que servían con su trabajo para avivar las calderas de la producción y que acababa en fiestas muy distintas, sin sedas ni tules.

Los hijos de Denis iniciaron las obras del Palacio de Cristal, un edificio de cuatro plantas de un estilo ecléctico que mezclaba el clasicismo y el romanticismo, y cuyas obras supervisó Eduardo. Se construyó sobre las ruinas del convento Beaterio de San Nicolás, lo cual fue un escándalo para la iglesia y cayó como un mazazo en los ambientes más recalcitrantes de la sociedad conservadora; escándalo que sus propietarios acallaron donando la torre norte de la catedral que se inauguró con una misa oficiada por el obispo Montes de Oca y que contó con la presencia de las autoridades políticas y eclesiales. El nuevo y controvertido edificio iba a ser la nueva sede de despachos de los Myagh y Eduardo no escatimó en nada. Se reservaron las mejores plantas para sus despachos y rentaron otros tantos por la cantidad de treinta mil pesos al año, un elevado precio que se justificaba por los servicios gratuitos que se ofrecían: agua, luz, y lo más novedoso, ser el primer edificio de San Luis con ascensor.

—Es un invento fabuloso —decretó Eduardo—, permite ascender con mayor rapidez, pero con mucho menos esfuerzo.

Josefina adoraba el campo, pero la Huasteca quedaba lejos y a Nueva Apolonia sólo se iba

para pasar largas temporadas. Y así fue como, en 1904, Harold se lanzó a comprar un terreno con la ayuda de su consuegro Ángel en lo que se llamaba la Huerta de San José, en las afueras de San Luis, tierras de labranza con varios bosques que usarían como finca de recreo. Allí organizaban partidas de caza o iban simplemente a pasar el día, a respirar el olor de las acacias mientras una corte de sirvientes montaba mesas para los picnics y colocaba manteles de hilo sobre la tierra alberada que también servía para disponer los cuadros de liebres, vizcachas, gatos monteses, zorros, perdices y otras presas abatidas durante las cacerías.

Mientras, Ángel seguía adelante con su idea de financiar nuevas prospecciones en las tierras de El Naranjo que se manifestaban aún estériles; el valioso mineral no daba la cara y Eddie perdía la paciencia. «Lo haré, lo haré», repetía Ángel entrecerrando un poco los ojos, con un gesto que usaba a menudo y que traslucía que no pararía hasta dar con lo que deseaba. Ya era un secreto a voces que la Mexican Petroleum Company se había instalado en los terrenos de la Hacienda del Chapacaco, al norte del municipio de Ébano. Las prospecciones habían dado fruto allí, ¡a muy pocos kilómetros!, se había perforado el pozo de La Pez del que se extraían mil quinientos barriles diarios. Pero hasta que esa suerte le llegara a él, Ángel no perdió el tiempo y tampoco la ocasión de no dar lugar a habladurías sobre su posible fiasco con lo del petróleo, así que aprovechó un nuevo filón para expandir sus negocios y apaciguar la alarma entre sus socios y cierta desconfianza que intuía que podía poner en solfa su autoridad. Por casi todo el país se había desatado una fiebre por adquirir terrenos tan poderosa como irreflexiva, o así lo era a su juicio, y en 1906 la especulación estaba a la orden del día. A México llegaban todos los días americanos que compraban y vendían tierra, y Ángel no desaprovechó la ocasión para invertir en tierras que, cuando la ciudad creciera, tarde o temprano se poblarían, según pregonaban unos y otros. Ángel no creía del todo en esas predicciones entusiastas, pero la tierra era una ganga y si los otros andaban aún pensando en cómo construir o cuándo construir, su interés iba siempre por otra vía, en este caso en cómo llevar hasta allí a los moradores. Dar pábulo a la posibilidad de que hubiera petróleo, hacer crecer el rumor se le antojaba el mejor y más eficaz modo de hacerlo, pero lo haría en el momento adecuado.

Mientras, Harold se iba inmiscuyendo en la política, al mismo ritmo lento al que aumentaban sus diferencias con su familia.

—Estás perdiendo el tiempo. No llegarás a ninguna parte. O sí. Pero no te gustará. Y menos a la familia. No nos metas en ello, te aviso. Nunca hemos mezclado negocios y política —le reprochaba Dionisio, el buen y fiel discípulo de su padre.

—El Partido Liberal Mexicano gana adeptos cada día, por si no te has enterado, Dionisio. Y pretendéis que en esta familia nos quedemos todos de brazos cruzados. Claro que tampoco sabrás que se ha presentado en Saint Louis el programa del partido en el exilio. Y para tu información, es un compendio de ideas progresistas execrable.

—Y debo agradecerte las informaciones, supongo.

—Sí, eso deberías hacer. Todos. Agradeced que al menos haya alguien en esta familia que os mantiene informados de la realidad.

—La realidad es levantarse todos los días e ir a trabajar, Harold. Es vigilar los negocios. ¿En qué nos puede beneficiar aliarnos con unos y dejar de lado a los otros? No te comprometas mucho, primo, hazme caso, nunca sabes hacia dónde se inclinará la balanza mañana, y todo apunta a que no será siempre hacia los de tu bando a no ser que estés dispuesto a cambiarlo.

—No tienes escrúpulos, Dionisio, a veces me das pena.

—Y está claro que tú no sabes nada y que no aprendiste nada de lo que nos dijo mi padre.

En 1907, la exportación de Tampico representaba el treinta y seis por ciento de la exportación nacional; ¡un tercio de la exportación nacional saliendo de un territorio proporcionalmente diminuto!, era como para mantener a raya los delirios si uno no quería sucumbir a sus estragos. A los comercios tradicionales de Tampico se habían unido otras grandes casas como La Palma o La Barata o el almacén de ropa Los precios de México, cuyo dueño era Luis del Olmo, uno de los pocos amigos que se permitió tener Ángel. La competencia era feroz, pero ninguna de esas casas tenía el sello y la solera de El Comanche, Ángel había querido mantener funcionando la casa de abastos como si, a pesar de todo, y a pesar de sí mismo, quisiera salvaguardar un pedazo de su pasado, un asidero para no olvidar de dónde venía.

Harold asumió la presidencia de La Lonja en 1907.

—Ésa es la mejor política que puedes hacer, querido Harold. Mantente ahí mucho tiempo. Harás un gran trabajo y al menos tus opiniones serán respetadas y tenidas en cuenta —lo felicitó Dionisio.

Y aunque a Harold le molestó la frivolidad y la incapacidad de su primo para involucrarse con ningún compromiso que no tuviera asociada una cifra, algo en serio debió tomarse su mordaz consejo pues renovarían el mandato en 1910 y en 1914.

La ciudad de San Luis seguía creciendo. Se había trazado el nuevo recorrido de la calle Real de Tequisquiapan, cuya reforma se llevó a cabo con la idea de convertirla en un gran bulevar como el de la Reforma en México, de estilo francés. Incorporaría el barrio a la ciudad y se llamaría Avenida de Carlos Díaz Gutiérrez. Con la construcción del bulevar comenzó la de las quintas, la de Olavarría, la de Muriel, la de Barrenechea, que quedaba justo frente a la de los Myagh a la que dieron el nombre de Vistahermosa porque se veía toda la sierra de San Luis. Y era una belleza.

En 1909 empezaron las obras del que sería llamado Palacio de Vistahermosa. La casa se edificó con la piedra gris de la cantera de Guanajuato. Tenía un patio central, un gran salón, comedor, cocina, despacho y una sala de billar en la planta baja. Arriba, ocho habitaciones.

Era una quinta de recreo y tenía que permitir a sus huéspedes emplear las horas entretenidos en las más variadas actividades, para lo cual se construyeron una cancha de tenis, caballerizas y la primera alberca de la ciudad, con muros de piedra rajuelados recubiertos de pintura vinílica y de mosaicos hidráulicos verdes de la fábrica de Mosaicos Stevens. Pero la presencia del agua no se había limitado sólo a la alberca, en el jardín Josefina mandó excavar un gran lago bordeado por una balaustrada de piedra, a lo largo de la cual había bancos de sillería para descansar durante el paseo. En su centro se alzaba un templete o quiosco que parecía más bien un enorme pedestal para sostener la estatua, una réplica de la Venus de Milo orientada hacia la casa. Una cenefa con conchas de sillería remataba la bóveda y una gárgola en forma de cabeza de lobo escupía un chorro de agua. Había también, en un costado del lago, una *grotta*, réplica de la de Lourdes de la que se había encaprichado Modesta, que pocos caprichos tenía desde que la muerte la rondara, por lo que se le otorgaban todos y cada uno de ellos con devoción; la misma devoción con la que ella esperaba que se le apareciera santa Bernadette porque, ¿acaso no era idílico el lugar escogido para su gruta?, ¿no era mucho más bonita que la de Francia? Para rematar su chifladura, se hizo confeccionar por las costureras una túnica blanca con el manto azul celeste de Nuestra Señora de Lourdes, y todas las tardes la colocaban ante la gruta, vestida de esa guisa en

un sillón orejero de paja forrado con almohadones para contener sus enormes posaderas. Y así, rosario en ristre, con el gesto beatífico y la dignidad de los iluminados, esperaba cada tarde que se le apareciera la pastora.

Muchos años después de los festejos celebrados con motivo de la inauguración de Vistahermosa, los ilustres potosinos siguieron contando y aderezando con mil anécdotas las mieles de aquel día. ¡Y los músicos! Los músicos instalados en el quiosco del lago, tocando las piezas más exquisitas mientras los invitados remaban en sus barcas rodeados por patos y cisnes. ¿Quién podía olvidar aquello? Era lo más bucólico y delicado que se había visto por aquellos parajes. Pero nada comparable a la fabulosa estampa de la proveyta señora de Trápaga vestida de Virgen, sentada en su silla engalanada de terciopelos, mirando al cielo con imperturbable cara de inmolada que se arrancó a cantar el *Ave María* de Schubert mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas que parecían de cera. Había visto, por fin, a la niña Bernadette.

—Hijos, ya podéis estar tranquilos si me muero —les dijo con el semblante pálido y una voz extrañamente sumisa, mientras la acompañaban a la habitación.

Para poblar el jardín de Vistahermosa, Josefina había querido mezclar las plantas autóctonas con las especies más raras y variadas. Para estar rodeada de lo que ya había por todas partes, decía con una pereza muy distinguida, no hacía falta construir un palacio ni un parque como el que aspiraba a tener ahí. Se plantaron árboles del Perú y mezquites. Y casuarinas o árbol de Comala. Se trajeron palmeras de Yucatán y de México en barco hasta Tampico y en tren. Y cientos de especies de rosas, un gran jardín de rosas traídas de Inglaterra y de Francia para Josefina.

Los suelos de la casa eran de mármol de Carrara gris veteado y en ciertas zonas se alternaban con el mosaico hidráulico. Las maderas eran casi todas de caoba. Plafones, yesos, rosetones y frisos decorativos ornaban techos y cornisas.

De nuevo había sido el arquitecto Henry Guindon quien puso en esa casa todo el *savoir faire* que iba adquiriendo con los años, gracias entre otros a los Myagh, los perfectos clientes que cuando construían para ellos lo hacían como si el dinero sólo tuviera el valor exacto del precio de sus caprichos. Guindon había confiado en el maestro Florentino Rico para los trabajos de cantería simplemente porque era el mejor en su profesión. Obedeciendo al eclecticismo neoclásico afrancesado que imperaba en la arquitectura de la época entre la alta sociedad, el palacio estaba rematado por ángeles en altorrelieve, cariátides y atalantes, y mascarones en forma de diablos. El comedor era la pieza favorita de Josefina, había mandado construir una gran *bay window*, a la inglesa, donde colocó su piano y donde solía sentar a los músicos para que tocaran durante los almuerzos en que recibía a sus invitados. Josefina repetía cada vez que lo creía necesario, y era a menudo, que las sonatas de Beethoven sonaban de una manera completamente distinta en ese lugar debido al eco acristalado y al verdor del jardín que se colaba por los grandes ventanales.

En la escalera se colocó una gran alfombra persa en color cian con una greca dorada. Había cuadros, sobre todo religiosos: de san Nicolás de Bari, san Mateo, san Felipe. Y porcelana de Limoges. Y hubo que encargar, por supuesto, retratos de la familia para presidir la entrada, o el *hall*.

Compraron muebles *Art Nouveau* y, en Ashberry Philip & Sons, en Sheffield, la plata, a la que grabaron el *crest* o escudo de los Myagh, que como el de los Trápaga (que Josefina mandó

bordar en manteles y sábanas), también constaba del águila bicéfala. Una mirando al pasado lejano y la otra al futuro infinito, se decía que significaba. Lo que daba lugar a la única broma que salió de boca de don Ángel, recurrentemente lanzada con mucha seriedad a los invitados: «¿Cuál de las cabezas cree usted, don Pedro, que es la de los Myagh, y cuál es la nuestra?».

12

En junio de 1910 Porfirio Díaz se hizo reelegir en contra de los Antireeleccionistas que pedían un sucesor y lo veían en la figura de Madero. Ese mismo mes, Harold volvía desde Monterrey a San Luis tras haber asistido a una reunión con el vicecónsul norteamericano, que se encontraba en la ciudad. Le llevaba documentos con los que exigir la devolución de las tierras de San Antonio de Béjar, que a su padre y a su tío les fueron expropiadas tras la guerra. En el tren viajaba Francisco Madero, antiguo compañero de colegio de Harold y padre del líder antiporfirista que viajaba preso en el tren.

—Don Francisco, le ruego que, en nombre de nuestra antigua camaradería, acepte mi hospitalidad y la de mi familia —le dijo Eduardo, que esperaba en la estación, y después de que Harold le contara el motivo del viaje de los Madero.

¡Ay, Harold enfureció! ¡Meter en su casa a ese traidor que pretendía acabar con Díaz!, arguyó ante sus familiares, reunidos en los despachos del Palacio de Cristal para tratar el asunto.

—¿Y si lo consigue? ¿No será mejor que recuerde quién lo ayudó?

—Un hombre que atenta contra sus propios intereses, Dionisio. Redistribución de la tierra. ¿No lo has oído?

—Mira, Harold, sé bien que pide redistribución. Pero no osarán tocar nuestras tierras. Será un ten con ten, entiéndelo. Lo otro es lo que me asusta. Lo estás viendo. Las revueltas continuas. ¿Crees que no se está armando esa gente?

—¿Cómo no voy a saberlo si soy el que habla con ellos?

—Madero es la mejor solución dadas las circunstancias, Harold. No seas terco, te lo ruego.

—Dadas las circunstancias, la mejor solución es que Díaz gobierne con mano dura y que Corral se dedique a poner orden si quiere sucederlo. No cuentes conmigo para dar cobijo a la familia de un traidor, Dionisio. Ni vosotros tampoco —dijo, mirando a su hermano Eduardo y a sus primos—. Acabaremos por poner casa y mantel a ese Cedillo y a los suyos.

—No lo haremos. Al menos ahora. Pero no menosprecies nunca a quienes tienes enfrente, Harold. Es tu gran defecto. Nunca sabemos dónde nos los encontraremos.

Los Myagh albergaron en el Edificio Monumental, y entre un gran secretismo, a la familia Madero mientras estuvo preso el que sería futuro presidente de la república.

Y por si alguien hubiera puesto en duda su apoyo leal al gobernante, Harold y Josefina fueron invitados por Porfirio Díaz y su esposa doña Carmen Romero Rubio a las fiestas del Centenario de la Independencia en la ciudad de México a las que acudieron saludando con más brío que nunca, como si esos efusivos saludos fueran una manera de dilatar su presencia y sus

apoyos. Y su rechazo al traidor.

El 5 de octubre Madero lanzó al país el plan de San Luis que declaraba nulas las elecciones y que abogaba por restaurar a sus primitivos propietarios, en su mayoría indios, las tierras de las que habían sido despojados por los tribunales por medio de la ley de terrenos baldíos. Era una llamada a las armas, pero quien la hacía no era del todo consciente de que las armas llevaban tiempo calentándose en manos de los revolucionarios que habían sublevado ya a los campesinos y sólo deseaban un tiro al aire para levantarlas.

El conflicto era ya inevitable. La influencia del anarquismo y del sindicalismo revolucionario de España y de una Europa tocada por la crisis mundial traía ideas que viajaban por el país desde hacía tiempo y éstas habían encontrado buen cobijo en las cartucheras de Zapata y Orozco en el norte y en el sur. Por la parte Atlántica, habían entrado por los puertos de Veracruz y de Tampico. Cuando Díaz y Madero quisieron ver lo que venía ya fue tarde. El primero marchó al exilio, al segundo lo asesinaron, y el país quedó en manos de la anarquía.

—Ni para ti ni para mí, querido Harold. Al menos ahora estamos de acuerdo en que esto que tenemos es lo peor.

Sólo Nena, la primogénita de la camada de los Myagh, parecía alegrarse de la situación, la «revolucionaria de salón» —como empezaron a llamarla los suyos con cariño—, porque a la joven le parecía que defender todo lo que tenía tintes de causa justa era la causa que «había que defender». A sus dieciséis años, Nena era mucho más que guapa. Era bella desde el dedo meñique hasta el último mechón de su pelo caoba. Los ojos claros, el pelo cortado a la moda de los años veinte que ella anticipaba, y que despejaba un cuello perfecto, como sea que son los cuellos perfectos. No había heredado la boca de piñón de su madre, sus labios eran finos y bien trazados, parecidos a los de su abuelo Ángel de no ser porque eran el prototipo perfecto de lo que entre los Myagh se conocía como el labio irlandés, y ¡ay cuando reía! los labios eran únicos, hechos a medida para su rostro, la pulpa escondida nacía de la boca y como por el efecto de la carne inflada el labio superior se levantaba y crecía por los costados, emergía de ese estallido un rosa indefinible que dejaba a la vista unos dientes hechos para esa sonrisa. Era tan preciosa como inteligente y rebelde, pero su rebeldía acabó siendo un atributo de su belleza y de su atractivo, de modo que todos le toleraban sus excentricidades porque en su interior pensaban que tanta belleza tenía derecho a su imperfección y que incluso le quedaba bien.

—Lea, lea usted mismo lo que dice la prensa, padre: «¿Qué dirán los Myagh y el obispo Montes de Oca?». ¿Se da cuenta, padre? Censores de la moral. Eso se supone que somos en esta ciudad. Me da vergüenza pensar lo que dirá toda esa pobre gente de nosotros.

—Y del buen gusto, hija. Censores de la moral ¡y del buen gusto!

—No se ría de mí, padre. Hablo en serio. Censores y emparejados con ese obispo que es dueño nada más y nada menos que de la quinta Ipandro Acaico.

—¿Acaso no lo somos también nosotros de la de Vistahermosa?

—Pero ¡nosotros no somos el poder santo en la tierra, padre! ¡Nosotros no representamos a los desfavorecidos!

—No, eso te lo puedo asegurar. Pero somos los censores morales. Por algo se empieza, ¿verdad, Nenita?

Ella se indignaba todavía más y Harold se reía de las ocurrencias de su hija. Aunque tenía que reconocer que era lista. Muy lista, su Nena.

Josefina seguía con su vida entrajada, pero bajó el ritmo de sus reuniones sociales y convites. Esta vez las palabras de su esposo ya no las ponía en cuarentena. Las revueltas estaban a la orden del día, era evidente. El descontento se había desencadenado en todo el país, ya no eran contiendas puntuales, ahora las hostilidades caían por todas partes, como *quimas* que se desgajan del tronco cuando el árbol está podrido. Y esos Cedillo tenían controlada media ciudad. Poniéndolo todo en peligro, ensuciándolo todo.

Habían mandado a los hijos fuera; pasaban la mayor parte del tiempo en Inglaterra y en Francia unos, en Santander los otros con su abuelo Ángel, que había recobrado un inusitado interés por el país de su infancia. Durante varios años, los chicos sólo regresaron a San Luis durante los periodos de vacaciones. Volvían felices. Les gustaba Europa, pero allí siempre echaban de menos el perfume de su tierra. Sobre todo Nena, que desde niña había mostrado una querencia por la calle y por salir de su casa para conocer lo que en su trashumancia de palacio en castillo sentía que se perdía. Sus padres la dejaban salir de su casa siempre que fuera acompañada de alguien. Y ese alguien casi siempre había sido la nana Ixchel, que como avezada paisana sabía dónde llevar a su niña sin que corriera peligros. Estaba orgullosa de que la niña oliera y sintiera la llamada de los suyos, y es que la nana sabía mejor que nadie la fuerza que la tierra y sus habitantes ejercían sobre ella. Las dos se perdían durante horas por las calles en las que flotaba el aroma de las enchiladas que vendían a las puertas de las pulquerías, y en las que resonaban las cantinelas que llegaban de los mercados. Acudían a las llamadas y voces del ollero, del pollero, del carbonero o del dulcero que vendían sus camotes, la cajeta de leche, el queso de tuna o los panecitos de pulque que la niña comía con glotonería. Todo eso era lo que Nena transportaba en el espíritu, lo que hacía que su tierra fuera distinta a lo que ella veía en su casa y a las ciudades a las que viajaba. De su infancia recordaba las noches de Semana Santa, ella junto a la nana, y también junto a su hermana Elsa, las tres saliendo a la ventana de la habitación para escuchar desde allí las saetas de los nazarenos. Y luego estaban las otras saetas, las que se cantaban todo el año: *La golondrina*, *Mirada de amor*. Se sabían todas aquellas letras que la nana Ixchel les cantaba de memoria. Sí, en San Luis Nena era feliz. Y viajando, aunque de otro modo, también lo era. La felicidad, o su representación, era su estado natural y la rebeldía, la nota discordante, en ella un rasgo tan exótico como frívolo, la excepción a la regla. Sabía estar y mezclarse en ambientes tan dispares y con tal desenvoltura que se diría que tenía pulmones y agallas para respirar en cualquier medio a donde la lanzaran.

Josefina, en vista de los acontecimientos, decidió que la familia se mudara del Palacio Monumental a una casa más pequeña, mucho más discreta pero no por ello menos espléndida, en la 3.^a calle del apartado 24, donde se seguía sirviendo religiosamente cada tarde zumos de naranja y espirituosos en el mejor cristal.

—Estaba harta de estar sola en esa casa tan grande. Aquí me siento otra vez dueña del espacio.

Harold seguía viajando como si de repente la sangre de su padre y de su tío se hubiera licuado y mezclado con éxito a su genética. La llamaba en cuanto podía hacerlo para contarle sus avances en política.

—Tenga cuidado, Harold —contestaba Josefina, como si su advertencia sirviera de verdad para evitar a su esposo los problemas y contratiempos que ella sólo se podía representar por medio de un descomunal esfuerzo—. Por aquí todo bien. Hoy recibí carta de los señores Signoret

Honorat, ya sabe, querido, de la tienda del puerto de Veracruz. Es evidente que ya saben que cambiamos de casa. Dicen que han recibido muchos muebles de Europa, insisten en que necesito de sus servicios para decorar la casa. Es impresionante la cantidad de gente que piensa que necesito de sus servicios.

Las tardes en Vistahermosa seguían llenando el tiempo, como si allí lo que aconteciera en el mundo no importara porque no llegaba y si lo hacía no tenía mayor efecto que el de una insoportable jaqueca. Durante las vacaciones, cuando regresaban los chicos, las fiestas cobraban el esplendor de siempre. Joaquín, el primogénito de la familia, enseñaba a nadar a toda la sociedad potosina en la alberca y él y sus hermanos organizaban almuerzos que duraban hasta la noche. Nena y Elsa no se perdían un sarao. Reinaban guapas, ricas, poderosas, rodeadas de una corte de jóvenes que llegaban desde Estados Unidos, de Chile, de España o de Inglaterra, entre los cuales muchos se preguntaban quién sería el elegido para esposar a uno de esos dos codiciados trofeos.

Pero la fiesta no paraba ahí. También en Nueva Apolonia se vivía como si hubiera que encubrir o reducir los efectos de todo cuanto pudiera perturbar el dulce acontecer de la vida, había que revestir los días de un runrún festivo tras el que la prosperidad y sus adalides pudieran parapetarse de la insoportable sordidez que la vida se empeñaba en poner de manifiesto. Los bailes no podían cesar porque hubiera significado claudicar ante las fuerzas que querían ver morir ese orden tan conveniente; en todo caso eran menos numerosos pues cierto decoro obligaba, pero no por ello eran menos épicos. Nena y su hermana acababan las noches subidas a una mesa, blandiendo un ejemplar de *El pensamiento libre* mientras Nena pedía justicia para los desheredados entre vivas a Dolores Jiménez, la heroína revolucionaria, cuyos cuates no hubieran dudado en pasar por la navaja los cuellos blancos, perfumados y cristalinos de esas dos señoritas que parecían vestales entregándose impenitentemente a los dioses. Los demás, entre vahos de bourbon, de tequila y de colonche, secundaban su delirio, sabiendo que al día siguiente el periódico que se había convertido en báculo de la justicia durante la noche, serviría para avivar las llamas del fuego que los calentaría, y que a la tal Jiménez muchos de los presentes la hubieran colgado de una almena de Nueva Apolonia.

Mientras aquello sucedía, los agraristas habían ocupado una parte de las tierras que eran propiedad de Ángel, en El Naranjo. De las ciento sesenta y cinco mil hectáreas con que contaba la finca tras las compras que había ido realizando a lo largo de los años, Ángel tuvo que renunciar a la mitad y lo hizo en contra de la opinión y de los humores de Harold:

—Debemos plantarles cara, don Ángel. Siempre me he ocupado de negociar con ellos. Creía que nos respetaban. Pero ahora no podemos tolerar esto.

—No le quito razón, Harold. Sé que no deberíamos ceder, pero las cosas están cambiando y el que no lo vea es un necio. Así que busquemos el modo de que todo esto nos perjudique lo menos posible.

Y por primera vez, fue Ángel quien se sentó con los aparceros y con los representantes agraristas. Y cuando tenía que haberse dado una apropiación por parte de los sublevados, él lo convirtió en una entrega. Firmada y documentada.

—Cuantos más visos de legalidad y de formalidad le demos a la operación, mejor será —le decía Ángel a Harold, que no podía creer que su suegro hubiera cedido.

—Nunca, desde que usted me puso al mando, nunca he claudicado, don Ángel. Y eso lo aprendí de usted. Y ahora va usted y les entrega las tierras. Así, sin pelearlo.

—*Claudicar* es palabra que sólo casa con los débiles. El día que me vea claudicar, Harold, será porque estoy a dos metros bajo tierra. Y para esa claudicación, más vale que estemos todos preparados. Pero le aviso, yo no lo estoy aún.

Le explicó a su yerno que les entregaba las tierras de cultivo y él se quedaba con la zona de pastos donde criaba el ganado, quince mil cabezas de reses y cinco mil yeguas para la cría con los que además proveería al ejército mexicano. También se mantenía dueño de unas tierras más yermas que fértiles, que a primera vista no tenían gran valor sino porque sólo él sabía, o sospechaba con fe, que lo que escondían estaba en la profundidad. Las prospecciones indicaban que, ¡por fin!, había que perforar. Y eso hicieron. En 1911 salió de esas tierras que él había logrado mantener de manera «legítima» dadas las circunstancias políticas, el primer cargamento de petróleo de la Huasteca desde el puerto de Tampico, cargado por la Compañía dos Estrellas de la que eran accionistas Ángel, José Gómez Cueto y Eddie, y que más tarde sería adquirida por la compañía México y España, SA. Y si las revueltas y los movimientos huelguistas asolaban el país, —el transporte ferroviario entre Tampico y el interior había sido suspendido—, el petróleo tenía el camino libre, debido a dos circunstancias: por un lado, el negocio no dependía de los trenes ya que el petróleo se extraía en la costa de la Huasteca, y se cargaba en los barcos de la compañía de don Ángel, que los sacaba desde ahí al mar; y por otro, y era el más importante, se trataba del negocio más seguro y protegido por ambos bandos porque estaba produciendo cantidades de dinero astronómicas con las que armar a unos y a otros. Tal era su capacidad para mover mano de obra, que la Revolución puso una barrera entre el resto del país y allí donde se estuviera llevando la actividad petrolera, dando lugar a otras de esas grandes ironías con que la vida nos obsequia: la Revolución mexicana que estaba luchando por devolver al pueblo la justicia social estaba acrecentando como nunca el poder de la aristocracia de patronos y comisionistas.

Si algunas zonas lograron quedar excepcionalmente al margen de las luchas, la mayoría del país sufrió de algún modo las algaradas y disturbios de la guerra, y ni los jóvenes Myagh, ante los cuales se había levantado una muralla para que la contienda los afectara lo menos posible, se libraron de los sobresaltos. Durante uno de los viajes que los hermanos realizaron a Nueva Apolonia en tren, fueron atacados por una cuadrilla de revolucionarios. Las balas volaban sobre los vagones, mientras hombres y mujeres se tiraban al suelo, unos gritando y otros rezando por sus vidas. Si los hermanos Myagh no perdieron la vida se debió a la fortuna —o al milagro como no se dejó de repetir en la familia—, de que habían enganchado el vagón de primera clase en un lugar que no le correspondía; el supuesto vagón que era objetivo del ataque quedó acribillado y no quedó en él más que un pasajero vivo. La peor parte, de nuevo las terribles ironías, se la llevaron quienes gustosamente hubieran disparado las balas.

Fue también un duro golpe para las inocentes pretensiones de Nena.

—Ahí los tienes, a tus revolucionarios y su justicia —le recriminó Harold.

—No la culpe, Harold. Eso sería una injusticia.

Nena calló durante mucho tiempo. Y Josefina, con el instinto y la astucia de las madres, pidió que no la molestaran. Su hija era inteligente. Tarde o temprano se daría cuenta ella sola de que esa batalla no le correspondía. Pero también sabía, porque la conocía bien, que cuando su hija abandonara esa guerra tendría que iniciar otra. Así era su Nena. Peleona y rebelde por voluntad del cielo.

—No hay nada peor que un desclasado, Nenita —la regañaba la nana Ixchel, que apenas salía ya de la cama, y espantaba el aire como si un enjambre de moscas la acechara en todo momento, o como si la cercaran corrientes invisibles de aire—. Los que reniegan de su origen sólo incuban resentimiento. Míreme niña, jamasito renegué de los míos.

—Pero Nana, usted ha sido muy dura con todos. Siempre. Y por eso la quiero.

—Sólo les exigí. Y lo mismo haga usted hijita, exija a los suyos. Y para eso exíjase. Pero no los juzgue con tanta dureza. Todos hacemos lo que podemos. No se me haga resentida. Ése es el peor pecado. Es lo que lleva directo al odio.

En vista de los hechos, Harold se encargó de formar nuevas levadas de ejércitos que protegían las fronteras y las tierras de manglares que había comprado su suegro, lo que por suerte dificultaba que entraran las tropas de arrieros. Las fincas de El Naranjo quedaron blindadas por aquellos ejércitos pagados por Ángel y por su yerno, de modo que sus socios ingleses y americanos pudieron dedicarse a la extracción sin poner en riesgo sus inversiones o sus vidas. Y de paso también quedaba protegida Nueva Apolonia.

Se decretó que los niños volverían a Europa, y que pasarían las vacaciones en Santander. Josefina viajó ese invierno a Londres y se instaló en el Hotel Ritz donde, como era ya una costumbre de los Myagh, reservaban varias habitaciones todo el año, no fuera que se les antojara ir con poco tiempo para avisar y no tuvieran dónde quedarse, menuda contrariedad. Harold iba y venía, las cosas en México estaban en manos de apoderados, la situación aconsejaba no pasar allí más tiempo del necesario.

Había comprado billetes para el barco del que todo el mundo hablaba. El más grande que se había construido jamás. Todo el mundo quería viajar en el *Titanic*, y ellos serían los primeros en hacerlo.

—Mire, querido. Lea esto. —Josefina le tendió a Harold el periódico señalándole el titular con que la compañía anunciaba la inminente partida del transatlántico: «A mí no me hunde ni Dios».

—Una abominación —se escandalizó Harold—. ¿A quién se le ha ocurrido semejante blasfemia?

—Bueno, querido, no lo tome tan a pecho —rió Josefina—. Es sólo una manera de vender. Ya sabe cómo son estos publicistas, les gusta provocar. Dicen que es la mejor forma de vender.

—No quiero pensar que eso sea cierto y tampoco quiero vivir en un mundo que fomente ese tipo de execrables actitudes.

—No se ponga así, querido, que no es para tanto.

—Lo es para mí. No iremos en un barco que se sirve de esos escándalos para apropiarse del dinero de la gente decente. El mío no irá a pagar a esos sinvergüenzas faltos de principios.

—Pero ¡si ya pagamos los billetes Harold! —rió Josefina—. No me diga que por esa bobada nos vamos a quedar sin viaje.

Harold había leído ese invierno los diarios de su padre, que a saber por qué motivo habían aparecido entre las cosas de su tía Emily. Tenía muy presente el relato de su primer viaje en barco, el que lo llevó desde Liverpool hasta Tampico. Le había gustado saber que su padre se había encomendado siempre al Altísimo y que gracias a Él estaban ellos ahora ahí, disfrutando de ese hotel y de esos lujos que sólo veía como tales cuando hacía el esfuerzo de pensarlo,

cuando se sentía llamado a agradecer al Señor la vida y ésta no se le aparecía ni remotamente parecida a la de los santos del catecismo. Su padre se había salvado del ataque de piratas, de la muerte que lo había acechado y rondado sin piedad en aquellos tiempos difíciles de cólera y de pioneros. No le cabía duda de que su determinación y su fe, seguramente la segunda responsable de sostener la primera, lo habían ayudado. Gracias a esa fe estaban él y su familia ahí y no estaba dispuesto a ponerla en cuestión ni a tomarla por algo vano.

—No viajaremos en ese barco, Josefina. Me niego. Además, en su estado, querida, mejor será que nos quedemos un tiempo más en Londres. Al menos hasta que nazca el niño. Ya habrá tiempo para ir.

Josefina no estaba acostumbrada a que su marido le ordenara qué hacer. Y por eso, las pocas veces que lo hacía, accedía. Y además con cierta complacencia. ¡Claro que le molestaba perderse algo tan importante como ese viaje del que todos hablaban!, pero era cierto que el inesperado embarazo le estaba causando más molestias de las normales. Ya no era una jovencita. Quizás fuera mejor no ir y regalar los pasajes a algún amigo.

—Está bien, Harold. Tú ganas. No te diré que no me importa que me lo cuenten. Pero, dado mi estado, será muy justificable que no estemos en ese viaje inaugural.

Los amigos y conocidos que subieron a ese barco no tuvieron que contarles cómo fue la travesía. Como es bien sabido, ese mes de abril de 1912 el mundo entero leyó o supo de la noticia del hundimiento del *Titanic*. Harold se estremeció, y dio gracias al Altísimo y a su padre. Por estar vivo. Miró a su mujer, y entonces cayó en la cuenta de que ese hijo que portaba era un hijo que ya nadie esperaba. Y tras aquel sobresalto, decretó que su llegada era aún más milagrosa.

El niño no llegó porque lo hizo una niña. Nació en Londres, con catorce años de diferencia con respecto a su hermano menor. Llegaba de forma tan imprevista y con un estigma salvífico tan fuerte que a la madre le pareció que lo hacía para invocar algo del pasado, o la memoria de los idos, y la bautizó Mayra de los Ángeles. Pero la llamaban Mayra.

13

Con las ausencias más prolongadas de Harold, que estaba al cargo de los asuntos en Londres y que acompañaba a la veterana pero al fin y al cabo reciente madre, Ángel tomó mando y plaza en la Huasteca.

Modesta ya no lo acompañaba. Ya no se movía de Tampico. Enferma y achacosa, había incluso renunciado a ir a visitar a su Virgen en la gruta. En cuanto a Josefina, sólo deseaba que la niña se hiciera pronto fuerte y que en México amainara la tormenta política para volver junto a su madre. Temía que Modesta falleciera lejos de ella, y sabía que su padre no la acompañaría en su enfermedad, que en realidad no era tal cosa sino simple cúmulo de años. Ángel se sentía todavía con fuerzas para viajar, y, le decía a su hija en largas conferencias, no podía ausentarse mucho de la Huasteca cuando las tierras estaban a merced de que las tropas revolucionarias forzaran los acuerdos y sentenciaran su apropiación. La llegada de Huerta a la presidencia no hacía sino reforzar su idea de que las cosas no se iban a calmar. Villa aceptaba la amnistía, pero no así Zapata. Los constitucionalistas estaban armándose y Wilson, recién llegado a la presidencia de Estados Unidos, de cuyos contratos tantas empresas porteñas dependían, no acababa de aceptar ese gobierno de Huerta. Ante tal panorama, Ángel veía peligrar sus inversiones. Por su posición de vicecónsul y porque no había en la región quien no respetara a ese hombre callado, serio y severo pero que tenía siempre una palabra acertada, en 1913 encabezó la comisión de cónsules que se entrevistó con las fuerzas revolucionarias para evitar que el general Pablo González entrara en Tampico. Ángel pedía garantías para los extranjeros que se encontraban en la ciudad, cosa que obtuvo después de ofrecer una contribución de treinta y cinco mil pesos para los gastos de las tropas.

Las cosas, sin embargo, se agravaron en abril de ese año con lo que se llamó «El incidente de Tampico». Las negociaciones de don Ángel con los estadounidenses para poner a salvo a la comunidad de españoles en caso de que atacaran la ciudad le valió que en Madrid se extendiera un despacho que le confirmaba hidalguía y blasones. Hidalgo. Como lo habían sido sus antepasados. Ángel miró durante mucho tiempo el documento. Ahí la tenía, tan real como ese papel que temblaba un poco entre sus dedos, la hidalguía que su madre no se había atrevido a nombrar, como si en lugar de ser un honor hacerlo, fuera una mancha en el pasado porque sólo mostraba la caída en desgracia de la familia, su pobreza y la desidia de unos cuantos. ¿Realmente era eso lo que tanto había soñado en la infancia? ¿Un papel con la firma del rey? ¿Se le restituía, o en realidad esa hidalguía no tenía ya nada que ver con su padre, ni con sus abuelos? El papel que sujetaba con ese ligero temblor certificaba que había recuperado la grandeza de aquel viejo pasado honroso, pero tuvo claro que no lo hacía por sus padres sino para dárselo a los suyos. Los

suyos ya no eran los que estaban en sus tumbas, los suyos eran los que dejaría tras de sí cuando él ya no estuviera. ¿Cómo lo recordarían? Toda su vida se había preocupado por hacer las cosas según su particular código de conducta. Trabajar, hacer. Recibir y dar. Su vida fueron sus actos. O eso deseó. Y se dio cuenta de que si de algo valía ese papel firmado por el rey era porque gracias a él lo recordarían durante años, ¡y quién sabía cuántos!, porque ese papel con membrete y firma real iba a quedarse para dar fe y testimonio de que Ángel Trápaga, de que él, pasó por este mundo. Pero también se le vino encima, como un rayo de luz que lo traspasara, la luminosa, aturdidora y clara evidencia de que ese papel no tenía valor sin los hechos que le daban sustento. Y no sólo se trataba de las grandes cosas que había hecho, era una convicción muy superior, la de que no había trabajado y luchado por esa firma, sino por algo muy superior, por algo que sobrevive al tiempo. Buscaba la trascendencia. Y sólo ahora sabía, mientras daba vueltas al documento que había dejado descansar sobre su mesa de despacho, que sus aspiraciones iban más allá de ese título. Tenía que seguir. Hasta que no le quedara aliento. Construir era lo único que sabía hacer. Estaba construyendo su nombre. Y el de su familia. Y como había ocurrido a cada embate de la vida, o con cada cosa buena que le sucedía, recibió una nueva y potente dosis de energía que hizo que se sintiera renovado y lleno de vigor para ir por más.

Aún le quedaba un golpe maestro por dar. El definitivo. Y por fin llegó la ansiada oportunidad. Europa necesitaba petróleo para su guerra, la que iba a ser la última de las últimas. Entre 1914 y 1918, la demanda internacional de energía se multiplicó por cifras impensables, como lo hizo la cifra de cadáveres y de lamentos de los vivos enterrando a sus muertos. De nuevo una guerra dejaba pobreza en un frente mientras atizaba sin descanso la vida y la prosperidad de otros. Las perforadoras trabajaban día y noche en la Huasteca, venían trabajadores del mundo entero al grito de «¡Oro negro!». Brazos y manos a los que había que albergar... Y gracias al petróleo y al desarrollo inmobiliario, el dinero llovía en casa de los Myagh y los Trápaga como nunca antes lo había hecho. Ángel y Harold ya eran socios formales. Harold había logrado convencer a su suegro para encabezar por primera vez una negociación, que resultó ser un éxito, y que los llevó a firmar un contrato con la Standard Oil Petroleum por el que permitían que llevaran a cabo las prospecciones de petróleo en otras tierras del norte de la Huasteca que eran de su propiedad. Por ese acuerdo, que exoneraba a Ángel de acometer la inversión de los pozos y de la planta en caso de tener que perforar si había petróleo, les pagaban una importante suma de dinero que Ángel puso a nombre de su hija. Pero en el caso de hallar petróleo, y a partir de un número de barriles diarios, esa cifra se volvía astronómicamente, dichosamente, indecentemente millonaria.

En cuanto a los Myagh, Dionisio hacía lo que todos los que a esa hora podían hacerlo hacían: especular. Aprovechando la baja vigilancia del gobierno se producía y exportaba a granel el cereal y otros productos, lo que acarreó sonados fraudes en la Bolsa de Valores de México.

—A mí tampoco me gusta, queridos —decía Dionisio sin impostar el gesto—. Pero no podemos evitarlo. Son tiempos de guerra. No podemos quedarnos fuera. Es un mal menor. Y ni media palabra de esto a Nena y a José Antonio.

José Antonio era un nieto de Denis, hijo de Luis Maximiliano, que no se sabía si seguía a su prima Nena en sus batallas porque compartía sus principios o porque estaba loco de amor por ella.

En Vistahermosa se construyó una caja fuerte en la que los seducidos, murmuradores y cizañeros decían que había pesos y plata para pagar la deuda nacional. Y como los Myagh no

servían para almacenar el dinero, como si eso atentara contra la misma existencia de éste, había que sacarlo. Utilizarlo. El dinero era siempre un medio para algo mejor, les había repetido toda la vida el tío Denis. Se comenzaba ya a hablar de la ampliación de Vistahermosa pues con toda esa corte de primos y de amigos que pasaban por allí la casa de la quinta se había quedado pequeña. Cuando acabara esa guerra se la encargarían a Joaquín, que había heredado de su madre Josefina una mente propicia para las manifestaciones del arte y de su padre la fría racionalidad, dotes que le habían llevado a comenzar estudios de arquitectura en Oxford hasta que la guerra, que todo lo logra, sobre todo lo peor, vino a interrumpir sus estudios y sus planes. Ya fuera por un golpe de patriotismo bien azuzado por su tío Thomas, o por el deseo de cumplir con ciertos roles cuyo lustre duraba toda la vida, Joaquín, como Mambrú, se fue a la guerra, y ésa era la letanía de Josefina: Joaquín, su hijo, su único varón, se había alistado como aviador para luchar en el ejército inglés como subteniente, para orgullo de su abuelo Ángel y de su tío Denis y para alimentar los lamentos de Modesta, que había pasado a llamarse Granny para sus nietos. Granny que se moría todos los días, demostrando que morir se no es tan fácil como puede parecer.

La marcha de Joaquín a la guerra era un tema que había que manejar con delicadeza para equilibrar unos sentimientos que fluctuaban entre la legítima preocupación y el orgullo que significaba para la historia de la familia, un Myagh había luchado a las órdenes de Wellington y ahora otro venía a prolongar la tradición al hacerlo en la RAF.

Era evidente que Ángel tomó gusto a estar con sus nietos, incluso había estado a punto de ceder a no se sabe qué debilidad cuando Harold dijo que la pequeña Mayra debía, como sus hermanos, educarse en Londres con la *nanny*. ¿Quizás podían inscribirla en el Sacré Coeur de San Luis?, había sugerido el abuelo, él que jamás opinó de la educación de sus nietos. La niña se fue a Londres como mandaban los usos y la tradición, pero no vivió en régimen de interna en el colegio, sino que se alojó con la *nanny* en el Hotel Ritz, donde recibía periódicamente las visitas de su familia. Un acuerdo que satisfacía a todos, aunque atentara contra el sentido común de lo que significa educar a un hijo.

Y un buen día, Modesta, o Granny, logró por fin su último gran capricho: morir. Lo hizo cuando en su país se promulgaba la Constitución y llegaba al gobierno Carranza, incapaz de instaurar el orden en un país tan herido como dividido que condensaba en el sufijo «ista» la incapacidad de unos y de otros para pacificarlo salvo por medio del conflicto. La enterraron en El Naranjo, en la capilla de Nueva Apolonia, en ese gran dislate arquitectónico en mitad de la selva, donde ella había sido feliz porque, como siempre dijo, le parecía un decorado en medio de un mundo extraviado y nada le gustaba más que lo que estaba fuera de lugar. Ángel no sintió tanto la pérdida de su mujer en términos de pena como de vacíos, el que dejaba su mujer tenía un significado claro, le anunciaba que pronto le tocaría a él dejar un mundo que le gustaba para ir hacia otro del que si algo sabía era que nada sabía de él, y como si debiera apurar el tiempo, se puso a mover hilos para que cuando llegara el aciago momento de dejar la tierra, quedara de manifiesto que su nombre y su gloria no lo harían hasta mucho después. Tras recibir la hidalguía, había iniciado trámites, por medio de buenos y fiables contactos, para recibir otras distinciones de la corte. Quería formar parte de ella. Y sus avances no tardaron en ser premiados. El rey le otorgó la Gran Cruz de la real Orden de Isabel la Católica por lo que ganaba el tratamiento de Excelentísimo Señor, y el mismo año lo ascendía de vicecónsul a cónsul honorario de España. Y como si tuviera que premiarse, o añadir una prebenda terrenal a tan ilustres gratificaciones, compró a la familia Pombo un palacete en Santander construido frente al mar. El edificio estaba

a unos pasos de la playa de El Sardinero, a tan sólo unos metros de la villa del Casino de Santander, y a menos de un kilómetro del Palacio de la Magdalena donde veraneaba el rey. Nunca se había sentido tan cerca de su rey y tan colmado en sus aspiraciones.

En 1919 comenzaron las obras de Villa Elsa, que así llamaron a la casa pues Ángel quiso que fuera su nieta Elsa quien capitaneara la reforma, como había hecho Josefina en la Huasteca. Y como la mujer tenía buena escuela en la familia no escatimó a la hora de mostrar lo que el dinero es capaz de hacer. Joaquín volvía como héroe de guerra, condecorado por fuera y destruido por dentro. Pero esa segunda parte se la guardó para sí. Que el joven había cambiado era obvio para todos, pero no estaba dispuesto a explicar los motivos de su transformación. Se limitó a criticar la guerra de un modo banal, de acuerdo al relato que triunfaba, o más bien al que pueden asimilar los que nunca han ido a la guerra: «las guerras son malas, pero a veces necesarias, volvamos a los tiempos de paz y olvidemos». Se guardó sus tormentos como tantos otros tocados o arrasados por el mismo trauma ponen a buen recaudo sus heridas por no querer molestar a los otros, o porque sacarlas a la luz es exponer la fractura, dejarla en carne viva y hace falta mucho coraje o estar muy trastornado para revivir dos veces el horror. Lo que hiciera o viera Joaquín en la guerra se quedó para él. Era su experiencia, y sólo muy a su pesar volvía a ella, en sus sueños, a veces incluso de día, convencido de que tendría que aprender a arrancársela de sí sin contar con nadie.

—Dios nos libre de vivir otra guerra —era lo que decía—. No quiero hablar de ello.

Obedecieron. Además, nadie tenía en realidad ganas de volver sobre el asunto. Se dedicó, como parecía una costumbre ya muy asentada y bastante beneficiosa para algunos seres de la familia, a hacer cosas. A no parar. Y Villa Elsa se benefició a lo grande de la dimensión artística que durante la guerra había prendido en el alma herida de Joaquín, como una estrella se prende al cielo sin otra posibilidad. Todo ese silencio devastador lo volcó en una faceta creativa con la que exorcizaba a sus demonios y construía, de paso, una de las villas más encantadoras y distinguidas de la ciudad. Se refugiaba de las pesadillas en los conceptos geométricos y en la belleza. Era un viaje mental que lo arrancaba del nauseabundo recuerdo del olor de los morteros y de la muerte. Necesitaba creer en su capacidad para mirar de nuevo lejos, y necesitaba respirar. Añadió a la casa una torre desde la que se veía la península de la Magdalena, la Isla de Mouro y la infinita curva del cantábrico y abrió grandes ventanas en los salones para que entrara la luz a cualquier hora del día. Hizo construir jardines repletos de flores, muchas variedades y en grandes cantidades porque las flores no sabían hacer daño, y las había echado de menos durante la guerra. Jardines para las tardes de paseo y para recibir en los días cálidos de verano. Jardines para demostrar que el hombre capaz de lo peor seguía siendo capaz de lo mejor. Y como buena Myagh, su hermana Elsa no escatimó en nada a la hora de arreglar los interiores de la casa. Telas, vajillas, alfombras, esculturas, la casa era el epítome del buen gusto, con cierta tendencia, eso sí, al recargamiento en el que habían crecido. La casa era grande, con ese tipo de grandeza que no aspira más que a la propia complacencia. Cuando terminaron la reforma, inauguraron sus salones y sus jardines con una fiesta que durante una semana relleno las páginas del *Diario Montañés* y de *La Atalaya*, y durante meses aderezó las conversaciones de café.

Se decía que las tardes de té y las fiestas en Villa Elsa podían rivalizar con las de palacio. Y la reina Victoria Eugenia quiso ella misma verificarlo. Al fin y al cabo, la villa la habitaba una familia de montañeses e ingleses, que además tenían la peculiaridad de venir de las lejanas tierras mexicanas. Se hablaba inglés como en la corte de la gran Albión, pero al parecer se vivía según unas costumbres que, empañadas de cierto exotismo, no siempre se correspondían al pie de la

letra con la rigidez victoriana que imperaba en la época, y la soberana quería comprobarlo de primera mano.

14

Aunque los alzamientos estaban a la orden del día, y la perversa y monstruosa maquinaria del poder empezó a cobrarse las cabezas de cualquier aspirante a encabezar un proyecto en el que nunca cabían los nombres y las aspiraciones de todos, la guerra había terminado oficialmente en México.

Mientras, las obras se sucedían en los dominios de la familia Myagh, sumergido en proyectos grandiosos, Joaquín lograba mantener a raya a los demonios, era como si la vida le sirviera en bandeja aquello que andaba buscando y no tuviera que preocuparse por buscarlo. Una vez terminadas las obras de Villa Elsa, el arquitecto sin título por culpa de la guerra, regresó a ese México convulso que se debatía por la paz, donde debía ocuparse de los trabajos de la ampliación de Vistahermosa, que se llevaron otra buena dosis de su energía, la que hubiera podido emplear en regresar a las imágenes que seguían atormentándolo en las noches: los bombardeos, los cadáveres y los gemidos.

Un *quid pro quo* muy conveniente.

Joaquín convirtió la quinta en palacio añadiendo terrazas y balcones, y toda un ala nueva para ampliar salones y el comedor. El ala derecha y la izquierda quedaron unidas por un gran *hall* o *vestibule*, pues no se ponían de acuerdo en la manera de nombrarlo, si a la inglesa o a la francesa.

Añadió vitrales, pinturas y frescos. Forró la planta alta del vestíbulo con espejos que eran una copia de los del Salón de los Espejos de Versalles. Dotó a toda la casa de luz eléctrica y de un sistema novedoso de cañerías que permitía llevar el agua fría y la caliente a todas las estancias que lo necesitaran. El agua llegaba a la exacta temperatura deseada incluso hasta la alberca. Mandó colocar una pista de aterrizaje para aviones en las tierras del sur de la casa para él y para su primo Eduardo, buen piloto también y que solía desplazarse hasta allí en su avioneta.

La ampliación se dio por terminada en 1922, aunque Florentino Rico seguiría enriqueciendo con su trabajo de cantería las fachadas hasta años más tarde.

Por esas fechas Tampico ocupaba ya el segundo lugar como puerto mercante del mundo, por detrás de Nueva York. Tres mil doscientos cuarenta y dos barcos salían de su puerto con mercancía mientras algunos clamaban contra la dominación imperialista de los extranjeros que llegaban a la zona, atraídos por la posibilidad de enriquecerse. Había dinero y había que generar e impulsar los modos de emplearlo. Al fin y al cabo, todos podían salir ganando de la riqueza compartida y en la ciudad de San Luis, que se lucraba del comercio de Tampico, no iban a ser menos. Esa hermandad bien avenida que gobernaba la pujante burguesía propició a la

construcción en las afueras de la ciudad el Country Club de San Luis y el Club Social La Bohemia. Las nuevas generaciones eran insaciables a la hora de manifestar esa fraternidad, se hacía necesario ampliar las zonas de encuentro entre los jóvenes de esa aristocracia potosina que crecía y no estaba dispuesta a que su ciudad no ofreciera a sus cachorros lo que en otros lugares de Europa o de Estados Unidos —lugares que muchos de ellos frecuentaban durante sus viajes—, era bien conocido por ellos.

Walter, Nena y Elsa empezaron a frecuentar de nuevo la casa de su abuelo en la Huasteca, que ahora y oficialmente era de su madre. Después del episodio del tren habían tardado un tiempo en regresar allí, pero echaban de menos el aire fresco y más húmedo de Nueva Apolonia. Josefina también encontró de nuevo cierto placer en volver a aquel lugar que con tanto orgullo se obstinaba en recordar a unos y a otros que era su obra personal. Cuando llegó a la casa, se enfadó con el encargado. Dos años sin ir y el jardín se había echado a monte, lo amonestó.

—O más bien a selva, que esto parece una selva, don Francisco. ¿Es que acaso le parecemos salvajes?

Don Francisco, el encargado, tuvo que explicarle que los hombres habían estado más ocupados con el ganado y con las levas pues ése era el deseo de su padre. También le dijo, con el gesto torvo, que esperaba las órdenes de su esposo.

—Mire, don Francisco, mi esposo vendrá cuando pueda hacerlo, pero de momento soy yo quien manda aquí.

El otro miraba sin comprender, o sin querer hacerlo, por lo que Walter tuvo que intervenir y sólo así se hizo lo que había que hacer.

Por la noche, Josefina trataba de explicar a su hija Nena que no se tomara tan a pecho la reacción del encargado.

—Mira, hija, lo importante al fin y al cabo es que se haga lo que quiero. Y apréndelo bien. A mí no me importa que piensen que mandan ellos. Yo se lo digo a Walter, y Walter se lo dice a don Francisco. Así llevan siendo las cosas desde hace mucho tiempo.

—Pues me niego a que sigan siendo así. Me parece una tremenda injusticia que porque lleve una falda usted no pueda dirigir a su gente, madre.

—Vaya, ¿ahora no te parece mal que «dirija» a «mi» gente?

—Eso no importa ahora, madre. Y no me cambie la conversación.

—No lo hago, hija.

—¿De quién es esta casa? Suya. No es de padre. Usted manda aquí, ¿no es cierto?, el abuelo se la dio. Y ellos, por muy hombres que sean, a obedecer. Usted es la jefa, madre, así mismo sea mujer.

—¿O sea que ahora ya no los defiendes, Nena? —reía Walter.

—Lo que no definiendo es que a las mujeres nos tomen por seres inútiles, sea un aparcerero o el rey de Roma.

Nena no había renunciado a lo que todos llamaban «sus batallas imposibles». Ella y su hermana Elsa estaban en lo que se ha venido a llamar «la flor de la vida». Guapas. Inteligentes. Deseadas. Vestidas siempre a la última, Nena siempre demasiado atrevida, cosa que divertía a su madre. «Si te pones unos pantalones, no creas que éstos te harán más caso. Pero he de reconocer te quedan muy bien, hija.» Las jóvenes vivían la vida como si no quedara un segundo que no debieran exprimir. Habían heredado el gusto por la música y por el teatro. Representaban obras

en Nueva Apolonia, y a veces llevaban allí a estrellas del cine y del teatro que estaban en pleno apogeo de sus carreras, sólo para que actuaran junto a ellas. Nunca tuvo tanto sentido la expresión «vivir su propio teatro». Y pocas veces resultaría tan costoso ponerla en práctica, pero ¿qué era el dinero si no podía servir a un fin claro, a la realización de un deseo? Era tal la vitalidad que desprendían las dos hermanas que parecía que no había una guerra que no debieran dar, un flanco que dejar desatendido.

No había vida si no había pasión.

Y el Castillo de Nueva Apolonia era el escenario ideal para esa representación, un pequeño reino dentro de un mundo que vivía aislado del otro gran mundo, aquel que compartía el resto de la humanidad que no participaba de esa vida aparte. Era tal la sensación de aislamiento que allí se daba, tal el sentimiento de estar viviendo una vida paralela, que aquel reino de taifas necesitaba de nuevas normas, nuevos códigos, sus propias leyes. Se encargó al músico Alejandro Luna que compusiera un himno a esas tierras, lo que hizo con música de Demeterio Megía. El estribillo decía:

«Sitio de paz y de calma / donde encuentra el alma / bienestar. / Eres Naranja querido
/ por mí / preferido / para descansar.»

Nena bailaba hasta el último soplo de aire que su pecho de gorrión era capaz de expulsar. Gobernaba los salones un día como una diva y se adhería el siguiente a las causas de los más desfavorecidos con la misma energía con que acometía lo primero. No lo hacía por ocupar o rellenar el tiempo, pues en tener cómo hacerlo era una maestra; ni por vacua rebeldía, aunque era exactamente eso lo que traslucían sus actos para muchos; lo hacía porque su corazón se lo mandaba. Su corazón estaba entregado al lujo con el mismo desenfreno con que andaba escorado hacia la compasión, buen vasallo para dos causas opuestas. Para la primera tenía a una corte de seguidores, para la segunda, su más fiel apoyo era su primo José Antonio. A la que ya no tenía con ella era a la nana Ixchel para guiarla hacia la medida con su recia y genuina firmeza; sin dejar de abanicar el aire o a las moscas imaginarias, la nana se había marchado a la otra vida. Nena la había llorado más que cualquiera, y al perderla sintió que como tributo a la difunta debía emplearse más a fondo para restaurar la justicia entre los de la estirpe de su querida nana Ixchel. Apostada de negro ante el ataúd de la persona a la que había querido con más honestidad y sin un solo ardid del corazón, vestida por su amiga francesa Coco Chanel, con la que compartía el gusto por la moda y algún amante en una sinfonía de varios instrumentos, se sintió arrebatada por un deseo tan grande de justicia, que si le hubieran dado en ese momento una armadura, con gusto se la hubiera revestido porque sentía que iba a necesitar la fuerza de Juana de Arco para servir con la grandeza debida a su querida nana Ixchel.

Su batalla fue intensa durante los primeros días que siguieron al acto de fe que se guardó de compartir con nadie, convencida de que nadie podría comprender su amor puro y libre de prejuicios por esa especie de santa que ahora le parecía ser la nana.

—¿Padre, ha visto lo que está pasando con eso de la especulación de los terrenos?

—Díselo a tu tío Dionisio, hija.

—¡Pues a eso me refiero! José Antonio ya se lo ha dicho a su padre. Y a saber cuántas veces. ¿O no es verdad?

José Antonio asentía, pero lo hacía de manera que nunca se oía mucho su voz.

—Esos hombres, esas familias, padre... Han tenido que salir de la ciudad, de sus casas, porque ya no las pueden pagar. ¿Le parece justo? Y mire cómo viven en los barrios de Cecilia y Árbol Grande que ustedes, ¡ustedes!, están promoviendo.

—Pues bastante hacemos, ¿no te parece? Les estamos construyendo esas casas, dando créditos buenos para que puedan comprarlas. Además, no pretenderás que nos ocupemos de la pobreza de todos. Por mucho que quisiéramos, no podríamos. Y no quiero que vuelvas allí a contarles...

—Harold, querido, no te sulfures.

—Lo hago, Josefina. ¡Por culpa de esta hija tuya! ¡Ir allí a meterles esas ideas tuyas en la cabeza! ¿Es que te has vuelto loca, Nena? ¿Tú no sabes que te podría pasar cualquier cosa?

—En eso tiene razón tu padre, hija.

—No se disguste, tío Harold. No fue sola —intervino con suavidad José Antonio, tratando de agradar a unos y a la otra—. Mira, Nena, no te quito razón, y lo sabes, pero haz caso a tu padre. Ya viste que estamos llevando agua potable y electricidad a los barrios que más lo necesitan, ¿no es cierto tío Harold? Por eso la llevé. Para que lo viera. ¿O no fue así, Nena?

Josefina asintió, Harold volvió a su periódico, y Nena soltó entre dientes un «¡cobarde!» que nadie quiso oír, y como para dejar claro que no daría su brazo a torcer, añadió:

—¿Ha ido a verlo, madre? Porque yo sí. Y ahí no se está haciendo nada. No digo que debamos ocuparnos de todo, o de todos. Pero ¡esos hombres trabajan para nosotros!

—Mira, hija, creo que sé un poco mejor que tú cómo se hacen las cosas. Y no es fácil tener contentos a todos.

—Eso es lo que dice el tío Dionisio. Y usted...

—¡Y yo te doy esta casa, y ese collar que llevas! Y tus fiestas. ¡Así que basta!

—Le faltó decir que la injusticia también es ley de vida, padre.

Otro día era la causa medioambiental lo que la sublevaba:

—El desarrollo sólo está trayendo plagas de mosquitos y que el aceite se estanque en las barras del río. ¿Lo han visto?

—Bueno, también te trae vuestros aviones y los coches. ¿O el Buick que te ha comprado tu padre no es desarrollo?

—Madre, esos lotes que han vendido usted y el abuelo a la compañía de petróleo, los de la Hacienda Mantulla. Están destrozando la tierra.

—Cuando sean tuyos, los regalas. Rosita, haga el favor de traer el café al jardín.

Las cruzadas de Nena siguieron avivando los almuerzos y las cenas durante un tiempo, pero, como decía Josefina, ya se le pasaría: «Déjenla, cuanto más caso le hagamos, más se obstinará». Y así fue, como predijo la madre, los arrebatos justicieros de Nena fueron diluyéndose en las copas de *champagne* y en los brazos de sus amantes, a los que las arengas igualitarias de la fervorosa guerrera divertían un rato. Pero sólo un rato.

El año 1921 marcó el pico de producción de petróleo en México. De los pozos de la Huasteca Petroleum Company se extrajeron ciento noventa y tres millones de barriles. Pero lo que supuso la guinda del pastel, si es que éste hubiera andado necesitado de guindas, fue la firma de ese contrato millonario con la Standard Oil Company que Harold había dejado abierto a las

vicisitudes. Y las vicisitudes eran favorables para los Myagh.

—Honestamente, han estado más listos que yo. Nunca hubiera apostado por que en esas tierras hubiera tanto petróleo —dijo Ángel, que por primera vez aceptaba de buen grado que un negocio que tenía que haber sido enteramente suyo no lo fuera a cambio de reportarle una cifra astronómica: una renta anual de un millón de dólares que también puso a nombre de su hija.

Y si la fiesta se había desatado hacía tiempo, ese contrato tuvo el efecto de miles de botellas de *champagne* descorchadas a la vez. La borrachera fue monumental. Lo fue porque no sabían que ese contrato era el principio del fin. La traca final de ese baile que a partir de ese momento iría perdiendo fuelle, hasta dejar un rastro de confetis mojados y sucios. Sus descendientes sólo recogerían las migas. Y la leyenda de la gloria.

Pero volvamos a la traca porque fue apoteósica.

Las fiestas de Nueva Apolonia duraban días. Así lo atestiguan las facturas, los programas y los libretos de óperas. Asistían los toreros más en boga que Joaquín y sus hermanas hacían venir desde España con sus cuadrillas completas: Joselito, Juan Belmonte o Lalanda. Había noches de ópera, y había que intentar que Caruso, ¡el gran Caruso!, acudiera a una de ellas, ¡no importaba cuánto pidiera! Sólo querían lo mejor. Había bailes de máscaras y bailes que desenmascaraban lo peor de los instintos. Había equipos de médicos que velaban para que los incidentes quedaran en simples incidentes: ayer era uno que se cayó desde un balcón declarando su amor a una joven Julieta, hoy un exceso etílico, mañana un herido en una capea.

Ángel asistía a ello como el viejo Sarrasine contemplando la danza de los vivos, entre los que se sentía como un comparsa. Sin dejar de observar el espectáculo desde la distancia, como el mirón a su presa, era consciente de tener la llave que había abierto la caja de la que surgía el espectáculo feérico. Como el viejo *castrato* del relato de Balzac, cuando ya no podía más, cuando necesitaba salir del salón en el que bullían las risas de los jóvenes y de los no tan jóvenes, el tintineo de las joyas, las risas de los jugadores y la música de las bandas, se asomaba a la balaustrada que daba al patio donde unos cipreses gigantes velaban la noche, las madrugadas eternas y el fulgor de la fiesta. Y mientras respiraba el aire tibio, no podía evitar pensar que quizás los augustos árboles estuvieran ahí para colocarlos a todos ellos, a esa masa viviente de jubilosos zombis, ante «la imagen gigantesca de la famosa danza de los muertos». La que sólo él alcanzaba a ver, o a imaginar, apostado en la balaustrada. Entonces, como si le moviera una fuerza poderosa, se giraba de golpe hacia los salones, porque en realidad él quería, deseaba, permanecer en aquel mundo brillante, en el mundo de los vivos, ese que desprendía aromas de pachulí y que irradiaba el alegre jolgorio entrelazado a los compases de la música y al brillo de las alhajas. Desde él recibía un soplo de vida, tibio y seco, pero suficiente para calentarlo de nuevo. Suficiente para evitar que, cuando se dejaba arrastrar por aquellos pensamientos profundos y oscuros, se le helara el alma.

Su hija Josefina tenía cincuenta años largos, pero no había perdido el espíritu ni las ganas de seguir con esa representación teatral de la vida que ella no podía considerar algo obsceno porque no tenía los medios con los que juzgarlo de ese modo. Lo que él era a los negocios, lo era ella al espectáculo y a la *joie de vivre*. No había dudas de que Josefina reinaba en ese ambiente. Y viéndola ahí, siempre elegante a pesar de que había engordado y tenían que arreglarle las gargantillas en Tiffany's para que su cuello las siguiera luciendo con la misma prestancia, pensaba en la otra Josefina, en Joséphine de Beauharnais, acunada por la letanía de su abuela materna, la madre del gran emperador Napoleón, «Madame Mère», que como es sabido, le

repetía con el fuerte acento corso a su hijo: «*Pourvou que ça dure*». Con tal de que todo eso durara.

15

Pero nada dura eternamente y menos una vida humana. Ángel pidió que lo llevaran a Tampico para morir. Nadie se atrevió a contradecir su deseo. Nadie cometió la futilidad de decirle que aún le quedaban muchos años por delante. Imposible decírselo a un cadáver, que era en lo que se convirtió de golpe, como si la enfermedad a la que había echado toda su vida fuera de sí hubiera caído sobre él de golpe y sin piedad. Tenía noventa años, y la vida a veces nos dota de suficiente sabiduría para saber que hay obviedades que no viene al caso temprar con paños de mentira. Y como el poeta aventurero, bien podía haber declamado: «cuando tenga que morir / quiero saber que me muero». Fue el primero en no negar la evidencia y a la muerte que tanto temía la recibió con la misma disciplina, dignidad e idea de la grandeza con que se había creído obligado a servir a la vida.

Falleció el 6 de enero de 1923. Le rindió honores en su sepelio una fuerza de doscientos soldados. Si hubiera subido a la Gándara, habría oído el estruendo de los fusiles extendiéndose por el valle, llenando el silencio de los montes. Sus restos fueron inhumados en el panteón de esa ciudad. Años después, sus familiares obtuvieron permiso para trasladar su cuerpo junto al de su esposa a la capilla de la hacienda de El Naranjo.

Días más tarde, cuando Josefina fue a Tampico para ocuparse de tantas cosas de las que sentía de repente que tenía que ocuparse, encontró sobre su mesa una carta en un sobre dirigida «A la familia». La carta decía así:

Nos recordarán. Los papeles, las fotografías y los legajos, lo harán. Pero nuestra historia quedará en la memoria de los vivos y de los muertos porque la memoria es el tabernáculo en el que se consumen, arden y se propagan las verdades y las falsedades con que hacemos que todo esto sea soportable. Desde las galerías de la memoria los que nos sucedan colgarán los retratos congelados por la escarcha de sus leyendas, y luego llegará el poeta, como dejó escrito Aristóteles, al que le tocará contar lo que podría haber ocurrido. Que es como decir lo que podría haber sido. Y entonces los rostros colgados en nuestros muros robustos puede que se desfiguren o se borren, o que aparezcan personas que no estuvieron ahí jamás porque quizás ni siquiera supimos que existieron.

He vivido la vida que quería vivir. Y no es poco. He vivido los días cumpliendo con el deber que yo mismo me imponía, y han pasado, tan largos como el tiempo que cabe entre la mañana y la noche. He sabido aprovecharlos para dar a los míos lo que quise darles. Ahora mi vida llena de días plenos ha llegado a la vejez. Y aunque si se me

hubiera dado a elegir hubiera elegido la eternidad, siento que me voy con el alma en paz. Quizás no supe dar más cariño con las palabras, estas que dejo son para que recuerden que quise a todos los míos. Y que quererlos fue la única guerra que finalmente me trajo paz.

Ángel Trápaga

Se puede sentir una pena abismal y atroz por la muerte de un padre, incluso si tenía noventa años, pero siempre será una pena que nos parece que encaja en los cánones humanos del dolor. A diferencia de la muerte de un hijo, se considera natural. Forma parte del ciclo lógico de la existencia. No se puede evitar, pero se puede y se debe sobrellevar. Lo que no se marcha nunca, y es lo que golpea con una ferocidad inesperada desde el primer instante en que se siente la ausencia de un padre o de una madre, y más cuando han sido tan queridos, es el vacío. El desamparo. Es como una melancolía que reclama el tiempo que se fue. La muerte de quienes nos dieron la vida nos pone ante la situación de tener que regresar a un lugar perdido, porque siempre lo hay, un lugar que sólo se pudo habitar gracias a él, o a ella.

El vacío que dejaba un hombre como Ángel era proporcional a la presencia que había tenido en las vidas de todos. Descomunal.

Josefina se instaló en Tampico para seguir de cerca, junto a Harold, los negocios de su padre. En realidad, sólo había pasado allí unos años en su juventud, y la ciudad ni le gustaba ni le disgustaba, era sencillamente la casa de sus padres. Tan simple y obvio como tan insoportable le resultaba en esos momentos. Porque ahora que ya no estaba ninguno de ellos en la tierra, esa casa significaba, tenía que significar, volver a algún sitio que le recordara que el vacío cobraba un sentido, que al menos había algo con lo que llenar o apaciguar la terrible sensación de abandono que sentía. Necesitaba regresar allí donde la palabra *origen* estuviera llena de sentido, y que desde ese sitio le fueran explicadas de nuevo las cosas, o que por lo menos éstas se pusieran en orden. Pero allí sólo había silencio. Y se encontraba de repente (era algo que no había deseado jamás), señora y dueña de esa gran casa de la plaza de la Libertad, sobre El Comanche, el negocio al que su padre nunca había querido renunciar, ni siquiera cuando había comenzado a dejar de generar beneficios.

Ahí seguía todo igual, los muebles, las plantas de interior, los bibelotes y la fuente que su madre había querido que le construyeran en medio de la plaza para embellecer la vista, apaciguar el oído y alimentar sus fantasías.

Durante unos días se paseó sola por las habitaciones, por los pasillos y por los corredores, con la mirada de una extraña. Ya no podía dejar de pensar (y hacerlo era un tormento), que ahora ella era la dueña de todo eso porque sus legítimos dueños ya no estaban. Sí, era suyo y luego pasaría a ser de sus hijos. Pero sus hijos eran muchos. ¿Qué harían con esa casa a la que apenas habían ido alguna Navidad y para enterrar a sus muertos? No lo sabría, porque mientras ella viviera no la vendería y nada les preguntaría acerca de sus intenciones. Ahora era su responsabilidad mantener aquello. Mientras ella viviera, las cosas tenían que seguir igual.

Abrió el gramófono y posó la aguja en el disco. La música llenó la sala y su corazón de un repentino sosiego. Se sentó en la mecedora de su padre y sonrió. La música, siempre cercana, reconfortante, salvadora. La música, ahora la de Puccini, luego cualquier otra, había sido y seguiría siendo el hilo de bramante que la unía con su padre. Él y ella a cada extremo. No habían

necesitado, como la mayoría parece necesitarlo, de la presencia de uno y de otro, o de la expresión directa del cariño; la suya era una unión mucho más intensa que viajaba a través de las cosas, de las cosas bellas, del arte, de la música, de un vasto mundo estético que representaba todo aquello por lo que su padre había peleado y trabajado y que ella había disfrutado y sorbido como la abeja liba hasta la última gota del néctar que en este caso le habían servido desde niña en bandeja de plata. Se quedó quieta, como aturdida, mirando los cuadros que colgaban de las paredes enteladas, posando la vista sobre todos esos muebles que su padre había ido comprando a lo largo de su larga vida, y mientras sonaba en la sala «O mio babbino caro», el aria favorita de su padre, rompió a llorar. Llevaba casi toda una vida sin hacerlo.

Harold tuvo que ocuparse de un sinfín de asuntos. Iba y volvía de Tampico a San Luis para no dejar mucho tiempo sola a Josefina. Al poco tiempo, cerraron la casa de la 3.^a pues cuando pasaban temporadas en San Luis preferían quedarse en Vistahermosa y tampoco querían dejar de ir a Nueva Apolonia.

En Tampico, Josefina se reencontró con toda una sociedad con la que apenas había mantenido contacto. No le sorprendió comprobar que entre los cientos de personas que habían asistido al entierro y a los funerales por su padre, ella apenas conociera a unos pocos. Estaban Luis del Olmo, el amigo, los de la Lastra, José Cueto, los William, los Bowman, esas caras conocidas que habían acompañado a su padre en los negocios. Siempre como socios minoritarios, se podía decir que más bien lo habían escoltado esperando recoger las migas que él les dejaba. «Deja que pululen cerca, que piensen que se llevan más de lo que en realidad estaríamos dispuestos a darles con tal de que nos cubran las espaldas», le decía su padre a Harold. Y recordándolo, Josefina se reía de la cabezonería de su padre, de sus malas artes y de sus firmes ideas. Estaban allí todos menos Eddie. No había podido asistir, no se lo permitió la salud, ni siquiera se lo quisieron decir, y no hizo falta mantener la mentira mucho tiempo pues murió a los pocos meses.

A Josefina le pareció que la sociedad de Tampico era mucho más cosmopolita que la de San Luis, con esas sagas de comerciantes cultos venidos de todas partes del mundo, con los que ella apenas había tenido relación. Sin embargo, y como si le debiera más que nunca fidelidad a su padre y a esas costumbres suyas (¿o eran manías?) de presentarse siempre imperturbable, cortés y solemne ante los otros, pasara lo que pasara, en las alegrías y sobre todo en la adversidad, abrió el salón de la casa y no tardó en llenar de nuevo sus días de conciertos y de recepciones, lo que avivó en ella cierto estoicismo. Le agradó esa sensación de sentirse fuerte en la adversidad y pensó que debía emplearse a ello con más empeño. No conocía a muchos de los que se presentaban en su casa y era parte del encanto de esas veladas, y el acicate de ese súbito rejuvenecimiento que también sintió y que le agradó. A sus reuniones asistía a menudo un francés, Pierre Assemat, al cual Harold había cogido la fea costumbre de mirar con malos ojos.

—Lo que pretende monsieur Assemat es cazar a una de nuestras hijas, querido Harold. Pero me halaga que piense que con mi edad aún puedo ser yo la destinataria de sus miradas. No ha sido celoso jamás y lo va a ser ahora que soy vieja. La vida no deja de sorprenderme.

Nena y Elsa se casaron en Vistahermosa. Lo hicieron muy seguidas y ninguna con el tal monsieur Assemat. En cuanto a Joaquín, había contraído matrimonio con una joven de la ciudad

de México, Mercedes Estévez, a la que había conocido en Londres. Tras aquella primera boda que todos celebraron con entusiasmo, la familia tuvo que hacer frente a un conato de escándalo. De Nena, de quién iba a ser. La díscola Nena amenazaba con irse a vivir con un hombre a la ciudad de México. El hombre moría de amor y sus intenciones eran las mejores, o al menos las que correspondían y encajaban sin tacha con los principios de la que él pretendía y deseaba que fuera su nueva familia. Pero Nena no estaba dispuesta a pasar por el altar, ese yugo que encadenaba a la mujer a un esposo para siempre privándola de libertad y gobierno. El pretendiente andaba desesperado por la situación. Era evidente que ella lo quería, pero era igual de evidente que no se casaría con él y la cabezonería de Nena tenía pocas grietas por las que perder fuerza, y desde luego el amor, o la idea que ella tuviera del amor por esos tiempos no era suficientemente poderoso. Nada pudieron los ruegos de Josefina y las amenazas de Harold, que jugó la única carta que podía jugar con su hija: la del dinero. Si no aceptaba pasar por el altar y casarse ante el Altísimo y como la decencia marcaba y mandaba, la desheredaría. Al final, el pretendiente, quizás porque se asustó de la obstinación de semejante mujer y temiendo el escándalo, la dejó. Algo que Nena nunca hubiera imaginado.

—Puede que tu cabezonería y esas ideas ridículas con las que te intoxicas hayan por fin dado el resultado que tenían que dar —la amonestó su padre—. Ahora que te ha dejado ese caballero, con lo que ha mostrado que al menos uno de los dos tenía algo de honor y de cabeza, piensa si tus ridículos principios valen tanto como para tragarte la vergüenza del desplante.

Nena se juró no volver con un hombre. Y la promesa le duró hasta que conoció a un americano al que sólo el nombre diferenciaba de Clark Gable, y al que tardó en aceptar en matrimonio el tiempo exacto que el otro tardaba en colocarle en el anular un diamante gordo como una pepita de chirimoya. Contestó «sí», tres veces, y le hizo jurar, mientras lo besaba con lujuria, que nunca la sometería porque ella era una mujer libre, aunque la hubiesen educado en ese país y en esa familia de ideas retrógradas. Y mientras apretaba sus pechos contra las manos del prometido, y frotaba sus caderas contra las de él, le hacía saber que si lo aceptaba en matrimonio era porque él venía de un país desarrollado que había asumido los derechos de la mujer, un país donde las mujeres, al fin, podían votar. Magreándolo con toda la coquetería de la que se sabía dueña, le anunciaba que pronto ocurriría lo mismo en el mundo entero porque había mujeres como ella, y como las sufragistas que todos odiaban pero que eran lo mejor del siglo, mujeres ejemplares y llenas de coraje que serían las futuras santas y heroínas.

—Puede —le decía el otro, perdido, alelado por sus encantos—, puede, Nena, pero no todas son tan bellas como tú, *my dear*.

Mujeres libres y valientes, seguía proclamando Nena, recibiendo el elogio como quien recibe el parte de un día soleado y mirando con deleite su anillo, mujeres que sólo pedían justicia y que tenían que sacrificarse, porque todo tenía un precio, uno que ella en ese momento no estaba dispuesta a pagar, porque en realidad estaba loca de amor por su americano y por el brillo de ese anillo que decoraba su anular.

Después de la boda de Nena, se casó Elsa. Lo hizo con un hombre de doble nacionalidad chilena e inglesa, Arturo Lyon, que no tuvo ni medio problema en asumir los mandamientos y códigos de los Myagh Trápaga; si intentaba comparar muchas de aquellas normas con las que había mamado en su familia, sólo lograba poner los ojos en blanco mientras repetía sin rubor: «*I must confess the free and easy attitude and the loose moral of this country and these people make my stomach turn*», lo que venía a decir que vivía la vida en perpetuo estado de escándalo, y

que hubiera sufrido de colon irritable de haber tenido semejante órgano que en su familia ningún miembro poseía porque entre los suyos no se tenía algo con un nombre tan vulgar, algo tan imposible de pronunciar por feo.

Los hermanos Myagh procrearon obedeciendo a la ley o al mandato más viejo de la existencia que invita a crecer y a multiplicarse para dar paso a otra generación. Mientras llegaban unos, otros debían marchar pues así y sólo así está escrito en las crónicas de la vida. Y en ese orden escrito, le llegó el turno de dejar la vida a Harold. Lo hizo el año 1926. Harold y Josefina habían estado juntos treinta y cuatro años y ahora le parecía a Josefina demasiado poco tiempo. Cuando lo vio en el *hall* —o *vestibule* a la francesa— de Vistahermosa, tan blanco en su ataúd, entre gladiolos, igual de tieso que aquella noche en La Lonja en la que se habían conocido y bailaron varios vales seguidos, sólo viéndolo ahí, viejo y apergaminado, se dio cuenta de que en toda su vida no había notado ni un solo día la diferencia de edad que los separaba. Ahora, sin embargo, la muerte se la estaba certificando de aquella forma tan cruel. Ella tenía cincuenta y cuatro años y si alguien hubiera tenido la osadía de preguntarle cuánto tiempo estaba dispuesta a vivir hubiera contestado con una mirada exterminadora que toda la vida. Y él, en cambio, estaba muerto. Se había ido su marido. Y también el padre de sus hijos, que trataban de camuflar el dolor entre abrazos e hipos que acallaban en sus pañuelos de seda. Le afligía verlos así, pero los comprendía porque ella también sabía qué se siente por la muerte de un padre. Pero ¿y ella?, ¿quién podía comprender su desconsuelo? Le tocaba enfrentarse de nuevo a una muerte que le iba a conceder otro tipo de padecimiento. Como si su perversidad no le bastara por sí sola, la muerte ejercía su infinita crueldad mostrando su variado repertorio. Mirando a su esposo en el lecho de muerte, se dijo que en ese momento lo amaba más que nunca, y también lo detestaba como nunca. Por dejarla sola. Por privarla de su compañía que siempre había considerado el cabo más sólido que la unía a lo terrenal; él era lo que daba sentido al vínculo que había ido creando con los demás, con sus hijos, con todo lo que en la tierra se nos presenta con una forma y con un contorno. Cogió a su hija, la pequeña Mayra, que había acudido junto a su familia y había llegado cuando su padre ya estaba muerto, la que menos podía comprender, y se la pegó al pecho, abrazándola fuerte contra sí. La niña no se movió, no se quejó. Era la única que no lloraba. Y no tenía necesidad de hacerlo pues nadie la miraba.

Durante las exequias, los Myagh demostraron una vez más que eran imbatibles a la hora de hacer las cosas a lo grande. El féretro recorrió la ciudad de San Luis en un carro cubierto de gladiolos al ritmo de los cascados de ocho caballos y de los adagios de Albinoni. Cuando lo bajaron a la tumba, lo único que se oyó fue otro adagio, esta vez de Bach, las costillas de un violín rozando las lágrimas de su hija Elsa, y el golpe seco contra el suelo. Luego le dieron tierra y ésta se tragó el cuerpo.

En contra de la opinión de sus hijos, Josefina se mantuvo firme en su idea de quedarse en Tampico. Nadie, ni siquiera sus asesores, se lo aconsejaba. En 1927, Venezuela ya había superado a México en la producción de petróleo y con ello se iniciaba el declive de la ciudad porteña que había supeditado sin medida su crecimiento al del oro negro. La ciudad estaba perdiendo población por meses. El éxodo parecía imparable. Que volviera a San Luis, insistían Nena y Elsa. ¿Qué podía hacer allí sola?, le imploraban sus hijos. Y Josefina se dijo que quizás tuvieran razón, poco le quedaba ahí por hacer, sobre todo desde que atender a los vaivenes de

Harold había dejado de ser uno de los principales quehaceres y distracciones. Walter, Nena y Elsa tenían sus propias casas, y aún disponían de El Naranjo como finca de recreo. Joaquín le había comprado a su madre la quinta de Vistahermosa. Era un hecho que desde que Joaquín se ocupara de las obras, había tomado el mando de la casa. A su esposa Mercedes le gustaba aquello, era sólo un paso obvio y lógico que la quisiera para sí. Además, por primera vez, Josefina empezaba a tomar conciencia de lo que significaba la gestión del dinero. Había oído a su padre decir a menudo aquello de que «El dinero no crece en los árboles», pero ella siempre había creído que si bien no lo hacía de los árboles, ¡no era tan necia, por Dios!, sin duda debía hacerlo en algún lugar al que ella de uno u otro modo siempre tendría acceso; exactamente igual que no se había preguntado jamás si las rosas que cortaba para sus jarrones podían salir de otro lado que no fuera de sus rosales que otros se encargaban de abonar y de podar para ella. El dinero siempre había llegado a sus manos sin que ella tuviera que pedirlo dos veces sencillamente porque nadie le había enseñado que las cosas podían ser de otra forma. Ahora, sin embargo, empezaban a ser distintas. Sus hijos habían cobrado la herencia de Harold, de la que ella les cedió su parte legítima pues con lo que su padre le había dejado era rica. Al menos eso le decían los apoderados y sus hijos, con los que, por primera vez en su vida, tuvo que departir de dinero. Tenía mucho, aunque ella no supiera a qué equivalía ese «mucho», pero, le advertían, tendría que administrar su patrimonio. *Patrimonio* era una palabra que pocas veces usaba Josefina, y quien se lo había construido ya no estaba para salvaguardarlo. Su padre era el que hacía que el dinero se multiplicara, el que siempre se había ocupado de hacerlo, y ahora que se veía incapaz de hacer frente a ese entramado de empresas y de negocios y de socios, aquella faceta de su padre se le revelaba como un poder. O como un don.

La gente piensa que hay una lógica, o quizás una inercia para producir dinero, pero es todo lo contrario. La inercia lo que lleva es a perderlo. Sin Ángel, sin su olfato, su mano, su instinto y sus maneras de tratar, pactar, comerciar y especular, los negocios habían perdido el aliento que hacía que los beneficios se incrementaran.

El primer mazazo vino con la pérdida del contrato con la Standard Oil Company. Los pozos se habían secado. «Se cerró el grifo del petróleo, doña Josefina», le anunció su apoderado, un tal Tiny Laredo que nunca le había gustado y menos le gustó ese día.

En vista de lo cual, decidió cerrar también la casa de Tampico y marchar. ¿Para qué tantas casas abiertas? Y se sorprendió ella misma mientras se oía hacerse la pregunta. Pero estaba decidida, y también decidió no volver a San Luis. Iría a España, para estar más cerca de Mayra. O mejor, a Mayra la sacaría del colegio inglés y se instalaría con ella en Villa Elsa. Al fin y al cabo, podía dejar las cosas de México en manos de sus hijos y de su apoderado, y había dejado sola mucho tiempo a la pequeña de la casa que ya no lo era tanto y a la que pronto habría que presentar en sociedad. Y así fue cómo ella, que nunca se había dedicado al oficio de ser madre, se enclaustró en la maternidad con el fervor y la diligencia de la novicia. Hizo un alto en Londres para recoger a su hija, para cerrar la cuenta en el Hotel Ritz que tras varios años liberaba unas habitaciones que habían estado vacías la mayor parte del año provocando la queja de más de un cliente, y despidió a la *nanny*. Les dio dos días a la susodicha y a su hija para los adioses y para que no les faltaran lloros y abrazos con que sellar y poder sepultar la separación. Era lo que ella hubiera deseado hacer con su *nanny* Fletcher, pero su madre se la arrancó de la noche a la mañana sin un miserable beso de despedida. Aún podía revivir la punzada de aquel abandono y pretendía liberar de ello a su hija.

La viuda del irlandés, como dieron por llamarla a su llegada a Santander los maledicentes de los círculos que no la frecuentaban, siguió recibiendo en Villa Elsa, pero ya no lo hizo con los fastos de antaño. Se preocupaba porque la casa mantuviera su renombre en los círculos sociales de donde no podía ni debía apearse, pero los redujo. Ya no pensaba en ella y en su música, sino en Mayra junto a la cual descubrió una placentera sensación de calma y de descanso. La cercanía de esa hija a la que sólo estaba comenzando a conocer la reconfortaba más de lo que imaginó porque nunca había imaginado nada parecido a eso. Decidió que hasta que su hija encontrara un buen marido tendría que ocuparse de ella, y, sin que le supusiera el menor esfuerzo, adoptó el papel de madre vigilante y amantísima. A tenor de las cartas que llegaban de los apoderados, y al ritmo que, según le decían éstos, sus hijos usaban el dinero, Mayra no iba a disponer de una vida igual, los excesos (sólo ahora Josefina veía que quizás esa vida había sido excesiva) que llevaban los hermanos de la joven ponían en peligro el patrimonio. Claro que, en el ambiente en el que se movía en Santander, las cosas no eran iguales que en México; la vida social en la pequeña capital de la costa discurría con intensidad, pero era muy conveniente revestirla de una elegante austeridad que, convino Josefina, les venía de perlas a la viuda y a la joven casadera. Fue durante esa época cuando empezó a preocuparle a Josefina el manejo del dinero. Sentía que su obligación era mantener la compostura, la apariencia y la dignidad, exactamente igual que hubiera hecho su padre, con la diferencia de que si para su padre hacerlo era proporcional a la cantidad de dinero que había que generar y gastar, en su caso debía de hacerse independientemente de la proporción en la que el dinero menguaba y se ahorraba. Las enseñanzas de su padre habían empezado a cobrar de golpe un valor que siempre había supuesto, como quien supone que en el horizonte nacen y mueren los días. Ahora que vivía con su hija en esa gran casa y debía ocuparse sola de todo, una idea se le presentaba más nítida y valiosa que nunca: la de hacer de su hija una persona independiente.

A pesar de que aún podían vivir de las rentas con mucho más que con un digno decoro, enseñó a Mayra ciertos rigores de la vida y se los aplicó a sí misma con el mismo rigor con el que su padre se había impuesto, ¡ahora lo sabía!, vivir en una opulencia que en realidad despreciaba. Y ella, que no había conocido y menos padecido jamás nada que se pareciera a la escasez, encontró un gusto repentino en elegir y descartar, en privarse de lo que no tenía necesidad alguna de privarse salvo para alimentar su nuevo credo. Hoy un poco por aquí, mañana por allí. Y a medida que pasaba el tiempo, se entregaba a ese recién abrazado credo con un placer y con un fervor que no hacían sino aumentar sus efectos. Cuanto más lograba economizar, más negociaba con unos y con otros. Con los proveedores que abastecían sus alacenas, con los jardineros, con los conductores, con las planchadoras y con las costureras que iban a Villa Elsa a remendar la ropa blanca o a renovar las *toilettes* de madre e hija. A medida que Josefina descubría la nueva religión, la del ahorro, le inculcó a su hija un cuidado por el gasto que Mayra aceptó con normalidad y con la misma naturalidad con la que llevaba los trajes que le hacía la modista y que en ella parecían provenir de las mejores casas de Francia o de Inglaterra, y cuya inspiración Mayra sacaba de las láminas de *Le petit écho de la mode* y de *Woman's Illustrated* a los que estaba abonada. Los lucía con tanta elegancia que hasta la costurera se sorprendía de su propio trabajo. Como sus hermanas, Mayra poseía una belleza imposible de obviar, pero se distinguía de ellas por su fragilidad, como si hubiera sido dibujada al carboncillo por un pintor alemán del siglo xix. Aquel modo de vida en el que las dos mujeres

se ampararon la una a la otra, sin ser riguroso era austero, o «comedido», como le gustaba a Josefina decir. Siempre dentro de unos límites tan calculados que si un millonario heredero hubiera llamado a la puerta de esa casa no hubiera sentido jamás la falta de algo, porque Josefina sabía perfectamente lo que para ese hombre se hubiera considerado «falta de algo», aunque a ella, ahora, eso le pareciera absolutamente superfluo.

Mayra se hizo sin chistar a esa vida porque no conoció otra. O lo que pudo haber conocido de otra quedaba lejos, tan lejos como nos queda a todos la infancia. La vida que empezaba a contar para el registro de sus días estaba ligada ya a Santander, a las visitas de los martes a Villa Elsa de los Pombo, los Escalante, los Ruiloba, los Camino o los Pereda, de toda esa pequeña sociedad que se daba baños de mar en verano e inmersiones de mundanidad durante el resto del año; y ligada también a la solidez de la fascinación por su madre y a sus normas que no eran tal cosa pues Josefina nunca imponía, sólo sugería. Sugería y se hacía. Sí, la joven Mayra adoraba a su madre, se sentía dichosa con ella, o creía serlo, que ya es mucho. Tan sólo le generaban una comprensible confusión los viajes a México. Su madre y ella, a la que sus hermanos empezaron a llamar Baby como un signo de cariño que pretendía compensar y aminorar la distancia que los separaba, pasaban temporadas largas en Vistahermosa y en El Naranjo cuando se metían en Santander las lluvias y las brumas de invierno. Y como si a un pajarillo le abrieran la puerta de la jaula y debiera elegir entre quedarse a resguardo en su plácido columpio o salir al cielo inmenso sin el perfil de los barrotes, a Mayra esos cambios de aire y de escenario la desconcertaban y la dejaban fuera de lugar. Sin rumbo al que ir, sin suelo que pisar.

Sin duda hubiera elegido los barrotes.

Sus hermanos llevaban allí la misma vida desenfadada que siempre habían llevado, pero a pesar de su esfuerzo por justificarlos, a la joven esa vida le parecía cada año un poco más excéntrica. Al fin y al cabo, se decía Mayra, eran sus hermanos, y lograba convencerse de que sobre aquella excentricidad debían prevalecer los lazos de la sangre. Iba a sus casas, se divertía, y luego volvía a su feliz cautiverio bajo el manso imperio de su madre y el orden y la disciplina de los días.

Josefina, que ya no lo sospechaba, sino que sabía con certeza que el dinero no es algo infinito, empezaba a mirar con un discreto gesto acusador esa vida de dispendio que llevaban sus hijos. Pero no decía nada. No lo había hecho jamás y ahora ¿cómo iba ella a cambiar las cosas? El lugar en el que ella gobernaba quedaba lejos, en Santander, y lo que en México ocurriera no era sino una consecuencia lógica de lo que había ocurrido durante cuarenta años en la familia. No era ni justo ni apropiado que ella interfiriera. Se limitaba a asistir impávida a todo ese derroche, como antaño lo hiciera su padre. Empezaba a parecerse a él con la diferencia de que ella no tenía idea de cómo hacer que el dinero siguiera reproduciéndose. Y alimentando ese mundo de caprichos, su padre había promovido y alentado que el dinero se empleara sin miedo, y cuando Josefina veía cómo vivían sus hijos, comprobaba con una mezcla de orgullo y de contrariedad que sus enseñanzas habían calado bien. Le pareció tan legítimo que así fuera, como aterrador se le presentaba cuando pensaba en el futuro. Porque hacía tiempo que había comenzado a intuir que el tiempo de las lluvias del maná cesaría. Y su labor sólo podía ir en sentido contrario, debía evitar que el dinero que les quedaba a ella y a su hija se derrochara, y debía hacerlo con la misma convicción y empleando la energía y el tesón con los que su padre había impulsado lo contrario.

De vez en cuando, seguía cantando al piano sus arias de ópera, pero sólo lo hacía si se lo pedían sus hijos. Y ya no se soltaba el moño ante la audiencia. Por el contrario, se reía de ese

teatro que ya vivía en el recuerdo y que achacaba a su juventud más que a un pecado de vanidad que comenzaba a sentir como algo muy molesto.

Cuando estaban en Vistahermosa, sus hijos seguían recibiendo a los amigos y a los no tan amigos que llegaban allí, o a Villa Apolonia, atraídos por el aura con que ambos lugares se habían forjado sus propias leyendas. Don Manuel Ganha era un asiduo de los Myagh, amigo de su cuñado Eduardo, pero bastante más joven que él, lo que venía a significar que tenía la edad de Josefina. Era viudo y un viajero tan empedernido como Eduardo, hubiera conquistado con su ingenio al mismísimo Belcebú, y con ese mismo ingenio trató sin éxito de enamorar a Josefina.

Llegaba a Nueva Apolonia en su avioneta y les decía cosas como: «Queridos, el día ha sido tan largo que parece que el cardenal Cisneros hubiera invocado al sol de Orán».

Todos reían y Josefina también lo hacía, mientras se agarraba a su brazo y lo hacía pasar a la casa, sabiendo que los días que ese hombre permaneciera con ellos tendrían asegurada la risa y que ella debería levantar una hilera más de las murallas del castillo para ponerse a resguardo de sus galanteos.

—Me he tomado la libertad de pedirle a Eduardo que invitara a mi amigo Charles Lindberg a pasar unos días. Espero que no le moleste, Josefina.

—No, hizo bien. Además, yo ya tengo poco que decir aquí. Ya sabe que la casa no es mía. Como ve, ya no llevo el carnet de baile, lo llevan mi hijo y mi nuera. Pero diga, ¿me habla de Charles Lindberg, el aviador?

—De ese mismo. De ese héroe.

—O de ese loco.

—Un loco que nos contará de primera mano cómo cruza alguien solo el Atlántico en un avión.

—Será interesante. No todos los días se conoce a un héroe.

—Si usted me lo hubiera pedido, Josefina, quizás yo también ahora sería uno.

—Pero no se lo pedí. Ni lo haré.

Sólo Joaquín juzgaba con severidad los avances de don Manuel.

—Déjala, Joaquín —reía Walter—. Nuestro padre jamás fue estricto con ella. No vas a serlo ahora tú. Es divertido. Un tipo alegre. Y no pensarás que nuestra madre...

—No, no lo pienso, Walter. Pero ese hombre tiene la voluntad tan menuda como un grano de café. No tiene ni principios ni riñones, ni los tendrá nunca.

—Pues a punto estuvo de tumbarme ayer con el tequila. A punto. Pero no lo logró.

Charles Lindberg hizo parada y fonda en Vistahermosa. Y también, lo harían años más tarde, los Kelly, esa familia cuya hija el mundo entero conocería por su belleza y por su corona y que había intimado con Nena cuando a ésta le dio por probar suerte como actriz, apoyada en sus aventuras por su rico marido americano que veía la oportunidad no sólo de dar gusto a los siempre excéntricos gustos de su esposa, sino de codearse con los bocados más hermosos del celuloide que otros sólo podían ver en las pantallas. Nena apareció en varias películas y quién sabe si de perseverar, algo en lo que no destacaba, hubiera logrado una carrera digna, pues se reveló buena en la profesión, como a ella le gustaba calificarla. «Porque soy una mujer liberada que trabaja», les decía a los suyos, que preferían referirse a aquellos escauceos como el fruto de su impulso artístico y de sus ansias inagotables por probar cosas nuevas.

—La nana Ixchel siempre me dijo que tenía madera de comedianta —decía la futura estrella, lanzando el humo de su pitillo a la audiencia mientras respondía con sonrisas a la corte de aduladores, pensando seguramente que su Oscar estaba a la vuelta de la esquina.

En cuanto a Manuel Ganha, sus pretensiones hacia la viuda de Myagh cesaron el año que perdió la vida en un accidente de avioneta. Y aunque Josefina jamás se hubiera rendido a sus propósitos, pues se sabía y sobre todo se sentía mujer fiel a un hombre y ese hombre que ya fue suyo estaba ahora en otra vida, lamentó secretamente haberse tomado tan a la ligera las intenciones de Manuel Ganha, el hombre más interesante que había conocido.

—Será el último pretendiente que tenga. Y el único al que podría haber permitido ciertos avances —les dijo a sus hijos tras el entierro, sabiendo de sobra que comprendían que en ese «ciertos» que ella decía con la boca pequeña estaba el límite mismo de lo que podían significar.

El comentario le pareció a Joaquín tan grosero como fuera de lugar.

—Eres terrible Joaquín. No quiero pensar cómo serás de viejo. Déjala. Y piensa que más que un competidor de nuestro padre, se fue el tuyo. Muerto Ganha, ¿quién nos tumbará con la copa?

Y así como una estación seguía a la anterior y se sumaban los soles y las lunas a los días, fueron pasando los años.

En 1932 la decadencia de Tampico y la pésima gestión de los apoderados, en especial la de Tiny Laredo, provocó que gran parte de los negocios de Ángel Trápaga ya no se mantuvieran a flote. Quebraron casi todos. Una vida de trabajo arrasada. Las cartas que intercambiaba Josefina con los testaferros de México eran un ir y venir de lamentos, de ruegos y de súplicas para prolongar los plazos y los pagarés. Las remesas que llegaban de México menguaban de año en año, y lo único que no lo hacía era el armario de Mayra porque nunca tuvo la pretensión de alcanzar el valor de esas remesas. En Villa Elsa se vendía hoy una joya, mañana una vajilla. Todo y siempre con la misma discreción con la que se seguía recibiendo en martes alternos. Josefina no hubiera necesitado de esas pequeñas transacciones para mantener el ritmo de una vida que estaba perfectamente desmenuzada y puesta bajo lupa en sus libros de sumas y de restas, pero le provocaba un beneficio sólo pagable en sosiego aquella sensación de que de donde había quitado reponía de inmediato. Total, ¿quién quería diez collares de perlas si con ponerse cinco era suficiente para que todos hablaran de lo hermosas que eran las joyas de doña Josefina Trápaga o de la viuda del irlandés? Y lo cierto es que tenía aún mucho de donde quitar y cada vez menos que reponer pues sus lujos iban menguando a medida que crecía su fervoroso sentido de la austeridad. Sentía un placer enorme en ahorrar, y cuanto más lo hacía, más tenía que mostrar ante los otros lo que conservaba, porque mantenerlo con dignidad era fruto de su esfuerzo y de su habilidad. Y en esa dualidad que, creía, la santificaba, vivió el resto de sus días.

Aquél sería su legado.

Josefina llegó al final de su vida convencida de que se había sobrepuesto a los tiempos nuevos sin traicionar el ejemplo de su padre. Digna en su austeridad. Impertérrita ante todos, y sobre todo ante la adversidad, tal y como se había mostrado su padre, ahora lo sabía, desde el primer día de su vida.

Cuando murió, sus hijos llevaron su cuerpo desde Santander a México, para enterrarla junto a Harold. La tierra de México también se la tragó, pero sólo cantaron los pájaros. A nadie se le ocurrió contratar a una banda de músicos. Y ella no lo había exigido. Hubiera sido un gasto innecesario.

En su secreter, Mayra encontró una carta. Era de su abuelo. La leyó en el entierro, ante la familia. Luego la dobló. Y se puso a llorar.

La carta empezaba así:

«Nos recordarán...».

Y pasarán...

Después de la muerte de Josefina, el resto de los Myagh también fue pasando. Lo harían poco a poco. Como van cayendo los días y los años, como caen las hojas de los árboles cada otoño, con la misma perseverancia con que la existencia mantiene su curso. Como lo siguen haciendo y lo harán los hombres y las mujeres mientras haya estaciones y haya tiempo y haya vida.

Pasaron los Myagh. Y seguirán pasando. Pero ésa ya es otra historia.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a David Huerta, a Palmira Márquez, a Joan Tarrida y a Lidia Rey por contribuir a que este texto mejorara y viera la luz.

Árbol de la familia Myagh-Trápaga

